

ALEX VOLLMER



ESPERANDO A

MARLENE

**ESPERANDO A
MARLENE**

ALEX VOLLMER

Esperando a Marlene

© Alex Vollmer

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright. Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta obra son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados de manera ficticia.

Primera edición: 2018

Segunda edición: 2020

ISBN: 9781656990846

Prólogo: Fernando Macías Grosso

Diseño de cubierta: 01001100 (Instagram: @l4ur4.rn)

Imágenes de cubierta: Láminas 1, 3 y 6 del Test de Rorschach, ©
Hermann Rorschach

(a través de Wikimedia Commons)

Maquetación: Alex Vollmer

Fotografía de la autora: José María Romero

*A Jogeir, siempre a Jogeir:
Nunca seas Estefan.
Nunca seas Marlene.*

*A mis amores pasados.
A Chema, mi actual pareja.
A mis amores venideros.
A mí.*

Cuando descubrimos que todo es pasado,
el presente deja de tener valor.

Prólogo

Por Fernando Macías Grosso

Antes que nada, me gustaría decirle que esto, más que un prólogo, es una advertencia. Una advertencia de verdad necesaria.

Y es que la historia que está a punto de descubrir, querido lector, le hará viajar por los lugares más recónditos de una mente enfermiza y usted corre el peligro de quedar atrapado entre los barrotes acolchados de sus palabras.

El relato que se esconde entre las páginas de este libro es un viaje a una insania tan lúcida como demencial que puede provocar que una mente sana salte al vacío de los trastornos mentales sin paracaídas.

Si se atreve a llegar hasta el final, es muy posible que necesite medicación de por vida. Así que reflexione mucho si desea comenzar a leer el primer capítulo, porque después de este ya nada volverá a ser igual.

Si al poco de iniciar su lectura, usted también queda prendado de Marlene, sepa que ya no tiene escapatoria. Esta historia rezuma locura por los cuatro costados y no le miento si le digo que se contagia con el simple contacto de los dedos con el propio papel.

Despídase de sus seres queridos antes de pasar la página, puesto que es probable que, al final de la lectura, no pueda volver a abrazarlos debido a la camisa de fuerza que le acompañará hasta el fin de los tiempos.

¡Feliz locura!

Capítulo 1

—Estoy seguro de que sigue viva —dije mientras tomaba otro sorbo de té. El sabor amargo pasó por mi garganta como aquella certeza que no estaba dispuesto a aceptar.

La mujer que se hallaba sentada frente a mí clavó sus ojos en los míos, inquisidora.

—Estás seguro de que sigue viva. ¿Hace cuánto no sabes nada de ella?

La pregunta se clavó en mi pecho. Hacía al menos un año que no sabía nada de Marlene, pero eso no quería decir nada.

—Hace un año —acerté a decir. La mujer hojeó la libreta en la que solía tomar nota de casi todo lo que hablábamos.

—Hace un año. ¿Y eso no te hace pensar nada? —preguntó volviendo a dejar la libreta descansar.

—No. Simplemente se marchó—declaré. El músculo de mi ojo derecho temblaba levemente. Quizá se me había metido algo.

Teresa, que así se llamaba aquella mujer que me observaba fijamente, cogió su taza y la resguardó entre sus manos, como si quisiera impedir que algún oscuro pensamiento almacenado en el interior del líquido caliente escapase.

—Háblame de Marlene —dijo sin ninguna inflexión en la voz, que tenía un tono meloso; tan meloso como la miel que hacen las avispas. Aunque, ahora que lo pienso, las avispas no hacen miel. Si hicieran miel, sería como la voz de Teresa: densa, picante y con un sabor de dulce peligro.

—Marlene... —suspiré.

Los recuerdos volvieron a invadirme. Su sonrisa, su voz cantarina por las mañanas, sus manos acariciando mis cabellos. Noté cómo los músculos de mi rostro se tensaban, dibujando una sonrisa en mi boca. Sentía la mirada cansada, los párpados caían pesados sobre mis ojos, como si hubiese llorado durante días, pero ninguna lágrima

había logrado escapar de su prisión. Aún me parecía oír su risa cuando caminábamos juntos por el parque. Yo sujetaba fuertemente su mano y ella acariciaba mis dedos con ternura.

Acentué aún más la sonrisa. Siempre que recordaba las caricias de Marlene, una sensación de inquietante felicidad me invadía.

—Marlene era una chica encantadora —declaré. Marlene no solo era una chica encantadora, sino que era la chica más encantadora y perfecta que nunca había conocido.

Cerré los ojos y me dejé mecer por los recuerdos. Podía ver su rostro como si nunca se hubiese marchado. El olor a incienso llenaba mis pulmones. Al fondo lloraba un ave enjaulada que luchaba por que la dejasen salir, un jilguero tal vez. Sonido de agua, alguien estaba lavando los platos. Abrí los ojos y allí estaba ella. Marlene me sonreía meciendo todo su cuerpecito hacia delante y hacia atrás, rítmicamente. Sus ojos parecían brillar con cierta picardía que solo ella tenía; con esa cierta picardía que solo las criaturas más dulces e inocentes poseen. Picardía de abeja huérfana.

—Te toca —me dijo con voz de jilguero enjaulado. Sonreí. Moví hacia delante el alfil. Ella miró el tablero, muy seria—. Me has vuelto a ganar. —Sus carrillos se hincharon de aire. Me recordó a un pez que había visto hacía unos días en un libro del colegio, estaba muy graciosa.

Antes de que reaccionara, aplaudí contra sus mejillas obligándola a expulsar el aire con violencia.

Reímos.

Reímos y el eco de su voz rebotó entre las paredes de aquel viejo salón, golpeando contra cada uno de los objetos que allí había. Rebotó cuatro, cinco, seis veces y luego impactó con fuerza en mi pecho, entrando en él. El eco de su risa se apoderó de mi alma e hizo de mi diafragma su prisión. Aguanté la respiración para retenerlo con fuerza e impedir que nunca se marchase. Fue un momento maravilloso.

Su madre, una mujer con rostro de tortuga, entró en la habitación trayendo el seductor aroma de una tarta de manzana recién sacada del horno. Nunca me había gustado aquella mujer. Solía asomarse a

la ventana cuando yo acompañaba a su hija hasta la puerta y cuando veía que estábamos mucho rato hablando interrumpía llamando a Marlene para hacer cualquier cosa inútil. «Marlene, entra que tienes que ayudarme con el puchero», solía decir. Marlene ya me había confesado que esa ayuda no era tal, que tan solo le pedía que pusiese la mesa y nada más. Su madre solía comenzar a cocinar muy temprano y a la hora de comer hacía horas que tenía la comida lista. Tampoco me gustaba la manera en la que miraba a mi madre, además ni siquiera se molestaba en disimular cuando la criticaba. Era una mujer que tenía por lengua una lagartija rastrera que se alimentaba de bichos y de la vergüenza ajena. Si alguien había hecho algo, la madre de Marlene se encargaba de que todo el barrio se enterase, le encantaba manchar la honra de las familias. Le encantaba manchar la honra de tal manera que había bañado a mi madre con alquitrán y la había exhibido frente a todos. Era bien sabido por todos que mi madre no se había casado de blanco, pero la madre de Marlene se encargaba de que nadie lo olvidase.

—Niños, es hora de merendar —dijo. Su voz me sonó a reproche.

Clavó sus ojos en mí. Su mirada decía a gritos lo que yo no quería oír: «Dentro de un rato te tendrás que ir a tu casa. Dentro de un rato tendrás que abandonar este valle de paz y volver a tu oscura cueva».

—Gracias, señora —dije cogiendo una porción de tarta y forzando una sonrisa.

Lo único bueno que tenía la madre de Marlene era que preparaba las mejores tartas de manzana que yo nunca había probado. O quizá no. Mordí el trozo y un pedazo de manzana se quedó colgando entre mis dientes, arrancado de la masa.

Marlene se rio. Ella también mordió la suya y cayeron varias migajas sobre su falda.

—Está muy rica, mamá —dijo con la boca llena, salpicándome con trozos de manzana y saliva.

—Niña, no se habla con la boca llena —dijo la mujer limpiándole las comisuras de la boca con un pañuelo.

—Lo siento, mamá. No lo volveré a hacer —contestó Marlene sonriendo, sin poder evitar que se viese la masa que estaba

masticando.

—Eso dices siempre, pero nunca te acuerdas de cumplirlo. No son esos los modales que te he enseñado. No son esos los modales de una señorita, ¿qué va a decir tu amigo? —preguntó y clavó los ojos en mí esperando que le diese la razón.

—No lo volverá a hacer, señora —dije intentando protegerla, aunque realmente no hacía falta, aún no había nada de lo que debiera protegerla.

—No te preocupes, pequeño —me dijo, y sus labios se curvaron en una fatídica sonrisa—. Ya va siendo hora de que vuelvas a tu casa, ¿no crees?

Quise contestar, quise gritar que no me marcharía jamás, que siempre estaría al lado de Marlene, pero las palabras se ahogaron en mi garganta y de mi boca tan solo surgió un lánguido «Sí, ya me voy, señora».

Marlene me miró como siempre lo hacía, con tanta calidez que se me derretían las orejas. Porque yo soy de esas personas a las que las orejas se le calientan mucho y se ponen muy rojas cuando sienten vergüenza, o al menos así lo era entonces. Hace muchos años que ya no siento vergüenza alguna por prácticamente nada. La rojez de mi rostro se marchó con la sangre de mi madre.

Teresa tomó otro sorbo de su taza de té.

—Háblame de Marlene —volvió a repetir.

—Cuando éramos pequeños, Marlene siempre traía bollos para comer en el colegio, los preparaba su madre y estaban deliciosos. Ella era así: le gustaba compartir.

Marlene se acercó a mi mesa. Traía su cuaderno con animales dibujados y un lápiz en la mano. Mis ojos se clavaron en ella y sentí la necesidad de abrazarla y, acto seguido, huir de allí.

—¿Has hecho los deberes? —me preguntó Marlene.

—¿Le gustaba compartir? —me preguntó Teresa con la taza aún entre las manos.

—Sí —contesté a ambas.

—El último de mates no me ha salido, ¿me lo explicas, por favor? —dijo Marlene meciendo una de sus trenzas. Sabía que me lo pidiera como me lo pidiera, si yo lo tenía hecho, la dejaría copiarlo.

—¿Qué le gustaba compartir? —preguntó Teresa.

—Yo tampoco lo he hecho, no me sale por más que lo intento —respondí a Marlene intentando ocultar la vergüenza. Su ceño se frunció en una mueca triste. No me gustaba verla así, ojalá hubiera hecho los deberes, pero la tarde anterior había huido de casa, había estado jugando al balón hasta tarde y me había olvidado por completo de ellos y de todo lo demás.

—¿Perdona? ¿De qué hablas? —me preguntó Teresa. Había dejado rápidamente la taza sobre su mesa y había cogido su libreta para apuntar algo. Con sus gafas menudas me recordaba a una profesora que tuve.

—No sé, decía que a ella le gustaba mucho compartir.

—¿Y qué compartía?

Marlene me sonrió desde un rincón de la habitación. Su melena rubia parecía desvanecerse en la nada. Su piel cristalina parecía cientos de mariposas blancas atravesadas por sendos haces de luces.

—Todo —dije recordando—. Ella lo compartía todo.

Marlene se acercó a mí y me dio un suave beso en la mejilla. Cerré los ojos. Olía a manzana. Olía a suspiros. Olía a infancia. Puso sus manos en mis hombros y comenzó a acariciarme con suavidad haciendo que me estremeciera ante el contacto de sus manos frías contra mi piel.

Pasaron unos minutos, tal vez solo unos segundos.

—Creo que es suficiente por hoy —concluyó Teresa cerrando su libreta.

—Gracias —respondí con una sonrisa. Bebí lo poco que quedaba en mi taza, la amargura volvió a atravesar mi garganta—. Siempre es un placer hablar de Marlene —añadí mientras me ponía en pie y dejaba la taza sobre la mesa.

Salí por la puerta, fuera me estaban esperando mis dos amigos vestidos, como siempre, de blanco.

—Hay que cambiarse más de ropa —dije con una sonrisa mientras me acompañaban a mi habitación. Marlene caminaba a mi lado con pequeños saltos y entonando una dulce canción—. Así no vais a encontrar nunca novia.

Entré en mi habitación. Todo era blanco. Me senté en mi cama y rompí a llorar sin saber por qué.

Capítulo 2

Como siempre, Teresa me esperaba con dos tazas de té. Una niebla densa de incienso inundaba la habitación. Los muebles, con gran elegancia escogidos, daban al lugar un aspecto moderno y desenfadado. Desenfadado como la misma Teresa que, a pesar de estar ya entrada en la sesentena —aunque creo que nunca le llegué a preguntar su edad—, seguía reluciendo como una treintañera. Me sonrió. Su sonrisa era fría y distante, con labios finos y tensos, no como la de Marlene. La sonrisa de mi adorada Marlene me acompañaba a todas partes, tanto de día como de noche; carnosa y suave, dulce y cremosa. De fondo, el sonido constante de una de esas máquinas de movimiento continuo. Una de esas máquinas en las que uno levanta una bolita de acero y, al soltarla, no sabe cuándo se detendrá. El vaivén de las bolas de acero me hipnotizaba. Me quedé mirándola fijamente. La inquietante máquina estaba sobre una estantería blanca, junto a un montón de libros de psicología. Teresa era aficionada a la psicología, o eso parecía.

—Buenos días, Estefan —me saludó Teresa. Como siempre, sus ojos parecían estar mirando a algo que había a mis espaldas y que yo no llegaba a percibir.

—Buenos días —respondí sentándome frente a ella.

Teresa era una mujer extraña, pero era mi única amiga. Hace muchos años que no tenía más amigos que ella. Creo que ya hace más de diez años que la conocía.

—¿Has sabido algo de Marlene? —me preguntó mientras me acercaba una de las tazas de té.

Marlene... Su simple mención me obligaba a recordar. Sonreí.

Sonreí y noté como los músculos de mi cara se tensaban en una mueca no del todo agradable. Nuevamente sentía los ojos pesados, hinchados, como si quisiese llorar, pero hacía años que no lo hacía.

—No, no me ha llamado —respondí—. Pero estoy seguro de que volverá —añadí rápidamente.

Teresa me observaba. Me observaba como quien observa a una hormiga en un terrario, con esa fascinación típica de los niños que están planeando la forma más cruel de acabar con la vida del desdichado insecto. O al menos esa era la sensación que me daba.

—¿Hace cuánto no sabes nada de ella? —me preguntó nuevamente Teresa.

Todos los días me hacía la misma pregunta. Nunca había conocido yo una mujer tan obstinada. Ayer mismo había estado hablando de Marlene con ella. Quizá algún día me cuente por qué tiene tanto interés en el tema, aunque, claro, yo también lo tendría.

Hice memoria. Hacía al menos tres meses que no sabía nada de Marlene. Pero eso no quería decir nada.

—Hace unos meses —respondí—. Pero volverá —volví a añadir ante su mirada impasible.

Ella tan solo asintió con la cabeza y tomó otro sorbo de su taza de té.

Marlene me miró desde su rincón de la habitación. Estaba hermosa. Nunca había visto un ser más bello.

—¿Y eso no te hace pensar nada? —preguntó Teresa desde uno de los bancos de la iglesia.

Marlene se acercaba hacia mí bañada en la luz que entraba por las grandes cristaleras. El olor de los sahumerios inundaba el recinto y el humo que de ellos salía creaba una niebla mágica que rodeaba a mi preciosa Marlene. Venía con un vestido hecho de cien palomas blancas y un enorme ramo de flores casi tan bellas como ella. Su padre caminaba a su lado con gesto duro. Me miraba con reproche, con dolor porque me llevaba para siempre a su hija; con dolor porque sabía que yo era hijo de mi padre. Se detuvo junto a mí, como se detienen las agujas de un reloj al recibir un impacto contra el suelo, y dudó. Dudó un instante y me entregó el brazo de su hija. Marlene, mi adorada Marlene, me sonrió con dulzura. Bajo su blanco vestido ya se vislumbraba la forma tímida de la vida que está por venir. Sonreí. Creo que en ese momento fui feliz.

—No, volverá —dije respondiendo a Teresa. Esta me miró interesada y comenzó a anotar algo en su libreta.

—¿Dónde estamos? —me preguntó.

La miré sorprendido. Sin lugar a dudas aquella mujer no era realmente consciente de su propia demencia; yo ya lo había notado antes, pero nunca habría esperado que se perdiese tanto. Pobre, supongo que son cosas de la edad. Le sonreí de manera paternal. En el fondo, aunque ella fuese mucho mayor que yo, sentía que debía protegerla; después de todo, eso es lo que hay que hacer con aquellos que tienen la cabeza plagada de gusanos: protegerlos.

—En la iglesia, Teresa. Estamos en la iglesia, es el día de mi boda, ¿recuerdas? —le contesté con voz suave para herir sus sentimientos de mujer. Ella apuntó algo más en su libreta y me sonrió.

—¿Está Marlene aquí?

Definitivamente aquella mujer no se encontraba bien. Puede ser que tan solo fuera que no veía bien. Observé a Teresa: hoy llevaba unas enormes gafas al estilo de las que se usaban cuando yo era un niño, allá por los 70, que seguramente necesitarían ser graduadas otra vez.

—Sí, aquí está, junto a mí, en el altar. ¿Has visto acaso alguna vez una novia tan hermosa como ella?

—No, nunca —admitió Teresa.

Marlene me sonrió y rozó suavemente mi mano con la suya. Sus dedos, cubiertos por unos finos guantes de seda, hicieron que un estremecimiento entrase por la punta de los míos y me recorriese todo el cuerpo.

—Te quiero —me susurró apenas sin proferir sonido alguno.

—Y yo a ti —le respondí. Deseaba con toda mi alma besarla.

La gente nos observaba.

La luz de la iglesia daba de lleno en su pálido rostro. A través del fino velo de tul podía ver sus preciosos ojos mirándome llenos de vida. Llenos de vida, sí, pero al fondo de ellos había un reproche que no acabo de comprender. Nunca he comprendido por qué Marlene siempre me miró con reproche. Tal vez fuese porque nunca olvidó que de pequeño le robé su diario y lo leí, o porque nunca

olvidó que uno de nuestros hijos murió. Quizá nunca olvidó que yo... que yo... la quise como nadie la quiso. Marlene nunca me perdonó que yo la amase tanto.

La voz del cura me llegaba filtrada a través de tantos otros sonidos. Repetí de manera monótona todo aquello que debía decir, todo aquello que ya habíamos dicho cientos de veces y que habíamos practicado una y otra vez. Repetí cada una de las sílabas sin oírme apenas. Afuera, los niños jugaban y reían. Afuera cantaban las aves y sus piales me llegaban a través del enorme portón abierto de la iglesia. Sus cantos de libertad entraban en mis oídos a borbotones, mezclados con el suave cantar de la voz de Marlene.

Finalmente llegó el ansiado momento. Marlene se giró hacia mí. Clavé mi mirada en la suya. Sonrió tímidamente. Acaricié sus cabellos con suavidad. Sus cabellos, recogidos en un complicado moño lleno de flores, sujetaban el fino velo que yo aparté con deseo. Los ojos de Marlene temblaron tímidamente y se cerraron al tiempo que yo acercaba mis labios a los suyos. El cálido torrente que fluía entre nuestras bocas nos unió eternamente. Cerramos un trato. Un pacto tácito de que Marlene no se marcharía nunca más.

—Pero se marchó... —susurré.

Teresa seguía allí, frente a mí, con su libreta apuntando todo lo que yo decía y hacía.

Miré alrededor. Siempre me había resultado molesta esa dichosa máquina de movimiento continuo, marcando los segundos con acelerado ritmo. Me puse en pie y coloqué la mano entre las bolas de acero, deteniendo por completo su movimiento.

—Se marchó... —repetí—, pero sé que algún día volverá.

Marlene me esperaba a lado de la puerta. Me acompañó junto con mis dos amigos a mi habitación. Por el camino arrojó el ramo de flores que llevaba por sobre su cabeza y una muchacha joven que corría por los blancos pasillos lo cogió.

Me sonrió mientras veía cómo se cerraba la blanca puerta entre nosotros dejándome, nuevamente, solo en mi blanca habitación.

Capítulo 3

El olor del incienso había cambiado. Teresa había sustituido el suave perfume de madera de almendro por un perfume mucho más floral, algo parecido a las caléndulas. Las caléndulas eran las flores favoritas de mi madre. Había cercado toda la casa en la que vivíamos con caléndulas celestes que le había traído mi padre, compradas en un vendedor extranjero que aseguraba que eran importadas de la china. Las había enredado entre las maderas de la reja, trenzándolas con otras hierbas que crecían. A los pocos días de plantarlas sus pétalos comenzaron a oscurecerse y a caerse poco a poco. Lloró mucho cuando cayó el último pétalo y fueron las hojas las que comenzaron a ennegrecerse. Lloró mucho cuando se marchitaron. Pero más lloró cuando mi padre la corrió a golpes con una fina vara de fresno por todo el patio por haber permitido que aquello ocurriese. Mi santa madre. No había mujer más buena que ella. La valla blanca se había llenado con las manchas rojas que habían salpicado los golpes que le había propinado mi padre cuando la alcanzó. Mi madre nunca limpió aquellas manchas. Marlene y yo observábamos cogidos de la mano. Marlene tiritaba, asustada, yo la protegía, mi padre gritaba, y los vecinos... hacían oídos sordos a los chillidos de dolor de mi madre.

Finalmente mi padre se cansó de azotarla y se marchó al interior de la casa al grito de «Y ahora haz algo útil y prepárame un café, que estoy cansado de tanto trabajar».

—Siéntate, Estefan, por favor —me indicó Teresa.

Estábamos en su despacho. Hoy no había té, en su lugar había puesto un vaso con limonada. Miré la estantería. La máquina de movimiento continuo estaba detenida; alguien la había parado. Me puse en pie y cogí con cuidado la bolita del extremo y la levanté. Observé cómo comenzaban a moverse una y otra vez, sin

detenerse, rítmicamente. Sonreí. A Marlene le encantaban esas cosas.

—¿Has sabido algo de Marlene? —me preguntó Teresa. Su mirada hoy era triste, como quien se doblega ante la cruda realidad, como quien siente el peso del tiempo sobre sus hombros.

Marlene..., mi adorada Marlene. Olí mis manos, aún estaba el perfume de su piel impregnado en la mía. Hacía tan solo unas horas que me había despedido de ella con un beso en su pálida frente. Sus ojos me miraban fijamente, cristalinos como el irisado vientre de un escarabajo, viendo en mí el infinito.

Sonreí.

—¿Por qué no debería saber algo de Marlene? —pregunté.

Teresa apuntó algo en su libreta.

—¿Cuándo la viste por última vez?

Su pregunta me confundió. ¿Cuándo la había visto por última vez? Hacía tan solo unas horas que la había dejado durmiendo en su cama. Había cerrado sus ojos con suavidad, haciéndole una caricia en su rostro, y la había dejado dormir. Junto a mí, en la mesa del salón, estaba esa máquina que le había regalado su hermano. Una de esas máquinas que nunca dejan de moverse. Alguien la había detenido. Me levanté y la puse en funcionamiento otra vez.

—Hace unas horas. Estará durmiendo —contesté.

Teresa me miró atenta. Su gesto se llenó de concentración y comenzó a escribir rápidamente algo en su libreta. Sus dedos finos y arrugados se movían con gran agilidad, tomando cientos de notas de algo que desconozco. Se ajustó las grandes gafas con un dedo.

—¿Qué fue lo último que hiciste con ella? —me preguntó. ¿A qué venía esa pregunta? Esas cosas no se cuentan. ¿Acaso yo le pregunto qué fue lo último que hizo ella con su marido? Aunque ahora que lo pienso, no sé si Teresa tiene marido o no. Observé sus manos moviéndose ágilmente en el papel: no llevaba anillo. Aunque eso no quería decir nada; en estos tiempos que corren, mucha gente se casa y no lleva anillo. Hay gente que se casa incluso sin pasar por la iglesia, aunque eso no se puede llamar matrimonio, después de todo Dios es quien debe certificar la unión de los hombres. No, de los hombres no; aunque quizá llegue un día en el

que incluso Dios se haya desviado de su inflexible y cruel camino y certifique también la unión de los hombres. Teresa parece una de esas personas modernas, una mujer de esas que sale y va al gimnasio, que sale y se toma unas copas con las amigas, que sale... sin su marido. Debe rondar los sesenta años, pero sigue pareciendo una treintañera; si no fuera por la gran diferencia de edad, y porque para mí no hay más mujer que Marlene, quizá le pediría tener una relación—. ¿Qué fue lo último que hiciste con ella? —repitió.

Fruncí el ceño. Esas cosas no se preguntan.

—Cenar —respondí.

—¿Y cómo fue? ¿Qué comisteis? —me volvió a preguntar Teresa.

Cerré los ojos. No era capaz de recordar qué había cenado la noche anterior. No sé por qué a mi memoria se venía algo parecido a un filete con papas..., pero Marlene nunca cocinaba cosas tan vulgares. Marlene sabía cocinar de verdad: un buen guiso, una buen filete... Ella nunca compraba carne en el supermercado, siempre compraba la mejor calidad en el carnicero de la esquina.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a su mujer? —la pregunta me sacó de mis ensoñaciones. Frente a mí estaba aquel hombre, embutido en un uniforme de policía que le quedaba por lo menos dos tallas pequeño. Movié el bigote de manera impaciente.

—Está arriba durmiendo —contesté con dureza. Me molestaba que aquel hombre estuviese allí, con su uniforme arrugado y aires de grandeza. Junto a él había una mujer policía. Mujer policía, qué palabra más fea. Una mujer, con toda su delicadeza y dulzura nunca podría ser policía; un policía debe ser rudo y fuerte para poder protegernos de aquellos que cometen delitos. Nunca las manos suaves de una mujer deberían empuñar un arma; sin embargo estaba allí, mirándome como si nunca antes hubiese visto un hombre. Le sonreí, más por cortesía que por otra cosa; era bonita, pero no tanto como mi adorada Marlene.

—¿Podemos pasar a ver? —preguntó la mujer policía. Su voz me sonó como la de una urraca, chillona y estridente.

—No —dije enfadado. Nadie disturbaría el sueño de mi mujer. Nadie—. Está durmiendo y no permitiré que nadie la despierte.

—Necesitaríamos hablar con ella —dijo el policía.

—Lo que tengan que hablar con ella lo pueden hablar conmigo —gruñí. Comenzaba a molestarme aquella situación. ¿En qué andaba metida Marlene? Seguro que era alguna de esas cosas raras que hacía el impresentable de su hermano. Cientos de veces le había dicho que no hablase más con él, pero ella no me hacía caso. Seguro que aquel mamarracho la había metido en algún lío.

—Lo siento, señor, pero necesitamos hablar con ella.

—A menos que tengan una orden no entrarán aquí —declaré—. Esto es una democracia, aquí hay leyes y, por mucha policía que ustedes sean, deben cumplirlas. Mi mujer está durmiendo. Si quieren hablar con ella, vuelvan más tarde —dije aguantando las ganas de gritarles a la cara lo que pensaba de ellos y cerré la puerta dando un portazo.

Volví a sentarme en el sillón con todos los músculos tensos aún. Cogí el vaso de limonada y bebí un sorbo. Sabía a limón sintético y tenía demasiada azúcar; no era como las que me preparaba mi Marlene. Mi Marlene sí sabía preparar limonada: cogía los limones con sus manos y los apretaba como quien estruja un pequeño ratón, como quien le quita el aire a una flor, como quien ahoga a un jilguero. Así exprimía mi Marlene los limones. Luego añadía agua, una pizca de sal y un poco de azúcar y me traía la jarra y un vaso con una amplia sonrisa. Yo cogía el vaso y le sonreía. Bebía y el líquido recorría mi garganta, reconfortándome. Esa limonada que ahora tomaba, en cambio, me sabía a reproche.

Teresa me observaba desde su asiento.

—Ve y dale un beso de buenas noches a Marlene de mi parte —dijo despidiéndose de mí. En sus ojos pude ver la pesadez de aquel que comprende que sus acciones no tienen consecuencia alguna, de aquel que comprueba que ya todo es pasado.

Me levanté y me dirigí a mi habitación acompañado por mis dos amigos de blanco. Miré por los pasillos, pero, por primera vez en mucho tiempo, Marlene no me acompañó en mi caminar.

Capítulo 4

—Buenos días —me saludó Teresa. Hacía varias semanas que no nos veíamos, por lo menos dos, y, por el color pálido de su piel y sus ojos inflamados, deduje que había estado enferma. Hoy no estaba sentada tras su escritorio blanco, como siempre. En lugar de eso, me esperaba de pie junto a la puerta.

—Buenos días —la saludé. No esperaba ese cambio.

El despacho tampoco estaba igual. Alguien había añadido una planta sobre la estantería y un par de libros más. Fuera hacía buen tiempo, y la luz del sol se colaba por el visillo blanco que cubría la ventana rejada que había tras el escritorio.

—Siéntate, Estefan —me indicó mientras ella hacía lo propio—. ¿Cómo te encuentras hoy?

—Muy bien, gracias —respondí con una gran sonrisa. El día era bello, me sentía realmente radiante.

Teresa sirvió dos tazas de té y me acercó una. Tenía un aroma mezcla de frutas y caramelo; era dulce, como las tartas de manzana que preparaba Marlene. Lo probé. Sabía a ciruela. A pesar de que no le había añadido azúcar, estaba dulce.

Teresa cogió su libreta.

—Hoy quisiera hablar de tu trabajo. Por lo que me has contado trabajabas en una fábrica.

—Sí —respondí seco. La fábrica... En ella había invertido gran parte de mi vida. En ella había malgastado gran parte de mi vida.

—¿A qué te dedicabas?

—Hacía inventario. Contaba clavos y tornillos. A veces también tuercas... Tenía que asegurarme de que en las bolsas había la cantidad que indicaba cada una de ellas.

—Parece un trabajo monótono.

—Lo era. Aún me parece escuchar los gritos de mi jefe. Era insoportable. El eco de las máquinas inundaba el almacén, los

camiones iban y venían, y la gente no paraba de correr de un lado a otro. Yo me sentaba en un taburete alto, de una sola pata, uno de esos taburetes en los que, si te distraes, te caes, y me dedicaba a contar, una por una, cada pieza que había en las bolsas. Había una planilla que tenía que ir rellenando según iba revisando. —Bebí un sorbo de té para hidratar la garganta y poder seguir contando—. A mi lado se solía recostar a descansar Bob, el perro guardián. Era un enorme mastín que de guardián solo tenía el título. Nunca conocí perro más tranquilo ni más manso: cuando algún desconocido entraba en la nave, él corría a esconderse bajo las enormes estanterías de acero. Un día desapareció y no lo vimos más con vida. Se había escondido bajo una estantería y poco después habían puesto un pallet y un montón de cajas frente a su escondite y nunca pudo salir. Con el ruido de las máquinas nadie escuchó los gemidos y ladridos del pobre animal; pasaron tres semanas hasta que alguien encontró su cadáver, desnutrido y deshidratado, bajo la estantería. Entonces trajeron otro perro: un chucho salido de los mismos infiernos. Nunca he visto un animal con tantas malas pulgas; ladraba a todo lo que se movía, y como te detuvieras junto a él, no dudaba en clavarte sus colmillos. Por suerte llevábamos botas de trabajo; si no, a más de uno le habría arrancado un dedo.

—Pobre Bob —comentó Teresa—, una muerte cruel.

—Todas las muertes son crueles —declaré—. La muerte nunca es justa, siempre se lleva a aquellos que más queremos.

—¿Como Marlene?

Las palabras de Teresa fueron un puñal de hielo en mi vientre.

—Marlene está viva, sé que volverá. Hace tan solo dos años que se marchó, pero volverá.

Teresa apuntó algo en su libreta.

—¿Y tu jefe? Me has dicho que no era fácil de tratar —dijo Teresa cambiando de tema.

—Mi jefe era un hombre insoportable. Gritaba a todos y para todo. Cuando compraron una máquina que hacía lo que yo, me echaron de la fábrica. Supongo que la máquina les salía más rentable.

Aún me llegaba el eco de su voz, gritándome sin parar. Sus duras palabras se clavaron en mi mente: «Gonzales, está usted

despedido. A su puta casa». Marlene me miraba preocupada. Sabía que algo me ocurría. En sus brazos había un bebé, nuestro máspreciado retoño, mi pequeño Pablo, al que ella mató. Mi pequeño Pablo, mi tercer hijo. Nunca vi en esta tierra criatura más bella que él, salvo quizá mi querida Marlene. Tras ella, en el salón, se perfilaban las siluetas de mis otros dos hijos, Jorge y María, jugando al ajedrez como años atrás haría yo con su madre.

—¿Qué ha ocurrido? —me preguntó Marlene con su cántico suave.

—Me han despedido —fue lo único que dije y entré en la casa.

Al verme, Jorge y María corrieron hacia mí a darme un fuerte abrazo.

—¡Papá!

—Hoy has vuelto más temprano, ¿nos llevas al parque? —me preguntó Jorge. Jorge. Mi pequeño Jorge. Mi primogénito. Nunca olvidaré esa sonrisa, esos ojos hermosos, esa mirada llena de luz. Esa mirada llena de reproche. Tal vez no le dediqué suficiente tiempo. Quizá nunca me perdonó que perdiese mi empleo y nunca encontrase otro. Creo que nunca me perdonó esa vez que le perdí el balón al chutarlo demasiado fuerte. No, nunca me perdonó.

—¡Eso! ¿Nos llevas al *paque*? —preguntó María tirándome de la ropa con insistencia. María tenía la belleza de su madre y la mirada triste. Sus ojos parecían estar siempre a punto de llorar. Su piel era suave y clara, como la de su madre, y parecía preparada para que en ella se derramasen los litros de agua salada que tendría que llorar más adelante. Después de todo, eso es lo que hacen las mujeres: lloran al nacer, lloran al parir y lloran al morir. Mi pobre hija era tan hermosa y frágil como su madre. Mi pequeño ruiseñor.

—No. Hoy no. Vengo cansado —dije mostrándoles mi mejor sonrisa. Un nudo amargo quería salir por mi garganta, pero no le permití que rompiera mi voz.

En la cocina, una olla burbujeaba. Fuera los pájaros cantaban. Bebí un sorbo de la taza de té. El sabor de las ciruelas se mezcló con el intenso perfume de flores que había en el salón. Los niños siguieron gritando y jugando a mi alrededor, pero sus voces se perdían en las brumas de mi mente; tan solo la imagen de mi amada

Marlene, tan frágil y con nuestro retoño en brazos, podía atravesarlas. Marlene se acercó a mí. Su contacto fue suave, como si un gato te rozase suavemente con su cuerpo.

—Vamos arriba —dijo con voz temblorosa.

Asentí. Subimos las escaleras. Los escalones cada vez me parecían más profundos y tardé en llegar arriba lo que me pareció una vida entera. Una vez allí, Marlene se dirigió a la habitación.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó con un cántico triste, aquel que se clavaba en lo más hondo de mi ser.

—Me han cambiado por una máquina —dije. Y me desplomé sobre la cama. El peso del mundo era demasiado para mis espaldas. ¿Qué iba a hacer ahora? Llevaba doce años trabajando en aquella fábrica. Primero en ensamblaje, luego en control de calidad y finalmente en inventariado. Y ahora, nada. Desde que había dejado los estudios, con dieciséis años, no había parado de trabajar nunca. Tampoco era tan viejo, sin embargo, no estaba seguro de poder encontrar trabajo. Por primera vez en mi vida, dudé. Dudé de todo lo que estaba haciendo. Dudé de ser capaz de darle una vida digna a Marlene. Dudé de poder criar como debía a mis hijos. Y, sobre todo, dudé de mí mismo.

—No te preocupes, cariño —la voz de Marlene acariciaba mi cuerpo con finos dedos de porcelana—, seguro que pronto encontrarás trabajo.

Sonreí.

—Claro —respondí incorporándome en la cama—. Encontraré un trabajo incluso mejor que el que tenía. Ya estaba harto de escuchar al idiota de mi jefe.

—Claro que sí, mi amor. Y si no, siempre puedo buscar algo yo.

Se me heló el corazón. ¿Mi mujer trabajando? ¿Qué iba a pensar de mí la gente? ¿Qué iban a pensar si veían que mi santa mujer se veía obligada a trabajar, como una cualquiera? No. Eso jamás lo permitiría.

—No —respondí tajante—. Tú no trabajarás nunca.

—Pero, cariño, en la panadería necesitan una...

—¡Calla! —la interrumpí—. Quítate esa idea de la cabeza. No permitiré nunca que trabajes. Tú vivirás siempre como una reina,

aquí, en mi casa, ¿entiendes? No voy a permitir que salgas a ganar dinero como si tu marido no pudiera manteneros a ti y a mis tres hijos.

—Cariño, no te enfades, yo solo decía...

—¡No estoy enfadado! —grité. Marlene pareció encogerse tanto que me recordó a la niña pequeña que conocí años atrás. Tembló como una hoja trémula y cubrió con su cuerpo a nuestro bebé, que comenzó a llorar. Profería algo más parecido a graznidos de cuervo que al llanto de un bebé. Rápidamente se hinchó entero y se puso rojo mientras gritaba a pleno pulmón—. Yo no estoy enfadado. Y haz callar a Pablo.

—Eso intento —contestó Marlene con dos perlas plateadas asomándole de los ojos mientras lo mecía con cariño—. Si tú no gritaras tanto, él no lloraría —respondió.

Levanté la mano dispuesto a abofetearla por aquella insolencia. Culparme a mí del llanto de una criatura... A mí, que todavía no había matado una mosca en mi vida.

—¿Encontraste nuevamente trabajo? —me interrumpió Teresa.

Clavé mi mirada en ella aún con la mano en alto. El sonido de los segundos inundó mis oídos. Relajé mi cuerpo. Cogí la taza de té y bebí otro sorbo.

—No —respondí apesadumbrado.

Junto a mí, lloraba sin parar Marlene.

—Cállate ya, mujer, que me pones nervioso —le dije con mi voz más dulce, pero esta sonó como un ladrido.

Capítulo 5

Esa mañana llovía.

Las gotas de agua golpeaban el cristal de mi blanca habitación a través de los barrotes. Miré a mi alrededor. ¿Dónde estaba? ¿Cómo había llegado hasta allí? La habitación era pequeña y sin ventanas. Tan pequeña que me sentía como una nuez dentro de su cáscara. Solo había una cama con sábanas blancas, una mesa de escritorio con algunos papeles y una silla. Las paredes eran lisas y blandas, de algún material parecido a la gomaespuma, lo que confirmaba que ni yo era una nuez ni estaba en el interior de un cascarón, a menos que los cascarones fuesen blandos por dentro. Me levanté y me acerqué a la mesa. Cogí los papeles y los revisé. En ellos reconocí mi letra y algunos garabatos dibujados por mí. No recordaba haberlos hecho. El dolor se apoderó de mi alma al leer siete letras mal escritas con el trozo de carbón blando que reposaba sobre la mesa: Marlene. Marlene, mi adorada Marlene, aquella que ya nunca regresaría. Porque Marlene nunca regresaría. Marlene se había marchado. Para siempre. Pero no era un para siempre como el que dicen los adolescentes de ahora cuando se prometen amor eterno, era un para siempre eterno y profundo, casi tan profundo como el universo. Echaba tanto de menos a Marlene... Echaba de menos su mirada, sus ojos cargados de amor, sus manos suaves, sus cabellos largos y brillantes, su amplia sonrisa y esa manera que solo ella tenía de hacer y decir las cosas.

Me acerqué a la puerta. Era sólida, pero acolchada, y sin nada que permitiese abrirla. No estaba seguro de que realmente fuese una puerta, y en el caso de que así fuera, no comprendía por qué era igual de extraña que las paredes.

—¿Dónde demonios estoy? —grité con furia. Nadie me respondió—. ¿Me oís? ¿Hay alguien ahí? —imploré con todo el aire de mi pecho, ahogándome por completo. Mis manos dieron contra el suelo

cuando me derrumbé. Eso había sido todo lo que había hecho falta para que lo comprendiera, para que comprendiera todo lo que ocurría. Aquel lugar era mi prisión. Estaba prisionero en mí mismo. Miré a mi alrededor de nuevo, estaba claro que estaba dentro de mi propia cabeza. Por eso nadie había respondido—. Marlene... —suspiré.

No lloré. Las lágrimas no querían salir de mi pecho. La angustia se anudaba en mi garganta pujando por salir en forma de un alarido, pero finalmente lo consiguió.

—¿Qué ha sido ese ruido? —preguntó Marlene mirando alrededor.

Desde el suelo, hecho un ovillo, la vi a la distancia. Estaba tan cándida como siempre. Junto a ella había otra niña. Creo que era una amiguita de su colegio.

—¿Qué ruido? —preguntó la niña.

—Me pareció escuchar algo —respondió Marlene apartándose el flequillo del rostro.

—¡Habrás sido una rata! —exclamó la otra niña, de la cual ni siquiera recuerdo el rostro; puede que ni siquiera tuviera uno.

—¡No digas eso! Sabes que me dan mucho asco.

—Tranquila, era broma. Habrá sido un gato —contestó la niña y comenzó a reír con una risa tan estridente que se clavaba en mis oídos. Era lo más parecido que había escuchado nunca al quejido de un gato agonizante al que están despellejando lentamente comenzando por la cola y terminando por el hocico.

A ese sonido desagradable se unió el canto de un jilguero. Marlene rio.

Rio y la vi tan hermosa.

Unas lágrimas brotaron de mis ojos y bañaron el suelo blanco de mi habitación.

Marlene, mi adorada Marlene, aquella que nunca volvería, estaba allí, tan cerca, y yo no podía alcanzarla: no era capaz de mover ni un solo músculo. Deseé gritar con todas mis fuerzas, llamarla e implorarle que se acercase a mí y me ayudase a levantarme. ¿Pero qué iba a hacer ella, tan frágil y trémula, con el cuerpo de un viejo como yo? Nunca habría podido levantarme. En realidad un solo sople de su respiración, una sola palabra suya habría bastado para

que mi cuerpo se elevase, la alcanzase y no la dejase marchar nunca más.

—¡Venga, vamos a seguir! —dijo entre risas Marlene recogiendo el extremo de la cuerda del suelo; el otro estaba atado al tronco de un árbol.

No la dejaría marchar nunca. Le susurraría al oído que siempre sería mía y que nunca la dejaría alejarse..., aunque eso fuese mentira.

—¡Vale! Cuenta tú —dijo la niña sin rostro haciéndose a un lado. Marlene comenzó a hacer girar la cuerda y a cantar.

—*Al pasar la barca, me dijo el barquero: «Las niñas bonitas no pagan dinero».*

Eres la más bella, quise decir, y mis labios temblaron levemente. Me dolían las rodillas de estar tanto tiempo agazapado entre las piedras, pero valía la pena. Verla mover la cuerda con tanta alegría, sin ninguna preocupación, era la mayor gloria a la que yo nunca podría aspirar. La amiga sin rostro se tropezó con la cuerda y cayó al suelo haciendo el ruido que hacen las ruedas de los camiones al pasar por un empedrado. Me tapé la boca y contuve la risa. Mis labios se llenaron de la tierra de mis manos. Me quedó un regusto metálico en la boca.

Marlene le entregó la cuerda a la otra. Sí, la otra es la forma adecuada de llamar a ese ser que cada vez tenía una forma más alejada de la humana; poco a poco su contorno se iba tornando confuso y extraño, como si no pudiese verla con claridad; sin embargo, Marlene cada vez relucía más.

Marlene comenzó a saltar.

Sus trenzas y su falda volaban con cada salto, y le vi las braguitas. Eran rosa y con conejitos. Mis mejillas y orejas se encendieron y un extraño nerviosismo me inundó. Algo temblaba en mis pies pidiéndome a gritos huir, y algo en mi pecho me imploraba que las ignorase y me quedase. Mi corazón se agitó. Mi corazón latía al ritmo de los saltos de Marlene.

Yo no soy bonita ni lo quiero ser.

Latía con fuerza.

Yo pago dinero como otra mujer.

Mis labios se humedecieron y comencé a sudar.

—¡Uno! —cantaba Marlene mientras saltaba y yo observaba sin poder quitar los ojos de la piel que surgía de ese exiguo trozo de tela rosa con conejitos—. ¡Dos! —El calor subía por mi estómago y pecho al contemplar sus piernas moverse en el aire—. ¡Tres! —Mis manos temblaban y buscaban acariciar su piel—. ¡Cuatro! ¡Cinco! —No podía más. Decidí marcharme cuanto antes.

Retrocedí como pude por mi escondite, pero las piedras no eran firmes y resbalé dando de bruces contra el suelo. El eco de mi aterrizaje retumbó en la nada y llenó el aire. La niña sin rostro giró lo que presumo era su cabeza hacia mí y me señaló con uno de sus apéndices.

—¡Estefan! —bramó, y aquella palabra fatídica que acababa de delatarme heló el tiempo. Mi corazón se detuvo igual que se detiene en el aire un colibrí: quieto, pero temblando sin parar. Sentí el dolor en el pecho y me incorporé lo más rápido que pude. La sangre de mis rodillas y manos había teñido las piedras al golpearlas, pero el dolor no me importó. Resbalé y trastabillé de nuevo, pero conseguí salir corriendo.

El eco de los gritos de la niña aforme me persiguió en toda mi carrera. Corrí. Corrí durante varios minutos hasta que tropecé con algo y di de bruces contra mi blanca cama. Aún sentía el estrépito de la sangre bombeada en mis oídos. Miré mis manos. Sentí esa misma inquietud que había tenido minutos antes. Me senté.

Descansé un instante.

El tiempo latía en mis oídos.

Sonreí al recordar las braguitas de mi amada Marlene, saltando a la cuerda con aquella niña monstruosa que me había delatado en mi escondite.

Sonreí recordando su dulce voz cantando aquella canción infantil.

Y me masturbé. Me masturbé ante la mirada impasible de Marlene.

Capítulo 6

Caminaba por los blancos pasillos acompañado de mis dos perros guardianes. No tengo muy claro dónde me llevaban. Mis pies se movían uno tras el otro sin que yo pudiese controlar su trayectoria; parecían ser los de otra persona. Mis pasos me sonaban ajenos, suaves. Suaves. Se apoyaban suavemente sobre el blando suelo. Suaves... Susurrantes... Miré mis pies viejos y arrugados. Estaban cubiertos por unas zapatillas blancas más parecidas a las que usan esas bailarinas de porcelana que se mueven odiosas al ritmo de una caja de música desafinada. Las blancas zapatillas de suave tela acariciaban mis dedos a cada paso, masajeándolos tal como hacía Marlene con sus blancas y delgadas manos. Esas manos que ahora se entrelazaban con las mías. La suave voz de Marlene me llegó a través de aquella extraña niebla soporífera que me rodeaba.

—¿Dónde vamos, mi amor? —susurró junto a mi oído. Pude notar cómo sus largos cabellos se rozaban contra mi cuello, enredándose alrededor mío y casi asfixiándome.

—No lo sé —respondí mirándola como si no pudiese verla. Su imagen se perdía en el blanco del pasillo. No sabía qué me ocurría, pero me era difícil enfocar la mirada en ella.

Frunció el ceño y sonrió. Su sonrisa era fría, distante, de ultratumba.

—Pues pregunta, mi amor —ordenó con esa dulzura que era capaz de helar la sangre. Sus palabras hicieron eco en mi mente y obedecí sin poder hacer nada por evitarlo. Mi cuerpo era ahora a ella como mis pies a mí: obedecían sin dar respuesta alguna, siendo totalmente ajenos.

—¿Dónde vamos?—pregunté a mi amigo rubio. ¿Rubio? Juraría que ambos eran morenos.

—Al jardín —respondió sin mirarme siquiera.

—Al jardín... —repitió Marlene acariciando mi rostro con sus frías manos. Sus dedos arañaban mi piel abriéndola con finas brechas de las que manaba mi sudor—. ¿Y para qué vamos al jardín? Aquí dentro se está bien...

—¿Para qué vamos al jardín? —repetí sintiendo que la voz que salía de mis labios no era la mía sino la de mi amada Marlene—. Aquí dentro se está bien... —añadí con dulzura jabonosa. Las manos de Marlene me abrazaron y ella me susurró al oído con suavidad. No recuerdo lo que me dijo, pero cerré los ojos y me dejé llevar. Mis pasos se volvieron tambaleantes. Sentí el ahogo de su pecho en el mío, sentí mis manos en mi cuello y chillé con fuerza.

Parpadeé. Nadie se había percatado de mi grito, nadie se había percatado de mi agonía, mis manos seguían abrazando mi cintura, sujetas por la blanca camisa.

—Te amo... —susurró Marlene a mi oído.

Sonreí.

Uno de mis acompañantes, el que no era rubio, abrió una puerta blanca y salimos a un pequeño jardín rodeado de blancas paredes. Había hierba. Había dos parterres con blancas flores y un árbol cargado de flores rosadas. Un intenso perfume invadió mi pecho. Pisé la hierba y sentí, a través de los finos zapatos de bailarina de ballet de cristal estrellada contra las rocas, la caricia de las briznas contra mi piel.

Parpadeé acostumbrándome a la luz. Miré al techo. Era azul. Tan azul como el mar. Tan azul como el alma de Marlene y tan profundo como el hastío que había en sus ojos cuando me miraba.

Sonreí.

Junto al árbol había dos personas. Me miraban con seriedad. No sé quiénes eran. Me acerqué a ellas lentamente.

—Buenos días —saludé a uno de ellos, un muchacho de rudas facciones con una nariz que me recordaba desagradablemente a la de mi padre—. Mi nombre es Estefan —me presenté con una sonrisa que él desdeñó.

Frunció el ceño y me miró como miraba mi padre a mi madre cada vez que esta hacía alguna estupidez, cosa que ocurría bastante a menudo.

—¿No sabes quién soy? —preguntó el muchacho sin presentarse siquiera. ¿Cómo pretendía que supiese quién era? No estoy seguro si lo había visto hacía algún tiempo, en algún cuadro. O tal vez no. Lo observé. Medía aproximadamente como yo, tenía el pelo castaño cortado de esa manera que se cortan los jóvenes el pelo, y su mirada estaba cargada con un profundo reproche. ¿Le debía dinero?—. ¿No sabes quién soy? —volvió a preguntar alzando la voz al ver que yo no contestaba.

—Lo siento, pero no le conozco —respondí con frialdad. No iba a permitir que nadie me hablara de esa manera, ni siquiera mi padre.

—Papá... —dijo con voz suave la muchacha que había junto a él. No se llevaban suficiente edad para ser padre e hija. La miré y se me ablandó el corazón. Me recordaba tanto a mi amada Marlene...

—¿Quiénes son? —le pregunté a Marlene, quien los observaba impasible desde la escalera.

—Soy yo: Jorge —dijo el muchacho sin dejar de mirarme con furia.

—¿Jorge? —Intentaba recordar a alguna persona con ese nombre, pero no había ningún Jorge que correspondiera con su descripción.

—Sí, soy Jorge, y esta es María. ¿Nos reconoces ya?

Los volví a observar sin comprender por qué debería reconocerlos. Marlene se mecía los cabellos, impaciente, y la muchacha, a la que acaban de presentar como María, la imitó casi a la perfección.

—Lo siento, no sé quiénes son. ¿De dónde nos conocemos? —pregunté confuso. Marlene se marchó por la puerta de la cocina, seguramente iría a preparar un poco de café para las visitas. Pablo comenzó a llorar en su cuna—. El niño llora —informé a mi mujer—. Hazlo callar que molesta.

Jorge me miró con sus ojos tiernos, incrédulo. Aún tenía marcado el golpe que le había dado por fingir estar enfermo para no ir al colegio.

—¿De verdad no lo sabes? —preguntó María acercándose a mí. Mi pequeña María. Sonreí. Era tan frágil y diminuta. Sus piernas rechonchas se movían tambaleantes haciendo que se balancease de un lado al otro como todos los niños pequeños hacen.

—Déjalo, está viejo y loco —sentenció el hombre desde la puerta. Sus ojos estaban perdidos más allá, como si mirara a través de los muros de la habitación y no pudiera ver la hermosura de mi hogar. Sus labios se movieron, pero no pude oír lo que decían. El sonido atronador de una tormenta que se desató repentinamente en el salón, seguido de cristales rotos, me impidió oírlo. Arrojé con furia un jarrón a aquel desconocido insolente. Mi pequeño Pablo cayó al suelo con una brecha en la frente. La sangre blanca manaba de su piel sin desear detenerse. Parecía que cientos de babosas saliesen de su herida impregnándolo todo con sus jugos. Corrí hacia él. No había querido golpearlo, pero necesitaba que se callase. Nuevamente, el eco de aquellas palabras se clavó en mi mente.

Grité.

Grité con toda la furia y frustración que sentía.

Mis dos amigos de blanco me arrastraron por los pasillos de regreso a mi blanca habitación mientras yo no podía evitar que el aire siguiese huyendo de mi pecho en un profundo gemido. Marlene me sonreía con esa sonrisa que solo ella poseía. Una sonrisa parecida a la que teníamos los niños cuando empalábamos un insecto y observábamos cómo seguía moviéndose intentando huir de la muerte sin conseguirlo. Una vez empalamos un pequeño ratón y fue espectacular. Cuando finalmente dejó de moverse le hicimos una pequeña sepultura. Con una goma de borrar hicimos una lápida, que grabamos con un lápiz, e hicimos una gloriosa ceremonia para honrarlo. A los tres días fuimos a visitar su tumba para enterrar junto a él un pájaro que habíamos cazado con el tirachinas y descubrimos que había sido removida y que el pequeño animalillo ya no estaba allí. Desde entonces llamamos a aquel ratoncillo Jesús y, aún hoy, cada vez que me acuerdo de él, evoco esa infancia que nunca volveré a vivir. Los niños de hoy en día no saben lo que es crecer ni jugar.

Me arrastraron por los pasillos. Y Marlene, mi adorada Marlene, se quedó de pie en aquel jardín junto a aquel hombre y aquella mujer que habían dicho cosas tan horribles de mí que no soy capaz siquiera de recordarlas.

Capítulo 7

—¿Cómo te encuentras hoy? —La voz de Teresa parecía venir de muy lejos. Tenía los sentidos embotados y una agradable sensación de embriaguez. Miré a mi alrededor. Hoy no estábamos en su casa, estábamos en mi habitación. El techo blanco me observaba impasible, sin parar de moverse a mi alrededor, riéndose con sordas carcajadas de mi desgracia. Las paredes me susurraban suavemente una realidad que no estaba dispuesto a oír y el suelo amenazaba con abrirse bajo mis pies si lo pisaba. Ahora pienso que eso habría sido lo mejor. Dejar que la tierra me tragase y acabase por completo conmigo habría sido lo más rápido y justo. El suelo se habría abierto como se abre la tela de una araña trampera para atrapar a sus víctimas y yo habría acabado con mi sufrimiento—. ¿Cómo te encuentras hoy? —La voz rasposa de Teresa volvió a cruzar esa baba espesa que era el aire y penetró por mis oídos. Tardé en reaccionar.

—Dile que mucho mejor, cariño —susurró en mi oído Marlene. Miré a mi lado, allí estaba ella, tan radiante y gris como siempre.

—Mucho mejor —repetí. Mi cuerpo apenas me respondía. Notaba cómo mi piel se estiraba y caía lentamente dejando al descubierto mis músculos que a su vez se estiraban como chicles, sin ninguna fuerza.

—Han tenido que sedarte, intentaste acabar con tu vida. ¿Lo recuerdas? —preguntó Teresa. La miré. Forcé lo más que pude mis ojos para enfocar la vista en su rostro. ¿De qué hablaba? Yo nunca habría intentado suicidarme, si yo nunca he sido capaz de matar a... Nunca... Nunca.

—Marlene... —susurré buscando el consuelo de sus manos. Ella me acariciaba con suavidad. Sus fríos dedos recorrían mi rostro con delicadeza, dejando caminos de cristales de hielo allí por donde pasaban. Quise cogerle las manos y resguardarlas entre las mías,

pero me encontraba atado a la cama, como si fuese alguna especie de enfermo mental—. Marlene...

—Tranquilo, mi amor —susurró ella con voz de golondrina que se marcha de la ciudad para no volver—. Tranquilo, todo está bien. Yo te cuidaré.

Teresa estaba junto a mí. Hoy no tenía libreta. Hoy no apuntaba nada. Hoy no estaba rodeada de ese halo de misterio que siempre la envolvía. Hoy era simplemente una mujer agotada, harta de su trabajo y de su vida.

—Teresa... —la llamé casi sin fuerzas.

No sé si me oyó, pero me respondió con una fingida sonrisa. Una sonrisa de hiena, de esas que levantan levemente un lado del labio y dejan entrever los colmillos del depredador.

—Todo irá bien —dijo con un susurro sibilante más propio de un ser que se arrastra entre los escombros de una ciudad que de una persona.

—No le creas —susurró mi jilguero en mi oído—. Ella es mala. Ella te hace daño. —Miré a Marlene asombrado. Nunca había dicho algo similar sobre Teresa, es más, yo creía que le caía bien. Sin embargo, sus palabras no hacían más que confirmar aquello que yo ya sospechaba de aquella siniestra mujer. O eso creí en ese momento.

Quise moverme de la cama, pero Teresa se había prevenido bien de que yo pudiese siquiera tocarla. Mala mujer. Como todas. Todas las mujeres son malas. Ya lo dice la Biblia: Eva fue la causa por la que Adán fue expulsado del Edén. Todas las mujeres son malvadas, salvo mi amada Marlene. No hay ser más puro que ella. La miré, tumbada junto a mí, en la blanca cama. Su pálida piel parecía mezclarse con las blancas sábanas. Era realmente hermosa. Se puso a horcajadas sobre mí y me besó con pasión. La abracé.

—Todo irá bien —dijo la voz de Teresa, desde algún lugar de la habitación.

—Todo irá bien, mi amor —susurró en mis labios Marlene. Saboreé su amor y agradecí el frío que su cuerpo me transmitía.

El sonido de las olas inundaba la habitación.

Marlene se apartó de mí y sonrió desde la puerta de la habitación.

—¿Vamos a la playa? —canturreó en una pregunta que nunca más me repetiría. Mi trabajo nunca más me permitiría llevar de viaje a mi amada mujer. Siempre desearía repetir aquellos días, aquellos placenteros días en los que nos amamos como se aman la lluvia y la roca—. ¡Venga! ¡Vamos a nadar! —exclamó saliendo corriendo de la habitación.

Me levanté de la cama y corrí tras ella.

—¡Espérame, Marlene! —grité mientras corría fuera de la cabaña, quitándome la camisa por el camino y dejándola tirada en la arena.

Marlene se había desnudado ya por completo y corría a las olas. Miré alrededor deseando que no hubiese nadie que la pudiese ver, pero era muy temprano y la mayoría de la gente estaba durmiendo. La única que estaba allí era Teresa que nos observaba distante desde un rincón.

—¿Dónde vas, Estefan? —preguntó Teresa con voz neutra, sin enfatizar en ninguna dirección.

Cada vez estaba más convencido de que esa pobre mujer no era capaz de pensar con claridad.

—¡Al agua con mi mujer! —respondí y seguí corriendo tras Marlene. Ella me llamaba agitando su mano desde el mar. Tropecé con el pantalón de pijama, trastabillé, volví a recobrar el equilibrio y seguí corriendo dejando atrás una ristra de objetos personales.

Alcancé a Marlene y me abalancé sobre ella.

Marlene rio.

Yo reí.

Teresa nos miraba impassible de pie en la playa, con su bata blanca y sus horribles gafas que hacían que sus ojos se asemejaran a los de una gran avispa.

Besé a Marlene. Marlene me besó. De fondo las gaviotas reían siguiendo a algún pesquero que ya salía a faenar. El agua tensaba nuestra piel y erizaba nuestros cabellos, pero la felicidad de saber que nunca nos separaríamos hacía que no sintiéramos frío alguno.

Marlene se separó un instante de mí. Se dio la vuelta riendo y me salpicó con fuerza. Yo me dejé salpicar. Algunos peces rozaron los pelos de mis piernas desnudas.

—¡Te quiero! —gritó Marlene.

—Nunca te dejaré marchar —le contesté—. Te amo con toda mi alma. Nunca te dejaré, siempre te cuidaré.

Marlene rio y comenzó a adentrarse en el agua.

Por un momento me invadió la angustia. Temía que se alejase para siempre, que se adentrase en el mar y se perdiese eternamente. Temí que su piel se fundiera en un abrazo eterno con el fondo del océano y que el azul me la arrebatase para siempre. Pero no, Marlene nunca se iría de mi lado. Marlene siguió adentrándose en el agua mientras se reía.

—¡Ven! ¡Ven conmigo! —exclamaba mientras yo intentaba alcanzarla. El sol subía lentamente en el horizonte y poco a poco iba viéndose todo más claro.

Un chillido agudo cruzó el aire. El mismo chillido que habría emitido un jilguero al que hubiesen atravesado con una flecha. Marlene se encogió y de pronto la cubrió el agua. Intenté avanzar lo más rápido que pude, pero el agua me empujaba alejándome de ella. La viscosidad que me rodeaba no me dejaba apenas acercarme a mi amada. La llamé con todas mis fuerzas.

—¡Marlene! ¡Marlene!

Su cabeza asomó por un instante y se volvió a hundir. Maldije el no haber ido nunca a clases de natación. Daba brazadas tan fuerte como podía intentando llegar a ella, pero me era casi imposible hacer nada. La mano de Teresa me sujetaba el pecho suavemente.

—Tranquilo, Estefan, todo está bien. Tranquilo.

Respiraba agitado. Parpadeé varias veces.

Seguía tumbado en mi blanca cama, amarrado por aquella camisa que me impedía moverme.

—Tranquilo, Estefan. Ya ha pasado todo. —Teresa seguía con su mano en mi pecho intentando calmarme. Sentía que el corazón se me iba a salir por la boca, pero poco a poco se fue aletargando, al igual que mi mente—. ¿Estás mejor? —preguntó como si a ella le interesase la respuesta.

—Sí... —susurré retomando el aliento. Teresa se sentó junto a mí—. Mi mujer casi se ahoga —dije terminando de regular mi respiración.

—¿Cuándo? —Su pregunta me dejó atónito. ¿Acaso no lo recordaba? ¡Ella estaba allí! Estoy seguro de que ella estaba allí, junto a mí..., en aquella playa.

—Durante nuestra luna de miel. —Miré a Teresa, parecía interesada en lo que le iba a contar—. Me gustaría incorporarme, ¿podrías ayudarme? —le pedí. Teresa asintió con la cabeza y me ayudó a sentarme en la cama.

Volví a mirar a mi alrededor. Lo que vi no me gustó. Todo blanco. Blanco... Mi infierno no era ni rojo ni negro, era blanco. Mi prisión por aquello que había hecho; mi castigo eterno.

—¿Cómo ocurrió? —preguntó aquella mujer cruel con interés lobuno. Solo una criatura como ella podría preguntar tal cosa. Sin dudas me hallaba en el infierno, condenado por mis pecados y ella era la encargada de torturarme y castigarme por todo lo sucedido.

—Estábamos en la playa. Marlene no sabía nadar, y de pronto pisó un pozo y se hundió.

—Sin embargo, más adelante tuvisteis hijos —sentenció Teresa. Aquello solo podía significar una cosa, Marlene no había muerto.

Recordé a mi hermosa María, igual a su madre, con sus mismos gestos y mirada. Recordé a mi fuerte Jorge, que había heredado las formas de mi padre. Y recordé a mi frágil y pequeño Pablo, que había muerto en brazos de su madre. Deseé abrazarlos a los tres y sentir su calor y su perdón, pero eso ya no era posible. Tragué saliva e intenté apartar esos pensamientos de mi mente. Me centré en Teresa y en su pregunta.

—Conseguí sacarla del pozo. Yo tampoco sabía nadar, pero, no sé cómo, conseguí salvarla.

Teresa me observó fijamente como un niño pequeño que ve por primera vez a un bombero. Su mirada me hizo sentir por un instante importante, poderoso. Hacía mucho tiempo que no sentía aquello. Desde la última vez que tuve entre mis manos a mi amada Marlene.

—No sabías nadar, sin embargo, sacaste fuerzas de tu interior y conseguiste salvarla. Eso es algo realmente admirable, Estefan.

—Al día siguiente me apunté a clases de natación. —Sentí la necesidad de excusarme. Miré al suelo—. Ya sé nadar, si hoy volviese a ocurrir yo podría...

Pero sabía que no volvería a ocurrir. Sabía que nunca más estaría en una playa con mi amada Marlene. Sabía que ella nunca más volvería a sonreírme ni a mirarme con ojos de mariposa.

—Tranquilo, sigo aquí —me susurró al oído mi amada Marlene, y respiré aliviado.

—No, no se ha marchado... —suspiré—. Marlene no se ha marchado, ella volverá pronto —sentencié mirando fijamente a Teresa. Esta me miró abatida, sonrió con pena, como se le sonríe a aquel que está sentado en la silla eléctrica y pregunta si le va a doler mucho, y se puso en pie.

—Espero verte pronto de nuevo en mi despacho —dijo con calma, retomando su típica frialdad profesional, y se marchó de la habitación, dejándome sentado en la cama.

Poco después de que ella saliese por la blanda puerta acolchada, entrarían mis dos amigos de blanco y me ayudarían nuevamente a recostarme. Cuando salieron por la puerta, vi cómo Marlene caminaba enganchada del brazo de uno de ellos y me miraba con sonrisa cruel. Con aquella sonrisa que solo tienen los niños cuando observan cómo se hunde en los abismos de un río un gato al que acaban de lanzar, atado, dentro de una bolsa de tela.

Y yo me hundí como aquel gato, en los abismos de mi sufrimiento.

Capítulo 8

El asiento no me parecía tan cómodo como normalmente lo había sido. El incienso inundaba el aire y el monótono ruido de aquella odiosa máquina de movimiento continuo parecía querer adentrarse en mi cabeza y controlar mi mente. El golpeteo se metía poco a poco en mi interior empujado por un invisible martillo sujeto por la penetrante mirada de Teresa.

La mujer estaba sentada frente a mí, tras su escritorio. Hoy estaba radiante. Se la veía mucho más descansada de lo normal, aliviada casi. Entre sus manos tenía una taza con una infusión que emitía un suave aroma floral que se mezclaba con la madera del sahumero.

La habitación había cambiado levemente. Hacía por lo menos tres semanas que yo no venía y los cambios habían sido mínimos, pero yo era capaz de vislumbrarlos como si me hallase en dos tiempos a la par, como si yo fuese un camino entre el presente y el pasado. Alguien había arrancado algunos pétalos de la flor sintética que decoraba el rincón que había tras el escritorio de Teresa, quizá había sido la propia Teresa, pero no parecía ese tipo de personas. Habían lavado la alfombra y se veía más mullida que nunca y habían aparecido varios libros más en la estantería. Todo ello, a pesar de que pudiera parecer insignificante, cobraba de lleno sentido para mí: el tiempo pasaba. Pasaba lento, pero pasaba. ¿Cuánto había pasado ya?

Cerré los ojos e intenté recordar. La primera vez que yo había entrado en aquel despacho Teresa aún no tenía canas o, si las tenía, aún se esforzaba en ocultarlas tras un tinte del mismo color que su cabello natural. La segunda vez que entré en aquel despacho alguien había puesto una estantería con peluches que poco a poco habían ido desapareciendo y habían ido siendo sustituidos por diferentes libros, todos con forros idénticos, de color gris. Aquellos forros ahora se encontraban gastados y rotos por el

constante uso. Yo mismo alguna vez había leído alguno de aquellos tomos, eran historias de todo tipo, la gran mayoría de autores noveles. Hacía varios años, Teresa se había mostrado interesada en que leyera un poemario que olía a lirios arrancados hace centurias. Fue el último libro que cogí de aquella terrorífica estantería. A lo largo de los años las paredes habían envejecido varias veces y habían sido repintadas tardíamente con el sempiterno color de mi infierno.

—Me alegro de que hoy hayas podido venir. —La voz de Teresa me sacó de mi ensoñación. Era rasposa, y recorría mi cuerpo como la lengua de un gato adormecido. La miré. Por un momento me pareció que quien me observaba no era otra que mi amada Marlene, pero luego volví a la consciencia.

—Sí —fue lo único que respondí.

—Sé que hemos hablado varias veces ya de tu infancia, pero me gustaría que me contases alguna cosa más.

¿Por qué se empeñaba tanto en saber de mí? ¿Es que no le bastaba con torturarme con recuerdos que además tenía que preguntar? Definitivamente aquella mujer debía tener una vida muy aburrida si le interesaba tanto todo lo que yo hacía o había hecho alguna vez.

—Una vez hablaste de un diario —agregó al ver que yo no le respondía.

Un diario... Sí... Un pequeño diario de cuero que tenía varias cintas de lana decorándolo. Un diario que, al abrirlo, olía a jazmines y que tenía aún en sus hojas las manchas de las flores condenadas a la inanición; la misma inanición que reconcomía mi alma cada vez que pensaba en la ausencia de mi adorada Marlene. El pequeño diario no era nada especial que no se pudiese adquirir en cualquier tienda de barrio, pero para mí había tenido un valor único. En ese diario, Marlene anotaba cada día lo que le ocurría. La veía escribir en él cada tarde, después de salir del colegio. Mi adorada Marlene, con sus trenzas, o coletas, bamboleándose cuales bailarinas brasileñas cada vez que saltaba. Cuando salía corriendo del colegio yo la observaba desde lejos, sin atreverme a acercarme. Menos aún desde aquel día en el que me descubrió aquella arpía amiga suya

espiándolas mientras saltaban a la cuerda. La observaba y veía cómo su falda ondeaba con la brisa, desplazándose a su alrededor de manera provocativa, llamándome a que me aferrase a ella y la cogiese de la mano y me la llevase conmigo, y la raptase, y la besase... Mi amada Marlene.

Allí estaba ella, sentada en la hierba con aquel pequeño cuaderno entre sus manos hablando con una de aquellas figuras informes que nunca habían tenido valor alguno. Nada ni nadie tenía valor alguno cuando se encontraba a su lado. Al contrario de contagiarse con su divinidad, se perdían por completo, y sus rasgos se iban distorsionando hasta la penuria fatal de la inexistencia. Allí estaba ella, risueña como siempre. El aroma de la tierra húmeda me recordaba a su piel. La suave y cálida brisa me recordaba sus caricias. El canto de las aves en la lejanía me recordaba a sus gemidos. Sus dulces gemidos. Su dulce piel. Sus suaves palabras que me acariciaban con pasión cada vez que se avenía el nuevo día.

Me acerqué a una distancia prudencial, la justa para que ella no pudiese verme. Me escondí tras un árbol. Allí estaba ella, moviendo las manos acompasadas con lo que sea que estaba contando; seguro que se trataba de alguna anécdota de clase. Marlene solía contar cien veces lo que le ocurría en clase, después de todo, en ese entonces, no tenía nada mejor de lo que hablar. Sus manos hicieron unos cuantos gestos, y las niñas se quedaron mirando un punto. Seguí sus ojos con mi mirada y lo vi. Allí, a lo lejos, estaba aquel que sería mi mayor aliado en aquello que segundos después haría. Saliendo de entre unos arbustos vi un pequeño cachorro de algún animal peludo. Las chicas profirieron un alargado sonido de ternura y se levantaron de la hierba de súbito. El pequeño ser profirió un maullido que confirmó la naturaleza de su especie.

Marlene y su sombra compañera corrieron a coger al animalillo y, justo cuando yo estaba distraído mirando las piernas de Marlene, me percaté de una cosa crítica: no llevaba su diario.

Miré donde había estado sentada. Allí estaba: seductor, tumbado sobre la hierba. Marlene se encontraba distraída intentando capturar al pequeño animalillo. Corrí sin dudar. Corrí y me agaché, sin

detenerme, a coger el pequeño cuaderno de cuero decorado con cintas de lana de colores y no me detuve hasta que estuve en mi casa.

Mi corazón retumbaba tanto que el sonido del bombear de mi propia sangre ofuscaba casi por completo los chillidos agónicos de mi madre y el restallar agudo del cinturón de mi padre en la habitación de matrimonio.

Tranquilité cuanto pude la respiración. Apoyé la mano en mi pecho intentando sujetarlo, refrenando las ganas de ahogarme con mi propia sangre. La culpa subía por mi garganta con cada pulsión de mis venas. Miré mis manos temblorosas, en ellas estaba aún el diario. Conseguí sofocar mi temor. Entré sin hacer ruido en casa, cuando mis padres discutían era mejor que no me oyeran llegar. Los goznes de la puerta emitieron un gemido culpable que me erizó los pelos de la nuca. Mi nuca, aquella que tantas veces besaría mi adorada Marlene. Caminé haciendo el menor ruido posible hasta mi habitación y cerré la puerta tras de mí. Me senté en la cama manchando la colcha con el barro que había en mis botas. No quería darle más trabajo a mi madre, pero no había podido evitarlo. Observé el diario. Era hermoso.

—El diario es de Marlene... —conté sin alzar mucho la voz, no quería que mi padre me oyera. Teresa me observaba de pie junto a la puerta y tomaba nota—. Se lo he... —Aquella palabra se me atragantó. Empujé como pude ese trozo amargo de roca y sentí como el nudo bajaba hasta mi estómago y salpicaba mi interior con ácido—. Se lo he robado.

—¿Robado? —preguntó Teresa.

Clavé mi mirada en ella; esa mujer era cruel. Cruel.

—¿Es que no me has visto? —pregunté enfadado. Acaricié con suavidad la cubierta de cuero. Mis dedos disfrutaban con la leve rugosidad del material. Cogí una de las cintas de lana y jugueteé con ella como haría años después con los cabellos de Marlene—. Lo he robado.

Teresa me observaba con inquina. Deseaba escucharlo, pero no le daría ese gusto. No quería dárselo. No le diría que me sentía

culpable y que me sentiría culpable toda mi vida de aquello que había hecho.

—¿Y cómo era? —preguntó sin gesto alguno.

Fruncí el ceño. Aquella mujer veía cada día sus facultades más disminuidas.

—¿No lo ves? —pregunté enseñándoselo. Teresa me miró inmutable.

—No, no lo veo, Estefan. —La frialdad con la que pronunció aquellas palabras hizo que por un momento mi habitación se estremeciera. Parpadeé. Por un instante me pareció que no estaba allí. Por un momento me pareció que Teresa era tan solo una ilusión, una creación de mi subconsciente—. Por favor, ¿me dices cómo era ese diario? —agregó suavizando el tono de voz, conciliadora. Pero ahora era tarde, ya no podía arrancar la estalactita de hielo puro que había clavado en mi vientre. Miré mi piel. Sangraba. Sangraba a borbotones un líquido negro de culpa. Sentí que me ahogaba. Pegué una bocanada intentando tomar aire, pero se escapaba de mi pecho tan rápido como la sangre que brotaba de mi vientre. —¿Cómo es el diario? —volvió a repetir aún más suave.

Respiré. El mundo se tambaleó alrededor cuando mi alma volvió al cuerpo.

—De cuero —respondí—. De cuero, y tiene unas cintas de lana de colores decorándolo.

Miré el diario entre mis manos temblorosas. Había algo de irreal en aquella situación, pero no sabía qué era. Acaricié las tapas con cariño y lo abrí siguiendo la cinta que marcaba el último lugar dónde había estado escribiendo Marlene. Su letra era la personificación misma de la perfección. «Querido diario». Sonaba a poesía. Querido diario... Querido diario... De pronto comencé a sentir celos. Celos de que Marlene hubiese confiado sus más preciadas intimidades a aquella libreta y no a mí. Celos de que aquella libreta durmiese en su cama, bajo su almohada y respirase el mismo aire que mi adorada Marlene. Sentí el inefable impulso de ahogar aquel cuaderno, pero...

—Los cuadernos no respiran... —dije para mí mismo.

—Perdona, ¿puedes repetir eso, por favor? —me pidió Teresa.

Miré a la mujer. Le sonreí. Era algo tan lógico.

—Los cuadernos no respiran.

Teresa apuntó algo en su libreta.

—Comprendo —respondió. Siguió apuntando algo y de pronto preguntó—: ¿Qué es ese ruido?

Levanté la cabeza. Miré a mi alrededor. Nada producía ningún sonido. El molesto péndulo de esferas que tenía Teresa en una estantería se encontraba cruelmente detenido. Ningún ave cantaba a la distancia y no se oía siquiera mi propia respiración.

De pronto escuché un aullido estrepitoso. Me puse en pie sobresaltado y respirando agitado.

—¡Es mi madre! —grité. Escondí rápidamente el diario bajo la almohada y me oculté bajo las sábanas para no oír—. Es mi madre... —añadí comenzando a llorar. Sabía lo que ocurriría. Lo recordaba perfectamente, como si nunca hubiese dejado de suceder. Otro grito ensordecedor.

La puerta se abrió con violencia y vi a mi padre entrar enfurecido. Yo sollozaba. Todo lo demás está borroso, pero la imagen de mi madre acuchillada en el suelo del salón nunca la pude olvidar.

Sorbí mis mocos.

—Nunca más vi el diario... Nunca llegué a leerlo... —sollocé intentando salir de aquel trance.

Teresa me miraba, como siempre, desde detrás de su escritorio.

Ese día, por primera vez me di cuenta de que el mundo de Teresa era mucho más real que el mío.

Capítulo 9

Marlene se encontraba sentada junto a mí. Me miraba perdida en un océano de preguntas. Le sonreí intentando calmarla, pero parecía totalmente ajena a todo. Su piel estaba cubierta por cientos de imágenes, cada una de ellas de un momento especial de nuestras vidas. Sus manos me observaban fijamente, siguiendo cada leve movimiento que producía mi cuerpo. Sus ojos me acariciaban con ternura mientras de sus labios manaba el bochornoso y denso canto de un ave ignota.

—Marlene... —suspiré acariciando sus cabellos. Ella siguió mirando a través de mí, explorando la hondura de mi pesar—. Marlene... ¿Qué fue de nosotros? —Sus ojos se detuvieron en mis cuencas vacías y una negra sonrisa se dibujó en su rostro. Sus labios dibujaban una incógnita que taladraba la planta de mis pies. La sensación era igual a la que tuve aquel día, cuando, caminando por el parque descalzo, había metido el pie dentro del hogar de un grupo de hormigas rojas. El pie había sido mordido cientos... ¡No!, miles de veces, y el dolor había sido insoportable. En cosa de minutos, cuando quise volver a calzarme, mi pie ya no cabía en el zapato, había prácticamente doblado su tamaño, y mi madre se había visto obligada a llevarme corriendo al practicante para que hiciera algo. El buen hombre se había quedado mirando mi amoratada extremidad mientras negaba con la cabeza.

—Deberá aplicársele al niño una inyección de... —Y su voz se perdió en mi memoria de una manera espantosa. Nunca fui capaz de recordar cómo acabó aquella escena, salvo que mi padre me atizó fuertemente como si del fuego se tratase. Desde entonces no he vuelto a andar descalzo por la hierba, ni siquiera estando con Marlene, y, por supuesto, nunca he permitido que Marlene anduviera descalza por la hierba.

Las hormigas no son el único insecto que me provoca reacciones alérgicas, algunos gusanos que suelen rodear a los cuervos que se alimentan de nuestro sufrimiento también me causan alergia. Con ellos no se me inflama la parte afectada, sino que se me sube la tensión y siento ganas de acabar con todo aquello que me rodee. Con todo salvo con mi adorada Marlene.

—¿Qué fue de nosotros? —volví a preguntar a mi mujer.

Su juicio no se había apartado en ningún momento de mí.

—Entre nosotros... —dijo inundando la habitación con una densa niebla de incienso que se metía con frenesí en mis pulmones negando el oxígeno a mi cuerpo—. Entre nosotros ya no hay nada —sentenció.

Nada.

Nada.

—Nada... —susurré. Comenzaba a sentirme mareado, la falta de oxígeno estaba obrando su resultado—. Pero ¿nada en qué sentido? —pregunté como un idiota. Pregunté como uno de esos idiotas que yo tanto odiaba que cuando uno le pedía pan para llevarle a su amada mujer respondían con una pregunta obvia: «¿Entonces, quiere pan?». Esa gente era realmente odiosa. Siempre iniciaban una conversación con la repetición de la última frase que uno había dicho, resultaba desesperante intentar contarles algo. El mareo me llevó a imaginar una situación ligeramente cómica que me permitía escapar de la aseveración de mi mujer. En esa extraña escena yo estaba en un parque en el que había una mesa como las que suele haber en algunos parques: una de esas mesas que los niños usan para jugar a los barcos piratas y los adultos para comer. Yo estaba sentado en el banco de madera anexo a la mesa, y frente a mí estaba yo mirándome fijamente. Parpadeé. En ese momento no lo sabía, pero esa sería la primera vez que sería yo quien me acompañase. Yo me miraba fijamente y me sonreía con tristeza. Me arreglaba los cabellos con la mano y yo me imitaba como si de un espejo se tratase. Me escruté. Quizá incluso fuese un espejo, tal vez solo fuese eso, pero los espejos no emiten sonido alguno, salvo cuando caen al suelo desde un quinto piso y se estrellan sobre un transeúnte inocente que pasaba por allí: en ese

caso sí emiten un sonido, un sonido sordo y quejumbroso más parecido a la exhalación de la víctima inocente que al quiebre del cristal. Volví a parpadear, me encontraba aún aturdido por las palabras de Marlene. «Entre nosotros ya no hay nada», volvió a sonar en el aire. Marlene, mi adorada Marlene. ¿Nada? Si entre nosotros ya no hay nada, ¿qué más queda? Si no hay nada ni vida queda, ni esperanza ni ilusiones. Marlene... Mi adorada Marlene no sabía lo que había dicho. O tal vez sí. «Mi amada Marlene me ha abandonado», declaré sin modular la voz. Yo me miré incrédulo y respondí como un estúpido: «¿Que mi amada Marlene me ha abandonado?». Sí, eso era lo que estaba ocurriendo. Me miré fijamente durante unos instantes y exhalé con fuerza.

—¿Nada? —pregunté tembloroso.

—Nada —declaró soplando las palabras con el zumbido de un grupo de abejas borrachas—. Tú lo destruiste todo. Tú me destruiste, ¿no lo recuerdas? —volvió a zumbar.

—¡No! ¡Yo nunca te destruiría!

Marlene se acercó a mí con movimientos felinos y susurró saboreando cada una de las palabras:

—Sí..., me destruiste. Comenzaste a hacerlo el mismo día que me levantaste la falda por primera vez. Comenzaste a machacarme como a una flor marchita y deshojada el mismo día que me cogiste de la mano por primera vez. Arrancaste de mi pecho mi último llanto el día en el que decidiste acabar con todo. Tú me destruiste, ¿recuerdas?

—¡No! —bramé—. Eso es mentira. Yo nunca te haría daño... —De pronto me vi como un niño pequeño, llorando desconsoladamente en un rincón de la cama, tapándome los oídos con ambas manos como cuando no quería escuchar los agónicos jadeos de mi madre por las noches.

—Pero lo hiciste. —Marlene sonrió clavando sus palabras en mi cabeza—. Lo hiciste. Recuerda. Ese día nuestro pequeño Jorge se asustó tanto que llamó a la policía. ¿Lo recuerdas?

—Nunca te haría daño... —volví a sollozar—. Nunca. Nunca, mi amada Marlene.

—Recuerda que ese día sonó el timbre —comenzó a contar mi amada Marlene.

El sonido del timbre resonó en la habitación. Levanté la cabeza de entre mis manos y miré la puerta, a través de la madera podía adivinar dos siluetas que esperaban inquietas.

El timbre volvió a sonar.

—Te acercaste a la puerta y la abriste —siguió diciendo Marlene. Mi cuerpo obedeció a sus palabras sin poder yo evitarlo. Me acerqué a la puerta y la abrí. Allí estaba aquella pareja, ella mucho más joven y hermosa que él. Ambos vestían trajes de policía y me miraban con seriedad. El hombre movió el bigote de manera impaciente. Aquel hombre no era más que la burla de sí mismo; estaba gordo y la camiseta interior asomaba por entre los botones a punto de ceder de su camisa, el pantalón parecía querer rajarse en cualquier momento y el pelo se encontraba falto de higiene—. Te preguntaron dónde estaba yo. Respondiste que arriba, durmiendo, a pesar de que sabías que eso no era cierto.

—Sí lo era. Tú estabas arriba durmiendo... —sollocé implorante—. Por favor, no sigas...

—Buenos días, venimos por un aviso de disturbios. ¿Nos podría indicar por favor dónde está su mujer? —preguntó aquel hombre de bigote canoso y expresión arrogante.

—Está arriba durmiendo —contesté con dureza. Pasé la vista de uno al otro. Mis ojos se cruzaron con los de la mujer policía. Sigue sin gustarme cómo suenan esas dos palabras juntas, pero supongo que cada uno decide cómo arruina su vida. Le sonreí con cortesía, ella frunció el ceño.

—La mujer preguntó si podían pasar a verme y tú te negaste —siguió Marlene impassible, haciendo caso omiso a mis súplicas—. Ellos insistieron y tú les cerraste la puerta en las narices, ¿recuerdas?

Recordaba. Pero no solo recordaba, sino que también lo estaba viviendo. Estaba viviendo otra vez aquel infierno. Aquel infierno que no era blanco, aquel infierno que no olía a incienso sino a muerte, aquel infierno que se encontraba manchado por la sangre y los

gritos de mi madre. Marlene... Mi amada Marlene... ¿Por qué me hacía todo esto? ¿Por qué me torturaba de aquella manera?

—¿Por qué lo haces? —pregunté arrastrándome frente a ella y acariciando sus desaparecidos pies. Aquellos pies que tantas veces había saboreado con ternura y que llenaban de risas a mi amada Marlene. Ella sentía muchas cosquillas cuando yo se los acariciaba y lamía, y eso me excitaba más que ninguna otra cosa. Verla en mi lecho, semidesnuda, retorciéndose de la risa que le provocaban mis caricias hacía que la imaginase muy frágil, muy pequeña: como cuando era niña—. ¿Por qué te empeñas en hacerme daño?

Lloraba.

Ella me miraba sin mutar su gesto irreal.

—Porque debes recordar. Debes recordar lo que hiciste. Debes recordar que tú me mataste.

La miré atónito. Poco a poco la certeza de lo ocurrido comenzaba a trepar por mis piernas clavando muy profundas las patas en mi carne. Comencé a tiritar. Comencé a tiritar como una hoja verde mecida por un viento huracanado, como aquella hoja que sabe que su único destino es ser arrancada vilmente del árbol que siempre le ha dado cobijo y ser llevada por el aire hasta quién sabe qué lugar indómito. Temblaba y sollozaba mientras la certeza seguía trepando por mi cuerpo, una araña enorme formada de recuerdos subía ya por mi cadera buscando instalarse en mi cabeza y terminar de volverme loco. Las escenas se sucedieron. Mi madre arrinconada por mi padre con el cinturón en alto mientras ella sollozaba. Marlene arrastrándose por el suelo después de haber sufrido mi ira. Mi madre leyéndome un cuento y llorando con los finales de amor. Marlene acunando a nuestros pequeños hijos. Mi madre agonizante, escupiendo borbotones de sangre en el suelo. Mis manos manchadas de sangre, de la sangre de mi madre. Ella lloraba. Yo lloraba. Mi padre bramaba. Marlene suplicaba. Yo la sujetaba fuertemente del cuello contra la cama y apretaba con todas mis fuerzas. Ella gemía. Mi madre exhalaba su último hálito. Yo apretaba aún más fuerte. El cinturón de mi padre chasqueaba insolente contra la carne de mi espalda desgarrándola a su paso. Yo apretaba más fuerte y lloraba. Marlene mirándome con ojos de llanto y vacío,

tumbada en la cama, inerte. Jorge llorando y chillando. Jorge tironeando de mi brazo e intentando separarme de su madre. Mi padre felicitándome por haber ganado una pelea y haberle partido una ceja a un compañero de clase. Mi madre acariciando mis cabellos. Marlene sonriendo y acariciando mi rostro. Yo. Yo mirándome desde un rincón. Yo llorando. Yo temblando. Yo solo. Yo matando a lo único que tenía.

La puerta se abrió con brusquedad y esta vez no fueron dos policías lo que entraron, fueron por lo menos cinco. Corrieron por la casa de manera desordenada. Yo los observaba pasar sin moverme. Los observaba como quien ve una manada de ñus cruzar un río. Uno de ellos cogió a Jorge. Otro cogió a María. Subieron las escaleras corriendo y allí encontraron a mi amada Marlene dormida. Dormida con sus ojos cerrados plácidamente. Vi movimiento. Me esposaron pero ya nada importaba. Vi subir dos enfermeros con una camilla mientras yo entraba en el furgón policial. Nunca más vi a mi amada Marlene, ni a mis adorados hijos.

—Te maté... —susurré comprendiendo al fin todo lo ocurrido—. Te maté.

—Sí. Acabaste con todo lo que te quedaba —declaró Marlene como solía hacer cuando quería recordarme la culpa de algo que había hecho—. Acabaste con tu familia, acabaste con tu vida. Por eso estás condenado a este infierno blanco donde los ángeles del dolor te torturarán hasta el día de tu muerte recordándote cada día lo ocurrido.

Miré a Marlene. Miré alrededor. Todo era blanco: la cama era blanca, las sábanas eran blancas, la puerta era blanca y las paredes se encontraban recubiertas de un colchón blanco que las volvía blandas y mullidas como los muslos de mi adorada Marlene. De pronto comprendí.

—Si yo te maté, ¿qué haces aquí? ¿Acaso has venido del cielo para atormentarme aún más? Puedes marcharte, ya has cumplido con tu misión. Ya sé lo que ha ocurrido y ya sé dónde estoy —declaré sacando fuerzas de lo más hondo de mi pecho para sobreponerme a la situación—. Puedes marcharte y descansar en paz.

—¿Es realmente eso lo que quieres? —me preguntó inmutable.
Dudé.

Y ahora me encuentro aquí, observando este paisaje que solo se ha de ver una vez en la vida. A lo lejos distingo las personas caminar, rodeadas de luces que alegran sus caminos. El viento es fuerte, pero eso me ayuda a mantenerme consciente.

—Marlene, perdóname —declaro aún llorando—. Perdóname por todo lo que te he hecho.

Capítulo 10

Teresa me esperaba tras su mesa, como siempre. Entré con prisas y ansias en la consulta, necesitaba hablar con alguien, necesitaba hablar con ella. La mujer me miró sorprendida al ver la rapidez con la que me había sentado. Empujó con suavidad una taza por la mesa, acercándomela. Clavé mi mirada en sus ojos, ocultos tras unas pequeñas gafas redondas.

—Maté a Marlene —declaré antes siquiera de que ella pudiese saludarme. Habría llorado al sentenciar aquello, pero mis ojos estaban hinchados y secos. Ya no quedaban lágrimas que derramar.

Teresa arqueó las cejas y cogió su libreta.

—¿Mataste a Marlene? —preguntó tan incisiva como siempre. Me molestó su actitud.

—Sí, la maté —repetí convencido—. La maté con mis propias manos, con estas manos. —Las miré tembloroso. La piel se había vuelto oscura y se encontraba salpicada de manchas negras.

Teresa esperó a que yo siguiese hablando, pero yo ya no tenía nada más que decir.

El silencio se posó entre nosotros. Solo oía mi respiración y la mirada de Teresa. No quería derrumbarme. Tan solo quería que ella supiese la verdad, aunque muy dentro de mí sabía que ella ya poseía esa información y más. Me puse en pie. En la estantería estaba esa estúpida máquina de movimiento continuo detenida. Cogí con cuidado una de las bolas y la levanté. Necesitaba algo que me distrajera de todo aquello. Solté la bola y esta impactó con la siguiente, creando un temblor tal que la tierra se abrió en dos y se tragó toda mi esperanza. Acto seguido, todo volvió a la normalidad.

Teresa esperó un poco más antes de hablar.

—Sin embargo, hasta hace unos días asegurabas que ella regresaría —dijo con ese tono neutro que solía utilizar cuando hablaba conmigo. A veces me preguntaba cómo sería Teresa en la

intimidad, ¿hablaba a todo el mundo igual, con ese deje tedioso que la caracterizaba? Ya eso me da exactamente igual. Ya nada importa. Su voz solía ser monótona, parecía no querer expresar nunca nada. Tampoco es que me importase mucho pero a veces me planteaba que la gente que vivía con ella debía estar aburrida.

—Ella nunca volverá. Al fin me he dado cuenta de todo lo ocurrido.
— Nuevamente un nudo se formó en mi garganta. La tierra se negaba a devolverme mi esperanza. ¿Por qué había ocurrido todo aquello?, ¿qué había hecho que yo dejase de amarla? Aunque realmente eso nunca había ocurrido, yo nunca había dejado de amar a mi adorada Marlene. Yo nunca habría podido dejar de amar a Marlene. La sola mención de su nombre en mi mente hacía que me estremeciese; parecía que cada letra de tan bella palabra me acariciaba arrastrando sus uñas por mi piel. «¿Por qué lo hiciste?», me pregunté. Observé el rincón en el que me encontraba. Allí estaba yo, otra vez, mirándome fijamente. Quise sonreírme pero no pude. Teresa parecía impaciente en recibir una respuesta, sin embargo yo no tenía ninguna para ella.

—Hasta hace unos días asegurabas que ella regresaría —repitió. Porque hasta hace unos días no sabía que estaba loco, quise decirle, pero realmente aún no sabía si lo estaba o no y si este era el momento de repentina cordura o no. Miré a Teresa, me miré a mí. Todo parecía estar como siempre. Como siempre. ¿Pero cuánto tiempo era siempre? ¿En qué momento se había convertido aquello en mi rutina? Tenía miedo, hacía al menos un año que no veía a Marlene. Hacía al menos un año que ya no oía su voz. Hacía al menos un año que me acompañaba su sombra allí donde fuera. Me acompañaba silenciosa y tortuosa, recordándome en cada instante aquello que no quería que volviese a mi mente. ¿Por qué te marchaste Marlene? ¿Por qué te hice marchar? Mi adorada Marlene. Ya nunca más oiré tus canciones por las mañanas, tu voz de jilguero dolorido que canta con el alba tras haber sido arrancadas sus alas y cortadas sus plumas. Tu voz de jilguero cautivo. Mi adorada Marlene, si pudiese volver al momento en el que nos conocimos tal vez te habría dicho en ese mismo instante que sería yo quien te daría muerte, aunque supongo que de poco habría

servido ya que tú no me habrías creído. Mi amada Marlene, no me habrías creído.

Teresa seguía esperando que le respondiese, sin decir palabra alguna. Realmente nunca comprendí las motivaciones de aquella mujer. Está claro que era psicóloga, o psiquiatra, así lo demostraban los diplomas que colgaban de la pared, in embargo no parecía gustarle su trabajo. Entonces ¿por qué lo hacía? ¿Por qué consumía sus días en aquella habitación blanca viendo pasar las horas sin poder hacer nada? Después de todo ella ya no podía hacer nada. Nada de lo que ella hiciera podría cambiar lo que yo había hecho.

—Hace unos días asegurabas que ella regresaría —dijo por tercera vez. A pesar de que debería haber empezado a tener tedio en su voz, esto no ocurrió. Por primera vez me di cuenta de la gran paciencia que tenía Teresa. Cuántas veces le había hecho caso omiso a sus preguntas y me había quedado callado atrapado en mis recuerdos. Cuántas veces había pasado una hora entera sin que yo articulase palabra. Sin embargo ella seguía intentándolo. Miré a mi alrededor. Yo seguía allí, en la esquina, observando la situación, imparcial. Yo seguía aquí, en la mesa, pensando una respuesta para Teresa. Una respuesta que en lo más hondo de mí conocía pero que no era capaz de verbalizar.

—Hace unos días yo así lo creía —respondí para no dejarla en silencio.

—¿Fuiste feliz con Marlene? —preguntó Teresa.

Su pregunta me enervó. ¿Cómo alguien podía dudar de mi felicidad con mi mujer? ¿Es que acaso un hombre no puede ser feliz con su mujer sin que el resto del Mundo lo envidie? Aunque supongo que aquella pregunta era lógica viniendo de una mujer que nunca había conocido la felicidad marital; estaba claro que Teresa nunca habría sido una buena mujer. O eso creía yo entonces.

—¡Claro que fui feliz! ¿Acaso debería no haberlo sido? —respondí molesto—. Marlene no solo me dio todo su amor sino que además me dio tres hermosos niños.

Miré a mi alrededor, me encontraba nervioso, aunque era lógico, ante la perspectiva que se me habría. De fondo se escuchaba el eco

de algún altavoz, las paredes blancas repetían lo que vendría a ocurrir. Mis pies me impedían estar quieto, no podía dejar de moverme. Junto a mí estaba yo sentado en una silla de duro plástico que tanto habría servido para sentarse como para frenar el impacto de un coche. Mis piernas no paraban de temblar, mi cuerpo entero no paraba de temblar. Yo paseaba de un lado a otro de la sala intentando distraerme lo más posible. Junto a mí, sentados, un montón de otros hombres de los que no recuerdo ningún rasgo. Aunque quizá realmente no había nadie allí salvo yo y yo. Miré mi reloj. El segundero se había quedado completamente parado, mala hora en la que se había estropeado. Seguí paseándome por la sala mientras no paraba de observarme leyendo una revista.

—¿Cómo fue tu vida con Marlene? ¿Fue tranquila? —preguntó Teresa desde aquel escritorio que ocupaba una esquina de la sala de espera.

Me detuve en seco y la observé. Había algo raro en aquella escena. Estábamos Teresa, yo y yo. Sin embargo estoy seguro de que realmente uno de nosotros sobraba.

—Teresa, ¿dónde estamos? —pregunté para cerciorarme. Ella pareció sorprendida por la pregunta, no parecía esperar que yo dijese nada. Ahora que lo pienso, yo no solía preguntarle cosas a Teresa; después de todo, solo aquel que no sabe algo pregunta. Mi padre siempre ha sido muy estricto con ello: nunca me permitía preguntar a los profesores; no debían saber que no sabía, debía demostrar que yo era su hijo y que, como tal, él me había educado perfectamente. A pesar de ello muchas veces aprobaba preguntado, aunque si mi padre se enteraba, se encargaba de hacérmelo pagar muy caro: «Si no aprendes, ¿para qué vas a la escuela? Este niño es un inútil, y lo peor es que lo va demostrando. Si no paras de decirle a los profesores que no sabes las cosas, siempre te suspenderán. ¿Es que no te he explicado ya suficientes veces cómo funciona el mundo? Te lo he dicho cientos de veces: si saben que eres débil, te pisotearán», declamaba mientras los chasquidos de cinturón deletreaban rítmicamente sus palabras contra mi piel. Teresa seguía sorprendida por mi pregunta.

—No lo sé, ¿dónde estamos? —preguntó intentando disimular. Estaba claro, era ella quien sobraba en esa escena.

Cerré los ojos. ¿Cómo hacía para estar siempre en todas partes? Yo nunca había sido hombre creyente, y menos aún en cuentos de brujas y fantasías, sin embargo comenzaba a sospechar de ella. Intenté hacer memoria. Recordé aquella escena en la que había sido descubierto espiando a las chicas mientras saltaban a la cuerda. Allí estaba ella. Recordé aquella mañana mientras me afeitaba nervioso esperando a que mi amada mujer me dijese algo: allí estaba ella. Recordé cuando era pequeño y mi madre me preparaba el bocadillo para ir al colegio: allí estaba ella. Ella había estado, inmutable, en cada evento de vida. Cada vez estaba más claro: Teresa era fruto de mi imaginación. Teresa no existía. Aunque, si siempre ha sido fruto de mi imaginación, ¿por qué en este momento, que es cuando más la necesito, no está conmigo? ¿Por qué ahora que el viento azota mi rostro ella no me acompaña? Incluso mis fantasmas y mis demonios me han abandonado. Observo a la distancia el movimiento de la gente, no sé realmente qué estoy esperando, pero creo que aún no es el momento de hacerlo. Vuelvo a centrarme en mis recuerdos.

Teresa estaba allí, como siempre, junto a mí, sentada tras su escritorio en aquella sala de espera. Los médicos pasaban de un lado a otro con prisa, sin decir nada. Yo no paraba de pasear entre el pasillo y la sala de espera. Yo no paraba de mover la pierna mientras estaba sentado leyendo una revista. Me observé. Mi rostro, cansado, reflejaba la esperanza del que va a ver su mayor sueño cumplido. La puerta se abrió, y salió una enfermera. Todos los hombres que nos encontrábamos en aquella habitación nos pusimos de pie a la vez, esperando que fuera a nosotros a quien iba a llamar. Tuve suerte y fue a mí a quien buscaba. Me acerque corriendo a ella. Me levanté de la silla dejando caer la revista y me aproximé. La seguí sin dudarle, tiritando de nervios. El pasillo era blanco y largo, con varias puertas a ambos lados que llevaban a pequeños edenes personales. Abrió una puerta y entré en una blanca habitación. Allí estaba, tumbada en una blanca cama, mi hermosa Marlene. Sonreía. Sonreía como solo puede hacer aquel que acaba de

esquivar un jarrón que ha caído desde un séptimo piso, ha salvado su vida y es consciente de ello. Junto a ella, en una cuna plástica, descansaba mi primogénito. Me acerqué a verlo. Me acerqué y lo acaricié con miedo. Era tan frágil que temía que su piel se deformase como la masa del pan si lo tocaba demasiado fuerte. Sonreí. Sonreí y fui feliz. Marlene sonrió también. Teresa me observaba desde un rincón sin percatarse de lo que allí estaba ocurriendo. La miré sonriendo.

—Se llamará Jorge —sentencié—. Como mi abuelo. —Y esa sentencia se cumplió inmediatamente.

Capítulo 11

—Marlene... Mi amada Marlene... —No podía quitarme su imagen de la cabeza. Cada vez que cerraba los ojos, su recuerdo volvía a torturarme. Hacía ya un mes que había dejado de acompañarme su fantasma; hacía un mes ya que me era imposible disfrutar siquiera del sufrimiento de tenerla cerca—. Me pregunto si existe cielo alguno y me estarás esperando allí. —Volvía a pasearme sin rumbo en mi pequeña prisión, en aquel pequeño cubículo blanco recubierto de segura esponja que impedía que atentase de manera alguna contra mi integridad física; pero no así contra mi integridad psíquica, que por otro lado parecía estar cada día más perjudicada. Mis pasos eran seguros, como los de aquel que no teme perderse, como los de aquel que ya no tiene adónde ir. Después de todo, esa era la verdad: ya no había lugar para mí. Aquel sitio donde debía marchar no existía en aquel tiempo y era totalmente imposible de alcanzar—. Marlene... —la sola mención de su nombre hacía que una miel espesa y amarga me llenase la boca y bajase por mi garganta—. ¿Dónde estás, mi amada? ¿Acaso existe el cielo? —me cuestionaba sin parar. Desde el rincón más lejano a la puerta yo me observaba paseando sin descanso. Negué con la cabeza, tanto pasear de poco serviría. Miré alrededor y clavé los ojos en mi inerte figura reposando en aquel rincón.

—Ella no volverá —sentencié mirándome incrédulo.

—¿Ella no volverá? —repetí tragando con dificultad.

—No.

—¿No? —pregunté casi suplicante.

—No —sellé con esa palabra el destino—. Tú la mataste, yo la maté.

Respiré mientras mi garganta se cerraba con aquella miel que comenzaba a quemar mis entrañas. El ácido subía por mi tráquea.

Tosí y el reflujo salió por mi nariz, haciendo que me ahogara levemente.

—Por mucho que lo intentes, no morirás —dije mientras me observaba toser.

—Quizá si lo intento con ganas. ¿No dicen que si uno desea mucho algo, esto ocurre? Algo de la ley de la atracción o algo parecido... —respondí limpiándome los mocos con la manga del blanco pijama. Aunque, ahora que lo pienso, nunca estuve seguro de que aquello fuese un pijama. Se parecía a aquellos uniformes blancos que utilizan los enfermeros. Se parecía a la ropa que llevaban mis amigos. Mis amigos vestían siempre de blanco. Blanco.

—Para que eso ocurra debes saber desear, debes desear bien, y tú ni para desear como Dios manda sirves. Fíjate cómo eres que ni siquiera servías para hacer feliz a una mujer —sentencié con crueldad. Las lágrimas comenzaron a brotar a borbotones de mis ojos, sonreí al ver mi estampa patética de pie en el centro de la habitación llorando como un niño pequeño.

Silencio, en la habitación tan solo había silencio. Un silencio tan cruento que desgarraba mis oídos igual que lo hacían las críticas de Marlene.

Yo siempre intenté ser perfecto para ella, pero nunca era suficiente; siempre faltaba algo, siempre faltaba esa pequeña pizca que permitiría completar la montaña. Siempre faltaba el último ladrillo, siempre faltaba lo que ella más deseaba. En cambio a mí no me faltaba nada, Marlene era perfecta; tan jovial y atractiva que cuando éramos adolescentes nunca había podido apartar los ojos de ella. Siempre la miraba cuando salía de su colegio para señoritas. Se veía tan bella con aquel uniforme. Ella pasaba caminando frente a la obra en la que yo en ese entonces trabajaba y yo no podía evitar lanzarle algún piropo. Ella se sonrojaba y se acercaba riendo.

—¿Qué, mucho trabajo? —preguntaba todos los días.

—No el suficiente como para que me impida verte pasar —respondía yo utilizando una frase que había leído en un libro—. Eres hermosa.

Ella se sonrojaba aún más, me llamaba tonto y se marchaba con sus compañeras en dirección a su casa. Todos los días era igual, todos los días ocurría lo mismo, hasta que un día aquello cambió.

Observaba desde la obra cómo pasaban las muchachas del colegio de señoritas y finalmente me decidí. Aquel día iba a salir de la obra más temprano, mi jefe me lo había permitido. Marlene no sabía nada.

Silencio. En la habitación solo había silencio. Un silencio tan aterrador que deseaba dejar de existir con tal de no escucharlo.

Marlene, mi adorada Marlene, ¿me quieres? Eso era lo que le iba a preguntar a continuación, y cuando ella se quedase muda iba a informarle de mis sentimientos. Tenía preparado en un papel el discurso que debía darle, había escrito durante horas la noche anterior. Las palabras habían venido a mí como los grillos que huyen de los fumigadores. Las palabras habían entrado en mi mente como la avispa que profana la carne de la araña para llenar su vientre de huevos. Aquellas palabras que retumbaban en mis manos mientras las escribía. Aquellas palabras que temblaban en mis dedos y se deslizaban por mis uñas hasta el papel. Aquellas palabras sencillas: «Amada mía, por la presente te declaro mi afecto y solicito que iniciamos una relación con efecto inmediato. Firmado: Tu amado». Observé el papel. La tinta se había corrido por el sudor de mis manos, los nervios hacían que todo mi cuerpo se empapase. Notaba los zapatos encharcados, era como si todo mi cuerpo rezumase amor. La miré, allí venía. Me miré desde mi escueto rincón. Mis manos temblaban. Vi cómo apretaba con fuerza el papel intentando articular palabra. Tragué saliva. Llené mis pulmones con un aire tan frío como la respuesta que Marlene me daría, o eso temía yo.

—Ma... Marlene —llamé cuando ella pasó—. Marlene, guapa —añadí, sin gracia alguna, intentando llamar su atención con torpeza, pero aquel día ella ni siquiera se giró a mirarme. Su falda ondeaba al viento. Un nudo se formaba de mi garganta, temblaba por completo, como aquel animalillo que se encuentra frente a un cazador y sabe que ha llegado su hora—. Marlene —volví a intentar llamar su atención—, ven un momento..., por favor.

Esta vez sí conseguí que se girará. Me sonrió. Tenía los labios morados por haber comido algún caramelo o fruta, tenía la nariz roja por algún resfriado y los ojos ligeramente hinchados; estaba hermosa. Se acercó a mí.

—¿Qué pasa, Estefan? —cantó mi jilguero.

Me observé. La observé. Nos miramos. Mi labio temblaba, mis manos sudaban. Cogí el papel y lo abrí como pude. La voz no quería salir de mi boca.

—Amada mía, en el presente —comencé a leer—, te declino mi efecto.

Marlene me miró como si no comprendiese nada. ¿Cómo podía no entender aquello que le estaba diciendo si me había inspirado en un texto que tenía mi madre en un cajón del salón? Había cambiado algunas palabras, pero estaba muy claro. No había declaración de amor más formal que aquella.

—¿Qué dices, Estefan? ¿Te encuentras bien? —preguntó confusa.

Silencio. Tan solo el aleteo de un ave se oía. Silencio en mi blanca habitación.

—Digo que te quiero —dejé salir. El nudo de mi garganta al fin brotó dejando que todo lo que sentía fluyese—. Te quiero. Te quiero como nadie te querrá nunca, y nunca dejaré que te marches de mi lado, Marlene —dije dejando de temblar. Desde mi rincón yo seguí observándolo todo. En el centro de aquella blanca habitación, cogí con fuerza las manos de Marlene. Con tanta fuerza y furia que fue un verdadero milagro que no le rompiese ningún dedo—. Te quiero. Más que eso: te amo, Marlene. Te amo. Te amo como nadie nunca te amará. Eres perfecta para mí y no quiero que te alejes nunca de mi lado. —Sus ojos me miraban con aquella sentencia fatal que acabaría con toda nuestra felicidad. Sus ojos parecían saber la verdad y decírmela a gritos: «Tú me matarás, Estefan. Tú me matarás, mentiroso». Quise decirle que eso no era cierto, que yo nunca le haría daño, pero me fue imposible mentir—. No quiero pasar ni un minuto más sin ti —bramé en aquella habitación blanca, rompiendo el blanco silencio—. Marlene, te amo. —Mi voz retumbaba en aquellas paredes blandas y rebotaba hasta ahogarse por completo—. Te amo y quiero que seas la madre de mis hijos —

seguí diciendo dejando salir todo aquello que había guardado durante años—, quiero que seas la madre de mis hijos y formar una familia contigo. —Yo observaba la escena desde mi rincón, sintiendo cómo, poco a poco, la angustia volvía a adueñarse de mí a medida que el irremediable final se acercaba—. Quiero formar una familia contigo y que seamos felices para siempre. Quiero cuidarte, amarte y darte muchos niños. Quiero darte un hogar, un hogar de verdad — la voz me tembló al pronunciar aquella palabra. Yo nunca sería como mi padre, yo nunca haría daño a mi esposa por mucho que ella me diese motivos. Quise decirle que la había estado observando todos estos años mientras jugaba, mientras comía y, algunas noches, incluso mientras dormía. Quise decirle que moría por respirar el mismo aire que entraba en sus pulmones y que me tocaba pensando en su piel. Quise decirle tantas cosas y le dije lo único que ella no quería oír—. Quiero darte un hogar de verdad y llenarte de regalos y que nos hagamos viejos juntos. Te quiero, Marlene. Te quiero.

Silencio. Marlene me miraba con esa crueldad que solo tienen las mujeres para decirte «Hoy no, mañana». Marlene me miraba con esa crueldad que solo tienen los médicos cuando te sonrían mientras te dicen que solo te va a doler un poquito.

—¿Quieres ser mi mujer? —pregunté esperando oír el canto de su voz, esperando oír el sonido de gotas de lluvia que creaba su risa, esperando una respuesta que cambiara mi vida para siempre.

Marlene escabulló sus manos de las mías y sostuvo la mirada durante un instante.

—No.

Silencio. El sonido se detuvo y solo el bombear de mi corazón retumbaba entre aquellas cuatro paredes blancas.

—Pero... yo te quiero, Marlene —respondí sin comprender lo que estaba ocurriendo.

—Pero yo ahora tengo que centrarme en mis estudios. Además mis padres no me dejan salir con chicos —se excusó Marlene.

—Pero... conmigo no necesitarás estudiar. Yo trabajaré y te daré todo lo que tú necesites —supliqué.

Marlene me sonrió con tristeza. Con aquella tristeza que tenía mi madre en su foto de bodas.

—Pero yo no te quiero —dijo—. Para mí solo eres un amigo.

Silencio.

Esas fueron las palabras de Marlene. Caí de rodillas. Quise ponerme en pie, luchar y obligarla a amarme, como me había dicho cientos de veces mi padre que se debía hacer con una mujer. Como había hecho mi padre con mi madre. Quise cogerla con furia y arrancar sus ropas y tocar al fin su piel con la mía y demostrarle cuánto la quería. Como me había enseñado mi padre. Quise demostrarle que yo era un hombre y podría protegerla siempre, quise demostrarle que era conmigo con quien debía estar. Pero no tuve valor para ello. No tuve valor para abofetearla. No tuve valor para abrir sus piernas a la fuerza y penetrarla. No tuve valor para raptarla y obligarla a amarme. De lo único que tuve valor fue de llorar, allí, frente a todos. Y eso fue lo que realmente cambió mi vida. Lloré por única vez frente a todos y ella comenzó a reír.

—Además, ¿cómo me iba a cuidar un niño llorón? —preguntó con sorna—. No eres más que un bebé, nunca podrías mantener una familia y mucho menos hacer feliz a una mujer, huerfanito. — Escupió su veneno y la mancha comenzó a extenderse por mi piel.

Ese día cambió todo. Decidí que no volvería a llorar, ni siquiera cuando Marlene me rechazase, ni cuando mi padre me azotase con aquella vara de acero que tenía junto a la chimenea. Decidí que le demostraría que yo era un hombre de verdad, un hombre de los de antes, de aquellos que ya no quedan, de aquellos que son como su padre o el mío.

Se alejó con su canto fatal de jilguero y su movimiento de amapola mecida por la tormenta.

Silencio.

Blanco silencio.

Capítulo 12

—¿Cómo te encuentras hoy, Estefan? —preguntó Teresa intentando no dar ninguna inflexión a su voz, sin embargo no pudo ocultar que algo le ocurría. Sus ojos estaban pesados, como si de ellos colgasen dos enormes sacos de clavos, su piel se había tornado del color de la ceniza y sus labios temblaban al hablar haciendo que su voz perdiese fuerza y pareciese traída por el eco de alguna desgracia. Miré sus manos; estaban tensas y temblaban levemente. Le dediqué una sonrisa intentando calmar su angustia. Pensaba que si conseguía eliminar la angustia de otra persona, aunque esta fuera imaginaria, podría vencer mi propia desesperación. Ahora ya no estoy tan seguro de ello.

—Mejor —le dije, y no era mentira. Por lo menos no lo era en aquel preciso instante. No sentía esa presión que había oprimido mis entrañas durante las últimas semanas, y el peso de mi propio cuerpo no me impedía respirar. Me encontraba francamente mejor. Tal vez se debía a la nueva medicación, o quizá se debía a la ausencia del fantasma de Marlene. Fuera por lo que fuese, me encontraba mucho más lúcido e incluso conseguía pensar. Me era tan fácil lograrlo que finalmente había tomado una decisión de lo que debía hacer. Tenía pensados también cuales serían los pasos para conseguirlo: lo primero que debía hacer era averiguar cuánto tiempo había pasado desde que yo había matado a mi amada Marlene—. Me siento mucho mejor.

—Me alegro mucho de oír eso, Estefan. —Teresa en cambio, parecía encontrarse peor. Realmente no sé qué le ocurría. Había estado muy feliz hacía unos días, plena. En su rostro se vislumbraba la felicidad que irradiaba mi adorada Marlene cuando descubrió que estaba embarazada de nuestro primer hijo. En su rostro se vislumbraba la esperanza de un cambio en su vida, sin embargo

ahora estaba cansada, ojerosa y su voz no se sostenía por sí misma.

—Pregúntale hace cuánto tiempo pasó todo —me susurré en el oído, impacientándome. No hice gesto alguno al escuchar mis palabras, esa era otra de las cosas que debía hacer para llevar a cabo mi intrincado plan: no debía demostrar que veía a nadie que no fuese Teresa. Para ella, no debía ver a nadie que ella no me hubiese indicado que podía ver, después de todo ella era mi carcelera. Ella era Cerbero, quien guardaba la llave de mi blanco infierno. Ella sería quien me cruzara por el Estigia para permitirme huir de mi prisión. Y una vez cruzase la terrible Estigia de acero, y atravesase aquellas rejas que me alejaban del averno, marcharía en pos de Perseo.

—Teresa, tengo una pregunta para usted —dije tomando aire. Ella me miró asombrada. Esperó a que yo hablara. Yo esperé a que ella me diese permiso para hablar. Ella me miró. Yo moví los dedos, nervioso, sobre la mesa, como queriendo dibujar algo. Ella apuntó algo en su libreta.

—Dime, ¿qué quieres preguntarme? —al fin dijo.

Sonreí triste, pero sonreí.

—¿Hace cuánto tiempo de eso? —pregunté. Teresa pareció no entenderme. Yo me impacientaba. Comencé a pasearme por la habitación mientras me observaba sentado en aquella silla frente a aquella mujer de aspecto abatido. Me acerqué a la estantería y accioné aquella estúpida máquina de movimiento continuo que había en una de las baldas, sin embargo, esta no hizo ningún ruido. Las esferas metálicas golpeaban las unas contra las otras sin profanar el silencio, sin emitir ningún movimiento. Sin existir.

—¿A qué te refieres, Estefan? —preguntó aquella sirena que buscaba ahogarme en el mar de mi pasado. Sirena. Maldita sirena; ser diabólico que sobrevuela los mares atrayendo a los viajeros perdidos, atrayéndolos y ahogándolos con sus propias manos, como hice yo con mi adorada Marlene. Marlene...

Me tembló el labio. Un nudo se formó en mi garganta, pero hice un esfuerzo y conseguí hablar a pesar de él.

—¿Hace cuánto ocurrió todo? ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que yo... desde que yo maté a mi amada Marlene? —conseguí

preguntar.

Teresa apuntó algo en la libreta y tardó un poco en contestar. El aturdidor silencio me incomodaba. A la distancia se podía percibir un ave llorando enjaulada. A la distancia se podía imaginar una jaula metálica que caía, con un pájaro encerrado en su interior, desde un cuarto piso, impactando con fuerza contra el suelo y acabando con la vida de su inquilino en el proceso. Pobre pájaro. Pobre jilguero, agónico en el interior del que siempre fue su hogar, arrojado al vacío por las manos de aquel que siempre le dio de comer y lo hizo cantar.

—¿Hace cuánto no sabes nada de Marlene? —preguntó clavando aquellas esquirlas metálicas que le colgaban de los párpados.

Rememoré. ¿Hacía cuánto no sabía nada de Marlene? ¿Hacía cuánto tiempo no oía su dulce canto por las mañanas ni sus jadeos por las noches? Miré mis manos. Miré las manos que habían acabado con la vida de lo que yo más había amado y las odié. Odié esas manos, largas, huesudas y arrugadas, que habían acabado no solo con la vida de mi adorada Marlene, sino que además se negaban a acabar con la mía propia.

No lo sabía. No sabía cuánto tiempo había pasado, pero estaba claro que yo había envejecido. No sabía hacía cuánto Marlene no respiraba, y esa idea me angustiaba. Más que su ausencia, me daba miedo el no saber cuánto tiempo llevaba ya sin ella.

—No lo sé —contesté abatido, casi sin aire en el pecho. Marlene, mi adorada Marlene. Intenté hacer memoria, intenté retroceder día a día en el tiempo, pero que fuesen todos iguales no me ayudaba a ordenar mis pensamientos—. ¿Cuántos años tengo, Teresa? —pregunté intentando de esa manera situarme. Intentando de esa manera descubrir cuánto tiempo se había desvanecido de mi mente.

Teresa buscó en sus papeles y tardó cerca de un minuto en responder. Sesenta segundos casi duró mi espera hasta que finalmente me dio una respuesta que pondría luz en todo aquel asunto.

—Cuarenta y siete.

Tragué saliva. Cuarenta y siete años. Hacía entonces quince años que Marlene ya no estaba conmigo. Aunque claro, ella había seguido acompañándome todo este tiempo, su fantasma me había

perseguido y torturado durante más de quince años. Quizá incluso desde antes de morir ya me perseguía su fantasma. Cerré los ojos. Intenté recordar cuándo había visto por primera vez su fantasma, esa criatura que solo disfrutaba con mi sufrimiento. Las imágenes de mi pasado venían a mí a gran velocidad, pero totalmente desordenadas.

—¿En qué piensas, Estefan? —La voz de Teresa interrumpió aquel torrente y detuvo las diapositivas justo en una de ellas, en una de especial amargor.

—Intento recordar —respondí.

—Hoy has vuelto más temprano, ¿nos llevas al parque? —me preguntó Jorge clavando sus ojos tristes en mí. En sus manos llevaba aún el cuaderno del colegio, seguramente había estado haciendo los deberes y yo era la salvación que él esperaba. Yo era aquel soplo de aire puro que hacía falta en aquella casa.

—¡Eso! ¿Nos llevas al *paque*? —preguntó mi hija pequeña, aquella pequeña burla de su madre, aquella que algún día se convertiría en su madre. Mi pequeña María, mi hermosa niña. Ojalá el tiempo te indulte y no compartas el futuro de tu madre. Sonrió al preguntar aquello.

—No. Hoy no. Vengo cansado —dije intentando que no se dieran cuenta de la debilidad de su padre, que no se dieran cuenta de que el mundo comenzaba a desmoronarse, que poco a poco el yeso de las paredes se iba cuarteando y resquebrajando y que su padre ya no podría arreglarlo nunca más. El sabor de la muerte se adueñó de mi garganta y un grito helado subió por ella y salió de mi boca en mudo lamento.

Hacía frío, el eco del puchero llenaba la estancia y su aroma embriagador hacía que mi estómago se agitase. La angustia me pedía a gritos que huyera, pero yo no era capaz de ello.

—Cuéntale a Teresa lo que ves, pero como si no estuvieras aquí —me dije desde un sillón—. Así pensará que estás más cuerdo de lo que estás.

Asentí.

—Cuando tenía veintiocho años me despidieron del trabajo y Marlene mató a nuestro hijo menor —sentencié. Teresa tomó nota

de lo que yo acababa de decir—. Cuando llegué a casa mis hijos me pidieron salir al parque. Jorge entonces tenía seis años y María cuatro y ninguno de ellos comprendió nunca lo que esa tarde ocurrió. Yo solía sacarlos a pasear los fines de semana, ya que en ese entonces su madre no salía de casa salvo para comprar.

—¿Por qué no lo hacía? —preguntó Teresa. La miré. Me hubiera gustado tener una respuesta para esa pregunta en aquel momento, pero no era así.

—No lo sé. Parecía triste. Desde que nació Jorge, Marlene se fue apagando poco a poco. Era como si el niño le consumiese todas sus energías, cosa rara porque Jorge no era muy activo. Era muy alegre, eso sí, pero no muy activo. Cuando íbamos al parque apenas jugaba con otros niños, prefería sentarse en un columpio y que yo lo impulsara durante horas. Si no le decía que teníamos que marcharnos, por él no nos hubiéramos ido nunca. Ese día llegué agotado, tenía hambre a pesar de que aún no era la hora de cenar. Marlene estaba preparando puchero en la cocina, recuerdo el sonido de las burbujas y el sonido del agua contra el fuego cuando rebasó el contenido.

Marlene llevaba a nuestro pequeño Pablo en brazos. Se acercó a mí. Me acarició la mano con sus manos frías y me agarró con fuerza.

—Vamos arriba —dijo casi susurrando.

—Me pidió que subiésemos las escaleras —conté. Teresa seguía tomando nota de todo lo que yo decía—. Me pidió que la acompañase arriba y yo le hice caso. Estaba tan abatido y ella se veía tan triste... Creo que sabía lo que había ocurrido antes incluso de que yo se lo contara.

Subimos las escaleras. Una vez arriba, Marlene se dirigió a la habitación. Se sentó en la cama, hundiendo, con su suave peso, el colchón.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó con voz de jilguero. Con aquel cántico triste en el que se había convertido en su voz.

—Me han cambiado por una máquina —dije. Me dejé caer sobre la cama. El techo entero cayó sobre mí recordándome que tenía una familia que mantener, que era yo el responsable de que esas

criaturas tuviesen algo para comer, que yo era quien debía traer el dinero para que no pasasen frío y para que pudiesen comprar las cosas para el colegio. ¿Cómo haría ahora que no tenía trabajo? ¿Cómo haría yo para hacer feliz a mi familia? Miré hacia la puerta, me había parecido escuchar a Jorge y María espiándonos.

—No te preocupes, cariño, seguro que pronto encontrarás trabajo —dijo Marlene con suavidad.

—Cuando le conté que había perdido mi empleo, lo comprendió al instante y me animó diciéndome que pronto encontraría otro trabajo —seguí contando—, pero eso no fue así. Nunca más volví a trabajar, Teresa. Nunca más me volvieron a contratar en ningún otro lugar. Supongo que no es común que necesiten gente para contar tornillos —suspiré—. Le prometí que encontraría un trabajo incluso mejor que aquel, cosa que no parecía muy difícil, pero era mentira.

—Claro que sí, mi amor. Y si no, siempre puedo buscar algo yo.

Miré a Marlene. Sus ojos me miraban con aquella inocencia que solo ella tenía, con aquella inocencia venenosa que me llevaba a cuando yo espiaba la espiaba y mi padre azotaba con furia a mi santa madre. Nunca permitiría que mi adorada Marlene tuviera que trabajar. Nunca permitiría que ella tuviese que sufrir ese infierno.

—No. Tú no trabajarás nunca. —Quería protegerla de todo aquello, quería protegerla del mundo exterior.

—Pero, cariño, en la panadería necesitan una... —Su voz sonaba casi llorosa y no pude soportarla.

—¡Calla! —grité—. Quítate esa idea de la cabeza. No permitiré nunca que trabajes. Tú vivirás siempre como una reina aquí, en mi casa, ¿entiendes? No voy a permitir que salgas a ganar dinero como si tu marido no pudiera manteneros a ti y a mis tres hijos.

—Cariño, no te enfades, yo solo decía...

—¡No estoy enfadado! —volví a gritar. Marlene fue un junco azotado por el vendaval de mi voz. Se encogió y casi desapareció entre las sábanas, comenzó a tiritar y protegió al pequeño Pablo con su cuerpo. El niño comenzó a llorar. Sus chillidos se clavaban en mis sienes haciendo que me doliese la cabeza incluso más que cuando mi exjefe me gritaba—. No estoy enfadado. Y haz callar a Pablo.

—Eso intento —dijo Marlene, comenzando a llorar mientras mecía al niño intentando calmarlo—. Si tú no gritaras tanto, él no lloraría — me reprochó con hastío.

Sentí el impulso de abofetearla. Necesitaba desahogarme y azotarla. Golpearlos a ella y a Pablo hasta que se callaran, hasta que me dejaran tranquilo, pero me contuve. No podía golpear a mi mujer, yo nunca golpearía a mi amada Marlene. Nunca.

—El niño comenzó a llorar y Marlene me acusó de haberlo causado —seguí contando clavando los ojos en las manos de Teresa, que se movían rápidamente mientras tomaba nota de todo lo que yo estaba relatando—. Nunca he llegado a comprender que Marlene siempre me culpase por todo lo que ocurría a nuestro alrededor. Si se rompía algo, la culpa era mía, si se quemaba la comida, la culpa era mía, si el niño lloraba, la culpa era mía. —Recordar todo aquello me angustiaba, pero a la vez, el decirlo me aliviaba—. Quise golpearla por haberme dicho aquello, pero no lo hice. Cada vez que levantaba la mano frente a Marlene me parecía ver a mi madre mirándome asustada y suplicante desde un rincón de la habitación.

—¿Ves? Asustas al niño —volvió a decir Marlene cuando intenté acercarme para consolarlo. Apartó a Pablo con brusquedad de mi lado y se puso en pie—. No lo toques, que con esas manazas vas a hacerle daño.

Esta vez sí. Me puse de pie y la abofeteé con furia. El sonido fue seco, como el de una fregona que choca contra un charco y aplasta una rana. Sus ojos se clavaron en mí. Vi la mirada de mi madre desde el suelo, agónica. Tragué saliva. Quise pedir perdón, quise decirle a Marlene que eso nunca más ocurriría, pero no me dio tiempo. Se marchó llorando de la habitación. Me dejé caer sentado en la cama. Miré a Teresa.

—La abofeteé —declaré—. Yo no quería hacerlo, pero ella me obligó. —Teresa no dijo nada. Esperaba que me juzgara por ello, pero no lo hizo. Supongo que ella pensaba que bastante castigo tenía yo ya como para añadir también el peso de su condena sobre mis hombros—. Yo no quería golpearla, pero ella me provocó. Después de eso me senté en la cama para intentar relajarme, pero no me fue posible. Escuche un chillido y un fuerte golpe. Salí

corriendo de la habitación. Cuando llegué vi que Marlene había caído por las escaleras aplastando con su cuerpo a mi pequeño hijo. El pequeño Pablo había sido aplastado por su madre como una nuez bajo una bota. —Teresa levantó la vista sobre del papel. No dijo nada, tan solo clavó su mirada en mí—. Me acerqué corriendo como pude, pero era demasiado tarde. En el suelo había sangre... Sangre... Mucha sangre... Y mi hijo yacía con el cráneo aplastado junto a mi madre apuñalada por mi padre. Los dos me miraban con ojos grises desde el suelo, sin apartar su mirada de mí—. Comencé a llorar. Marlene se puso de pie. Sus ojos ya no tenían lágrimas, tan solo una sombra de rencor y dolor que los velaba—. ¿Y sabes lo que me dijo Marlene? —Sorbí los mocos que caía por mi boca y me limpié las lágrimas con el puño de la camisa blanca—. ¿Sabes lo que me dijo?

—No, Estefan. ¿Qué te dijo? —preguntó Teresa claramente interesada.

—Mira a tu hijo muerto —dijo Marlene con una voz tan grave que nunca había salido de su pecho—. Mira a tu hijo muerto. —Clavó aún más su mirada en mí y susurró con odio—: Tú lo has matado. Si no me hubieras pegado, yo no habría caído por las escaleras y él estaría vivo. Mira a tu hijo muerto y piensa en lo que has hecho. —Escupió y se marchó arrastrando los pies hacia la cocina.

—Me dijo... —intenté guardar los sollozos; me era casi imposible—. Me dijo que yo había matado a mi hijo. —Miré a Teresa suplicante—. Pero yo no lo hice. Yo no maté a mi hijo, Teresa. Tienes que creerme. —Me encogí en la silla llorando como aquel niño que se escondía bajo la mesa para no oír los gritos de su madre. Me acerqué desde mi rincón y me abracé intentando darme calor, intentando consolarme—. Tienes que creerme, Teresa, yo no maté a mi hijo. —Silencio—. Tienes que creerme, Teresa..., por favor —supliqué.

—Te creo —fueron las palabras de Teresa.

Teresa creyó mi palabra a pesar de todo, Teresa sabía que yo no había sido. Recuerdo que lloré toda la noche, y al día siguiente, y al otro... Teresa me preguntaba cada vez que me veía cómo me encontraba, pero revivir la muerte de mi hijo no me permitía hablar.

Que agradable es la brisa que acaricia mi piel. Cierro los ojos y respiro hondo, hacía mucho que no sentía un aire tan puro. Sonrío. Teresa confiaba en mí. Teresa sabía que cuando Marlene se marchó a la cocina y me dejó solo con el cadáver de mi hijo yo me había derrumbado a llorar y había intentado acabar con mi vida dejando de comer, pero nadie se muere de amor. El cariño se tiene a su propia sangre no lo mata a uno nada más que con puñales y traiciones. Suspiro.

Aquel día, junto al cadáver de mi pequeño Pablo, vi por primera vez al fantasma de mi amada Marlene.

Capítulo 13

Me siento en este borde que es lo único que me mantiene aún aferrado a este mundo. Dejo mis piernas colgar, como cuando era niño, como cuando aún la felicidad existía. Nunca había sido tan feliz como cuando mi madre me abrazaba con fuerza y me arrullaba en su pecho, con esa voz de grillo triste que surgía de su garganta, con la vibración de sus palabras en su pecho y con el dulce amor que fluía de su cuerpo y me inundaba la boca. Es el único recuerdo que tengo de cuando era un bebé. Es el único recuerdo que tengo de cuando era feliz. Sonrío. Si cierro los ojos, aún me parece poder sentir el cálido líquido llenando mi boca. Intenté que fuese lo mismo con Marlene, pero su leche sabía a amargura.

Me miro. La tristeza parece haberme abandonado. Ya lo he superado. Ya lo tengo asumido. Sonrío y me siento a mi lado. Me cojo de la mano para darme fuerzas. Sonrío y cierro los ojos.

—Aún recuerdo cuando conocí a Marlene —digo.

Sonrío dejándome llenar por esa deliciosa sensación de ahogo que me inunda por completo.

—Era muy pequeña, ¿te acuerdas? La miré y me eché a llorar de saber que nunca podría ser por completo mía.

—Sí, era muy pequeña y hermosa, pero sí fue mía. Fue completamente mía cientos de veces —digo seguro. Recuerdo cuando me acerqué a ella, tambaleándome aún por el peso de mi propio cuerpo, mis piernas temblaban y no querían que yo me aproximase. Tropecé con una pequeña raíz que sobresalía del suelo. Rodé. Me magullé las rodillas y los codos, pero más que la sangre, lo que me dolía era que ella me hubiese visto caer. Comencé a llorar. Aún lo recuerdo; lo recuerdo como si nunca hubiese dejado de ocurrir. Ella me miró y comenzó a reír, su risa me reconfortaba—. Su risa era como un cántaro de agua.

—Un cántaro de agua envenenada y llena de medusas —añado lacónico.

Me miro molesto.

—La voz de mi amada Marlene siempre ha sido como un delicioso jilguero.

—Un jilguero tan delicioso que un gato lo devoró, ¿recuerdas? —pregunto poniendo énfasis en la última palabra—. ¿Recuerdas cómo el gato del vecino descuartizó a ese desdichado animal, le arrancó las plumas y se lo tragó casi sin masticarlo?

Sí, lo recuerdo. Eso también lo recuerdo como si nunca hubiese dejado de pasar, como si aquel jilguero siguiera muriendo eternamente. Mi madre lo había traído, era un ave de vivos colores que cantaba todas las mañanas y tardes. Hacía tanta música, y mi padre odiaba tanto la melodía que terminó aborreciendo al pequeño animal. Un día, mi padre cogió la jaula del jilguero y la arrojó por la ventana buscando silencio. La jaula impactó contra el suelo y se rompió y el jilguero escapó. Revoloteó un rato intentando volver a entrar en la casa; mi madre solía dejar su alimento en un frasco de cristal y todo su afán era alcanzar el grano. Se golpeó varias veces contra el cristal de la cocina y aún me parece oír las protestas de mi padre por el ruido de los impactos. Cuando se cansó de oírlo, salió y lo golpeó fuertemente con una escoba de paja. Yo lo vi todo desde el patio. No me atreví a acercarme. Quise hacerlo, pero fui un cobarde. Ese jilguero le encantaba a Marlene, pero no me atreví a interponerme entre mi padre y él. El animal cayó al suelo aturdido, intentó remontar el vuelo, pero ya no podía. Yo iba a esperar a que mi padre se marchase para ir y salvarle la vida, pero cuando al fin se alejó, el gato del vecino, que estaba acechando desde hacía rato, saltó sobre el pequeño jilguero y lo cogió con sus fauces. Corrí tras el gato, pero este era demasiado rápido. La sangre del jilguero, que no paraba de revolverse en su prisión de espinas, manchaba el pasto, y yo corría tras él para intentar salvarlo. Pero no pude.

—No pude salvarlo —suspiro.

—Igual que no pude salvar a mi madre —agrego.

Me miro.

El gato saltó la reja y subió al tejado de su amo. Desde el suelo vi cómo se regodeaba con el sufrimiento de lo que pronto sería su comida.

Desde entonces odio los gatos.

—Odio los gatos.

Suspiro.

Marlene se apenó mucho cuando le conté lo ocurrido con el pequeño jilguero. Mi madre lloró mucho cuando vio la jaula rota y encontró el rastro de plumas que el viento había traído desde el tejado del vecino.

—Aún recuerdo cuando mi madre trajo el jilguero. Era un día caluroso y yo no paraba de sudar. Estaba en el patio jugando al balón y la vi venir cruzando la calle. Sus ojos estaban cansados, llevaba la cabeza baja y tenía algunos magullones de la última vez que mi padre le había pegado, pero una sonrisa brillaba en su rostro. Llevaba una falda larga negra, mi padre no la dejaba llevar nada por encima de la rodilla cuando salía de casa ni que se pusiese ningún color que no fuese el blanco o el negro. Su pelo estaba enmarañado por el sudor. Traía una pequeña jaula de madera y metal. Dejé el balón y me acerqué corriendo. Todavía recuerdo al ave revoloteando asustada cuando me vio llegar —suspiro—. ¿Recuerdas?, mamá dijo que no hiciera movimientos bruscos, que asustaba al animal. Yo no le hice caso y el pájaro empezó a revolotear y piar aterrado. ¿Recuerdas? Me pareció divertido.

Suspiró.

—Sí, recuerdo —contesté—. Y también recuerdo cuando Marlene vio por primera vez al pájaro.

Me miro extrañado. Busco en mi memoria, pero no conservo esa imagen. ¿Cómo es posible que yo recuerde algo que yo no recuerdo? Intento encontrar a Marlene y el jilguero, pero no están por ninguna parte. Me miro.

—No lo recuerdo.

Me río.

—Si quieres te refresco la memoria —digo.

Asiento con la cabeza y espero mi respuesta.

Tomo aire y rememoro con calma. Sonrió. Marlene era tan hermosa cuando era pequeña que ella misma parecía ser la propia belleza.

—Marlene había venido a casa a jugar. Hacía mucho calor y el sudor empapaba nuestros cuerpos. Yo me lancé sobre ella, jugando. Su cuerpo se llenó de mi olor y, aunque ella no lo sabía, en ese instante fue mía. Me acerqué todo lo que pude y comenzamos a rodar por la hierba, forcejeando. Ella se reía. Marlene se reía y su risa se mezclaba con el canto del jilguero. Cuando se dio cuenta se apartó de mí y preguntó: «¿Oyes eso? ¡Hay un pajarito que canta!». «Sí, mi mamá ha traído un jilguero», respondí sin darle mayor importancia. Yo lo que quería era seguir pegado a ella, seguir sintiendo su piel, seguir amándola aunque ella no supiera que lo hacía, pero ella se puso en pie y corrió hacia el interior de la casa. «¡Quiero verlo!», gritó mientras iba hacia la cocina. Yo corrí tras ella. Se acercó a la jaula. El jilguero dejó de cantar. Yo miré a Marlene. Marlene miro al jilguero. El jilguero la miro a ella, y ambos se entendieron.

Me parece oír al jilguero cantando enjaulado. Me parece oír la voz de Marlene cantando en sus jadeos. Me parece oír la voz de mi madre cantando en la cocina. Y oigo los gritos de mi padre, mis propios gritos, matándolos a los tres.

Silencio. El viento mece mis cabellos, o al menos los pocos que no me he arrancado en mi soledad. Hace frío, pero eso no importa. El sonido de mis propios pensamientos me ensordece. El sonido de mi propia respiración me ahoga. Mi saliva baja lentamente por mi garganta, atorándose y haciendo un nudo. El corazón me late muy rápido, quiere escapar, quiere huir. Marlene, mi adorada Marlene. Si nunca te hubieses marchado no tendría que correr tras tu sombra. Marlene, mi adorada Marlene, si nunca te hubiese matado nunca tendría que extrañarte. Marlene, mi perfecta Marlene...

El jilguero canta encerrado en su jaula. Ya es hora de arrojarla al vacío y liberarlo para que pueda volar de este infierno.

Capítulo 14

—No volverá nunca, ¿verdad? —pregunté clavando los ojos en Teresa. La mujer se veía cada día más agotada, algo la estaba devorando poco a poco y la hacía perder fuerzas por momentos. Por un instante recordé a aquella vigorosa mujer que me saludó el primer día que nos vimos. A pesar de que había querido disimular su felicidad, le había sido totalmente imposible. En cambio ahora... ahora no era más que una vil burla de lo que había sido. Ahora si hubiese querido disimular su propia muerte, no habría podido. Sus movimientos se habían vuelto lentos e imprecisos, parecía perder la concentración y divagar en medio de las conversaciones y le era muy difícil evitar que su voz pareciese que se iba a romper en cualquier momento. Acaso solo estaba triste. Acaso solo había desistido. Tal vez yo ya no le importaba. Quizá nunca le había importado. Pobre mujer. Vieja y agotada, sola. Pobre mujer. Si ella hubiese tenido un hombre que la amase y la cuidase, un hombre como yo, seguro que no se habría deteriorado tanto.

—¿Tú qué piensas, Estefan? —preguntó sin ánimo alguno.

Me puse en pie y me dirigí a la estantería. El péndulo de Newton, que era así como se llamaba aquella dichosa máquina de movimiento continuo, se encontraba tumbado sobre una de las baldas. Observé mi reflejo en cada una de las esferas. Observé a Teresa a través de su deformado reflejo.

—Que no va a volver —declaré—. Los muertos no vuelven. —Puse de pie el péndulo y sostuve unos instantes una de las esferas en alto—. Nadie vuelve de la muerte, y Marlene no va a volver. —Solté la esfera y comenzó su vaivén. Sonreí. Yo nunca había sido un hombre de ciencias y no podía evitar que aquella extraña magia hipnótica me cautivara. Los golpes del péndulo llenaban la habitación, frenándolo casi de manera imperceptible. Observé a Teresa; estaba esperando a que yo añadiera algo más a mi

discurso, pero no había nada más que decir. Ya había declarado, ya había anunciado la única verdad indudable de esta vida. Lo muerto, muerto está; y Marlene estaba muerta. Regresé a mi silla y me senté frente a Teresa. Crucé las piernas esperando alguna reacción de la mujer, pero no ocurrió nada. Antes Teresa apuntaba cada gesto, cada mínimo movimiento que yo hacía, pero ya no.

—Idiota, no debes preocuparte —me susurré al oído—. Así será más fácil engañarla.

Quise asentir con la cabeza, pero temí que eso desbaratara todo lo que estaba haciendo. Teresa. Pobre mujer. A veces imaginaba cómo sería su vida. Seguramente, al salir de este eterno desierto blanco, se cambiaría de ropa. Seguramente se pondría una blusa de colores y una falda de tubo negra, tenía aspecto de ser ese tipo de mujer. Seguramente se montaría en su seiscientos, parecía ser ese tipo de mujer. Seguramente conduciría mientras fumaba un cigarrillo hasta llegar a su pequeño apartamento en las afueras. Estaba seguro de que sería ese tipo de mujer. Un seiscientos color crema y un apartamento a juego: pequeño y con las paredes color crema. Seguramente colgaría su ropa bien ordenada en un perchero que tendría en la entrada y se tumbaría en el sofá, desnuda, a ver la televisión. Quizá se calentaba antes una taza de té. Así debían ser los días de Teresa. Intenté imaginar su cuerpo desnudo, pero me fue imposible, la única imagen que se me venía a la mente era la de mi adorada Marlene. Tan perfecta... Tan hermosa... Con tanta beldad... Mi amada Marlene nunca se había sentado a ver la televisión desnuda, no era ese tipo de mujer. No era como Teresa.

—¿Podemos hablar de la última vez que la viste? —preguntó Teresa interrumpiendo mis pensamientos invasivos.

Fruncí el ceño. Una vez más quería hablar de aquel suceso. No sé cuántas veces se lo había contado ya, pero ella parecía no querer avanzar nunca; parecía querer dejarme encerrado en aquel macabro recuerdo. Estaba harto de volver una y otra vez al mismo punto.

—No tengo ganas de hablar del tema —dije con bastante mala cara. Sentía como un río de ácido subía desde mi estómago por mi garganta. Pensé que iba a vomitar, pero de mi boca solo salió un

gemido largo y prolongado que rompió por completo el rítmico vaivén del péndulo de Newton. Teresa no apartó la vista de mí ni un segundo. Sus ojos, cansados, pero abiertos sin pestañear, me recordaban a los de aquellas terroríficas muñecas que había en la estantería del salón de casa de mi abuela: unas muñecas hechas con porcelana, con peluquitas hechas con el pelo arrancado del cráneo de algún cadáver, y vestidos de mortajas. Aquellas muñecas de ojos de cristal que parecían estar observando todos tus movimientos. Aquellas muñecas de sonrisa triste que parecían sentenciar algo terrible.

—No vayas a tocar nada, Estefanito —dijo mi abuela mientras me ponía una taza de leche humeante—. Y tómate toda la leche antes de que se enfríe.

Miré el vaso temiendo derretirme con tan solo tocarlo. El vapor que salía de él era más negro que blanco y me recordaba de manera nefasta a la respiración agitada de mi madre. Miré a mi abuela. Se parecía a Teresa. Era frágil, tenía los ojos cansados y una eterna mueca triste desde que murió el abuelo.

—Abuela, está muy caliente... —susurré. Por suerte ella no me oyó.

—Voy a salir a comprar, cuando vuelva espero que te hayas tomado la leche y comido todas las galletas —dijo poniéndose el chaquetón—. Y no creas que no me voy a enterar si tiras la leche por la ventana; ellas te están vigilando.

Un escalofrío recorrió mi espalda. En la pequeña salita había cerca de cincuenta muñecas de aquellas, todas mirándome, todas sonriéndome. Todas ellas le dirían a mi abuela si yo hacía algo malo. La puerta se cerró tras ella y me quedé allí, solo. No. Ojalá hubiera estado solo. Quedé allí con las cincuenta muñecas que no paraban de susurrarse cosas las unas a las otras mientras me observaban fijamente.

Cogí el vaso y bebí de un sorbo el líquido a pesar de que me estaba abrasando las manos. Cogí las galletas y comencé a engullirlas entre lágrimas, sintiendo como la seca masa me desgarraba la quemada garganta a medida que tragaba. Y allí

seguían ellas, mirándome. Mirándome con reproche. Mirándome con esos ojos claros que solo Marlene tenía.

—¿Por qué no quieres hablar? —preguntó Teresa sentada en el sofá, entre todas aquellas muñecas. Tragué saliva.

—Despierta —me dije al oído—, esto no es real. Ella no es tu abuela, ella no estaba aquí.

Tenía razón. Teresa no estaba allí. Teresa no podía estar allí. Quería cerrar los ojos, pero temía que si lo hacía, aquellas criaturas de porcelana se abalanzaran sobre mí en cualquier momento y acabaran con mi vida, como hicieron con la de mi abuela.

—No es real —volví a decirme y me tapé el rostro con las manos—. Ella no está aquí. Ella nunca estuvo allí.

Asentí con la cabeza y cerré los ojos fuertemente. Sacudí la cabeza.

—¿Te encuentras bien? —La voz de Teresa parecía llegar desde muy lejos.

—Solo un poco aturdido —respondí sin abrir los ojos aún. Todavía me llegaba desde lejos el cantar de aquel jilguero que mi abuela tenía en la cocina. Aún me llegaba el olor a polvo de las muñecas y el aroma a jabón verde del sillón—. Solo estoy un poco aturdido —repetí.

Abrí los ojos. Las muñecas ya no estaban allí. El vaso vacío de leche ya no estaba allí. Volvíamos a estar en el despacho de Teresa. Respiré aliviado. Teresa me ofrecía un vaso con agua.

—Gracias —dije y bebí todo su contenido de una vez.

Apoyé el vaso en la mesa.

—¿Por qué no quieres contarme lo que ocurrió aquel día? —volvió a preguntar Teresa.

Me puse en pie, enfadado. Y se atrevía a preguntar. Creía que aquella mujer era realmente malvada. Además de hacerme un daño enorme, se atrevía a preguntar por qué no quería seguir hablando de aquello.

—Porque ya te lo he contado cientos de veces —bramé. Estaba furioso. Furioso por no poder olvidar de una vez por todas todo aquello. ¿Por qué no podíamos dejar de hablar de desgracias? ¿Por

qué se empeñaba Teresa en recordarme aquello que yo quería olvidar?

Teresa hojeó sus apuntes y negó con la cabeza.

—No. Nunca has llegado a contarme el último momento en el que la viste. Nunca has llegado a decirme qué ocurrió realmente.

Tiritaba. Tiritaba sin poder controlarlo. Sentía como la vena de mi cuello palpitaba buscando romperse y acabar con mi agonía. Quise gritarle que la odiaba. Quise gritarle a aquella mujer que si era así nadie la querría nunca. Quise gritarle que no me extrañaba que no tuviese pareja, aunque eso yo no podía saberlo. No estaba seguro de que no tuviera pareja. No estaba seguro de que se fuese a quedar sola. Puede incluso ser que ella estuviera mucho menos sola que yo. Quizá de las dos únicas personas que había en aquella habitación, el único que se iba a quedar siempre solo era yo. Pero yo no había estado siempre solo, yo había tenido a mi adorada Marlene. Yo había tenido a mi amada Marlene. Mi amada Marlene. ¿Por qué me había obligado a matarla? Mi adorada Marlene... Mi rosa, mi jilguero. Me dejé caer en la silla. Estaba ya harto de aquella situación.

—La maté. La estrangulé con mis propias manos. —Miré mis temblorosas manos. Eran un nido de serpientes que no era capaz de conservar ni siquiera aquello que yo más amaba—. La estrangulé en nuestra propia cama. Acabé con ella en el mismo sitio en el que tantas veces nos amamos.

Un escalofrío recorrió mi espalda. Temí darme la vuelta, sin embargo, lo hice. Allí estaban las cincuenta muñecas clavando sus ojos en mí. Recordándome mi culpa, vigilando aquello que había hecho.

—No es real... —susurré.

—¿Qué no es real, Estefanito? —preguntó mi abuela sonriendo, enseñando su dentadura llena de piezas faltantes.

—Esto, abuela. No es real —susurré asustado—. Tú no estás aquí.

Mi abuela pareció sorprendida por mi afirmación. Miró alrededor. Seguíamos en el despacho, y allí, en las baldas de las estanterías,

entre los libros con forros gastados y dispares, estaban aquellas muñecas observándome, juzgándome.

—¿Por qué dices eso, Estefanito? —volvió a preguntarme con ese tono dulzón que tienen los venenos que causan la agonía más lenta —. ¿Por qué dices que yo no estoy aquí?

Tragué saliva.

Tartamudeé.

—Por... porque... porque tú estás muerta, abuela —declaré casi llorando—. Tú estás muerta.

Entré en la salita corriendo. Había oído un estrépito. Abrí la puerta y allí estaba. Mi abuela yacía sobre el sillón, con los ojos vidriosos como los de aquellas muñecas, mirando al vacío. Junto a ella había una muñeca, ensangrentada y rota, caída en el suelo. Mi abuela tenía una profunda brecha en la frente. Salí corriendo y gritando. Gritando sin voz apenas. Y mi abuela quedó allí, tumbada en el sillón, muerta, con la mirada cristalina perdida en el vacío, su cabello de cadáver y una mortaja blanca que la acompañaría cuando la metiesen en el ataúd, acompañada de su muñeca favorita. Aquella que le había regalado la muerte.

Capítulo 15

—¿Cómo te encuentras hoy, Estefan? —preguntó Teresa, pero la pregunta parecía más dirigida a ella misma que a mí. Había cubierto sus ojeras con gran cantidad de maquillaje y la piel se veía escamosa y descascarada, como una pared vieja. Ella entera se veía como una pared a punto de ser derruida. Teresa entera era un viejo y demacrado edificio a punto de derrumbarse. Por primera vez en muchos años olía a tabaco. Hice memoria. Por lo menos hacía diez años que no tenía aquel aroma pastoso. Diez años... ¿Diez años? Era la primera vez que lograba ser consciente de cuánto tiempo había pasado en realidad. Cuando conocí a Teresa ella fumaba. Fumaba incluso en su despacho mientras conversábamos. Algunas veces incluso me había ofrecido algún cigarrillo. Ahora, en cambio, hacía por lo menos diez años que no la veía fumar. Observé sus manos. Temblaban ligeramente, se contraían y tenían pequeños estertores. Pequeños estertores que ella trataba de evitar sujetándose las manos con fuerza. Tenía las manos gastadas, manchadas, como una cama en la que se ha hecho muchas veces el amor y han acabado rompiéndose sus sábanas. Manchadas, como una camisa blanca con el café. Siempre solía llevar las uñas bien arregladas y prolijas, sin embargo, ahora estaban descuidadas. Tenía algunas uñas rotas y los restos de vieja pintura demostraban que hacía mucho que no las atendía. Cuando la conocí, en cambio, las llevaba cortas y delicadas, parecidas a las que solía llevar Marlene. Marlene sí que tenía las manos hermosas, siempre las llevaba de salón de belleza; siempre las llevaba perfectas. Siempre... Fruncí el ceño.

—Marlene dejó de cuidarse las uñas cuando tuvimos a nuestro primer hijo —declaré, recordando—. Los últimos años ya apenas se preocupaba por su aspecto y lo único que hacía era reprocharme que no podía pagarle sus visitas al salón de belleza. —Teresa me

miró interesada. Tomó nota y sus ojos parecieron volver a llenarse de vida. Sus ojos se llenaron de aquellos destellos que causa un soplete cuando calienta el hierro para soldarlo.

—¿Qué otras cosas te reprochaba Marlene? —preguntó Teresa. La miré. Poder hablar de mi vida parecía hacerla olvidar aquellos problemas que la estaban taladrando. Sonreí. No me apetecía hablar de lo ocurrido, pero lo haría por compasión.

Hice memoria. Desde que nos casamos, Marlene no había dejado de reprocharme cosas. Tenía razones de sobra para hacerlo, ya que yo la hacía muy desgraciada. Mi sueldo no era suficiente y no podía darle todos los caprichos que ella tenía, ni tampoco podíamos permitirnos viajar a todos aquellos lugares que ella soñaba con visitar. Nunca la pude llevar a París. Nunca le pude comprar aquel vestido que había visto un día cuando volvía de comprar pescado. Nunca había podido comprarle aquel anillo con el que ella siempre soñó. Nunca había podido cumplir sus deseos.

—No es que me reprochara —comencé a explicar—, simplemente tenía razón.

—¿Tenía razón?

El corazón se me encogía queriendo huir de mi pecho.

—Sí. Ella solo pedía todo aquello que se merecía. Marlene era perfecta y necesitaba cosas perfectas... y yo no podía dárselas. Y mucho menos cuando perdí mi empleo. Eso hizo que me fuera totalmente imposible cumplir sus deseos. Teresa, yo vivía para ella. Yo vivía para hacer sus sueños realidad... y... —mi voz se rompió y tembló en el aire— y... yo convertí sus sueños en una pesadilla. —Agaché la cabeza y miré mis rodillas. Observé cada detalle de aquel pantalón blanco que llevaba. Comenzaba a odiar el blanco. Yo nunca fui digno para llevar blanco, ese color debería quedar reservado solo para los seres más puros: como mi adorada Marlene.

—¿Y con qué soñaba Marlene? —preguntó Teresa. Su voz poco a poco se iba animando. Se había concentrado por completo en lo que yo le estaba contando y parecía haber olvidado que la muerte nos acechaba.

Quise mirar la situación desde una esquina, pero yo no estaba allí. Necesitaba darme apoyo, pero no estaba. Estaba solo: solo yo, sola

Teresa.

—Soñaba con lo que todas las mujeres se merecen. Nunca la pude llevar a París.

Teresa arqueó las cejas.

—¿Todas las mujeres merecen ser llevadas a París? —preguntó.

—Sí. Todas las mujeres merecen que se dé la vida por ellas y sin embargo...

—Y sin embargo...

—Y sin embargo yo no solo no di la vida por ella, sino que le quité la suya. —Me pesaban los ojos, tenía bolsas de lágrimas bajo ellos, pero no estaba dispuesto a mostrar mi debilidad frente a Teresa. No estaba dispuesto a cargarla con mi dolor—. Nunca pude darle aquellas cosas que se merecía, nunca pude comprarle aquel vestido con el que tanto soñó, nunca pude llevarla de viaje ni pude pagar sus gastos mínimos. Después de que me echaran de mi trabajo no tenía dinero suficiente como para que ella pudiera ir a la peluquería, ni a arreglarse las uñas. —La presión de mis ojos comenzó a descender mientras las lágrimas hacían lo mismo por mis mejillas—. Mi amada mujer no podía ir a la peluquería. Mi amada mujer no podía comprarse la ropa que necesitaba. Yo no era un buen marido, no tenía aquello que ella necesitaba, no tenía dinero para darle. Si nunca me hubiesen echado de la fábrica... Si nunca hubiesen comprado aquella máquina. —Mi pecho se agitaba rápidamente. Un nudo subía por mi pecho y salía por mis ojos aliviando lentamente la presión de mi pecho—. Me odio, Teresa. Me odio. Nunca la hice feliz, nunca la cuidé como debía. Nunca he sido un buen marido.

Teresa tomó nota de algo en su libreta. Sus manos parecían torpes al escribir, no como cuando la conocí. El primer día que había entrado en la consulta, Teresa rebosaba vitalidad. Me había saludado con energía y se había sentado tras el escritorio. Se había sentado y me había dedicado una sonrisa, una sonrisa plena que yo, en ese momento, no supe apreciar. «Siéntese, Estefan», había dicho mientras señalaba con calma el pequeño sillón que había frente a ella. Yo no había dicho nada, pero le había hecho caso. Me había sentado y me había quedado mirándola sin verla, oyendo de fondo el intenso zumbido de los tubos fluorescentes. Miré al techo.

Habían quitado aquellos tubos ruidosos y los habían sustituido por unas lámparas cuadradas que iban empotradas en el techo y que proporcionaban una luz tenue y natural que hacía que uno se olvidara de que estaba dentro de un edificio.

—Estefan, creo que deberíamos centrarnos en lo que hiciste y no en lo que las circunstancias te obligaron a no hacer —dijo Teresa con calma—. Piensa que Marlene tal vez no necesitaba realmente aquel vestido. No todas las mujeres merecen ir a París. Tú le diste todo lo que supiste darle.

—Yo no supe darle nada mejor —protesté. Sentía que Teresa me estaba juzgando y a la vez me estaba indultando de algo, pero no tenía claro en absoluto de qué.

—Estefan, creo que va siendo hora de que pongamos las cosas claras, de que arrojemos luz sobre todo lo ocurrido.

Teresa comenzó a hojear su libreta. Volvía a hacerlo con la inercia que solía hacerlo cuando era joven. Cuando la conocí parecía que se iba a comer mi mundo. No estoy diciendo que se pudiera comparar en lo más mínimo a mi adorada Marlene, pero su mera presencia bastaba para derrumbar la niebla que rodeaba mi vida. Teresa a veces me había recordado a mi madre, incluso un día me había parecido verla tirada en el suelo, en un charco de sangre. Sonreí. Sentía que pronto aquello que estaba preparando tendría lugar. Ahora tan solo tenía que seguir el juego como un niño que mira entre los dedos mientras cuenta jugando a las escondidas. Porque yo ya no sería el que se escondiera, sería aquel que buscaba y Teresa tendría que huir de mí, como mucho tiempo atrás había hecho mi adorada Marlene.

—Está bien —dije decidido—. Quiero poner las cosas en claro. Quiero saber qué tienes para decirme.

Teresa pareció asombrada de mi cambio de actitud.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó por segunda vez.

—Mucho mejor. Echo de menos a mi adorada Marlene, pero me encuentro mucho mejor —respondí.

—Te noto mucho más lúcido. Noto que divagas menos —dijo Teresa.

Pensé un instante. Sí, estaba mucho más lúcido y aquello sería lo que me ayudaría a salir de allí. Aquello sería lo que me ayudaría a abandonar ese infierno blanco.

—Me encuentro mucho mejor. Y por primera vez en muchos años soy capaz de ordenar mis recuerdos. —Forcé una sonrisa, pero temo que mis ojos me traicionaron. Por suerte Teresa no pareció percatarse de ello—. Por primera vez en años soy realmente consciente de que llevo quince años en este loquero. —Teresa pareció sobresaltarse al oír esa palabra.

—No, Estefan, no. Esto no es un loquero. No estás loco —intentó persuadirme, pero no hacía falta, yo era plenamente consciente de mi situación. Sabía con certeza que no estaba loco, que yo no había perdido el juicio y que pronto lo demostraría y saldría de allí.

—¿No estoy loco? Sé que no me encuentro bien, Teresa —me acerqué a ella buscando un aire más confidente—, y quiero curarme. Quiero volver a ser una persona cuerda. Quiero volver a trabajar. Quiero volver... —Mi voz se quebró de manera involuntaria. Casi completé la frase, pero me detuve. Quería volver a estar con mi amada Marlene.

—Tranquilo, volverás a tener tu vida, para ello necesitas aceptar todo lo que ocurrió. Alégrate, estamos en buen camino. —Teresa sonrió como solía hacer cuando era más joven. Me ofreció la misma sonrisa que me daba cuando me acercaba un libro para que leyera—. La nueva medicación está haciendo efecto y pronto podremos elaborar tus conflictos y encontrar la respuesta a todo lo ocurrido.

No comprendía lo que decía, pero asentí con la cabeza.

—Gracias, Teresa.

—Mañana mismo comenzaremos —dijo Teresa poniéndose en pie. Ya era mi hora. Tocaba volver a mi blanca habitación. Me acompañó hasta la puerta del despacho. El péndulo de Newton se había detenía hacía rato. Fuera me esperaban los dos celadores vestidos de blanco. Les sonreí. Les sonreí a mis carceleros. Les sonreí a aquellos demonios níveos que me acompañarían nuevamente a mi prisión y caminé por el pasillo, entre ellos.

—Ha llegado la hora —susurro. No temo a nada. Pronto llegará el momento de reencontrarme con mi amada Marlene. Me tomo de la mano y me ayudo a ponerme en pie.

—Vamos, ya es la hora —declaro.

A lo lejos suena un reloj.

—Ya es la hora —sentencio y doy el paso al vacío.

Capítulo 16

—¿Cómo te encuentras hoy? —preguntó Teresa. Hoy ni siquiera se había molestado en maquillarse para cubrir su desdicha. Sus ojeras eran incluso más notables que la última vez que la había visto, y el olor a tabaco se había confirmado en sus ropas a pesar de que había intentado cubrirlo con un perfume con olor a cementerio. Llevaba el traje arrugado y se veían algunos mechones de pelo de gato esparcidos por la tela. «Tiene gatos», pensé. No era de extrañar, parecía ese tipo de mujer. Parecía ese tipo de mujer que se rodea de animales y hace su vida ajena a los hombres. Parecía ese tipo de mujer que todo el amor que necesita se lo procura con la compañía de un animal y un buen masaje con los dedos. Nunca he comprendido qué gracia encuentran algunas mujeres en masajearse la vagina; sus dedos no serán nunca como la presencia de un hombre. Yo nunca permití que Marlene hiciese esas indecencias, además, para recibir placer ya me tenía a mí. O eso creía entonces.

—Mucho mejor —contesté. Desde la semana anterior hasta este momento me sentía mucho más tranquilo. Notaba mi alrededor como si se tratase de un sueño denso y pastoso, como las tartas de crema que preparaba Marlene. Lo único que realmente me molestaba de aquella sensación era no poder acompañarme, no poder estar conmigo. Después de pensar mucho había llegado a la conclusión de que seguramente sería a causa de la nueva medicación. Había querido dejar de tomarla, pero temía que si lo hacía no me dejarían salir de esta blanca prisión nunca, por ello había decidido esperar. Esperaría hasta que pudiese salir, y una vez fuera tiraría el pastillero desde lo más alto de un edificio. Tiraría aquel pastillero blanco y observaría con calma cómo el viento se lo llevaría. Observaría con placer cómo el aire esparciría las pequeñas cápsulas blancas por la ciudad y cómo varios transeúntes, al sentir

que algo les ha caído en el pelo o la ropa, mirarían hacia el cielo preguntándose si llueve. En ese momento yo saludaría con las manos y clamaría por mi libertad. Por aquella libertad que nunca había tenido, por aquella libertad que perdí el mismo día que mamé por primera vez del pecho de mi madre.

—La semana pasada me comunicaste que deseabas ahondar y conocer la verdad para así poder encontrarte mejor.

Asentí. No eran esas las palabras que yo había dicho, pero también me servían para salir de allí.

—Tengo un problema y quiero solucionarlo —dije y no mentía. Tenía un problema, y mi problema era Teresa. Teresa era quien me impedía estar con mi amada Marlene. Teresa era quien me medicaba e intoxicaba haciendo que cada vez estuviese más solo. Teresa decía querer ayudarme, pero no sabía cómo hacerlo.

—¿Quieres una infusión? —preguntó sirviéndose agua caliente de un termo en su taza. Asentí con la cabeza. «Debes seguirle la corriente en todo», pensé. Asentí.

—Sí, muchas gracias.

Teresa sirvió agua también en mi taza. El fino chorro transparente temblaba inseguro, deseando salirse del continente. Tapó el termo con parsimonia e introdujo sendas bolsitas de infusión en las tazas. El aroma a manzanilla inundó rápidamente la estancia. Cogí mi taza con cuidado y guardé el calor en mis manos. Aspiré el vapor que manaba del líquido como quien esnifa el amor.

—Háblame de Marlene. —Teresa inició la sesión. La inició como llevaba haciéndolo durante años: pidiéndome que hablara de Marlene. ¿Qué iba a cambiar aquel día? Siempre hacía las mismas preguntas, siempre pedía lo mismo... Así no avanzábamos a ninguna parte.

—Marlene era maravillosa —comencé. Marlene era realmente maravillosa. Era bella. Era perfecta. Era dulce. Era perfecta.

—Una vez me hablaste de una tarta de manzana.

Tarta de manzana... mi tarta favorita. Marlene preparaba la tarta con mucha paciencia y cariño. Cortaba las manzanas para hacer la masa y las dejaba oxidar. Luego las mezclaba con canela y algo más y echaba la masa que se había formado en el molde. Decoraba

la tarta con trozos de manzana cortados con forma de corazones, estrellas o aquello que más le apeteciera, y le agregaba un poco de pimienta. Marlene preparaba las mejores tartas de manzana que yo jamás he probado.

—Marlene preparaba las mejores tartas de manzana que puedas soñar con probar. Sus tartas eran perfectas: le quedaban jugosas y esponjosas, suaves al morder y con el punto justo de acidez. Nunca he probado nada parecido... —Hice memoria—. Bueno puede ser que sí, no estoy muy seguro, pero puede que sí lo haya probado. Su madre también las preparaba muy bien. Fue ella quien le enseñó la receta a mi adorada Marlene y Marlene la perfeccionó con los años. Las tartas que preparaba mi amada Marlene eran perfectas, como todo lo que hacía. Marlene... —Cerré los ojos. Intenté recordar el aroma dulce de sus tartas, pero no conseguí traerlo de vuelta. Intenté recordar la risa cantarina de mi adorada Marlene, pero no lo conseguí. ¡Maldita medicación!, me había quitado lo único que me quedaba de mi amado jilguero. Pero pronto todo se acabaría. Pronto arrojaría a la nada a ese maldito fantasma químico que me impedía revivir todo aquello.

—Realmente te gustaban mucho —declaró Teresa sin equivocarse en absoluto.

—Sí. Me encantaban. —Tensé los músculos de mi cara y sonreí.

—¿Solías comer muchas de aquellas tartas? —preguntó Teresa tomando un sorbo de infusión.

Silencio.

El sonido de las manecillas de un reloj me llegaba desde lejos.

—Sí... —dudé. Dudé. ¿Por qué dudé? ¿Por qué no era capaz de asegurar que había comido cientos de aquellas tartas? ¿Por qué no podía decir que me encantaba cuando cada domingo por la tarde mi amada Marlene me regalaba una tarta hecha por ella? ¿Por qué no podía mentir?

—¿Sí? ¿Solías comer muchas de aquellas tartas? —volvió a preguntar Teresa. Se había dado cuenta de mis dudas. Se había dado cuenta.

—Bueno, a veces. Algunas veces comía tarta de manzana... —añadí sin pensarlo—. Algunos domingos yo iba a una pastelería que

había en el barrio y compraba una porción de tarta de manzana. —
¿Por qué había dicho aquello? ¿Por qué había mentido de aquella
manera? Yo nunca había comprado tarta alguna ni comido ninguna
tarta que no hubiese preparado mi adorada Marlene. ¿Por qué
estaba diciendo entonces aquello?

—¿Comprabas? Pensé que comerías la tarta que preparaba
Marlene, si era tan deliciosa como tú mismo has dicho... Si era
perfecta, ¿por qué comprabas tarta?

¿Por qué compraba tarta? Si mi tarta favorita era la que preparaba
Marlene, entonces ¿por qué compraba tarta?

—No lo sé..., solo comía la de Marlene a veces, cuando ella me
daba. —Era verdad, no lo recordaba apenas, pero Marlene no solía
darme de sus tartas. Se enfadaba si yo las tocaba y decía que la
miel no está hecha para la boca del asno—. Ella preparaba tartas
todas las semanas. Cada domingo hacía una tarta, pero no me
dejaba comerla. Nunca he sabido para qué las hacía ya que
tampoco la veía comerlas a ella, sin embargo, el lunes, cuando yo
volvía de trabajar, ya no quedaba tarta. Supongo que les daba un
poco a los niños para que se llevaran al colegio. Cuando Marlene y
yo éramos novios, ella solía preparar muchas de aquellas tartas y
me las traía al trabajo. Yo esperaba siempre a que ella llegase para
tomarme un pequeño descanso y comer una porción y tomarme un
café. Pero cuando nos casamos, al poco dejó de prepararlas. O,
mejor dicho, siguió preparándolas pero dejó de darme. Se enfadaba
mucho si yo las cortaba. Solía decir que la miel no estaba hecha
para la boca del asno.

—¡Qué fina! —exclamó Teresa. ¿Se estaba burlando de mí?
Fruncí el ceño—. ¿Pero tú le pedías que te diese tarta?

—No solo le pedía, si no que a veces incluso llegamos a discutir
por ello. Cuando nos casamos, Marlene comenzó a hacer cosas que
yo nunca comprendí, aunque di por hecho de que se trataban de
cosas de mujeres.

—¿Y qué cosas eran esas?

—No sé... Muchas... Preparaba tarta y no me daba. A veces
cocinaba comidas muy complejas para ella y los niños, sin embargo
a mí me hacía tan solo un filete... Aunque, claro, el filete siempre ha

sido mi comida favorita... Pero solo me hacía un filete. Siempre estaba triste, siempre quería salir, pero no podíamos. —Suspiré—. Y las pocas veces que salíamos se pasaba largas horas llorando diciendo que estaba fea y que nada le sentaba bien. —Miré a Teresa sin acabar de comprender lo que estaba ocurriendo. Nunca había recordado aquello, pero justo ahora que mi mente se encontraba enturbiada, venían con una claridad irrisoria. Una claridad tal que, si no fuera porque sabía a la perfección dónde me hallaba, podría incluso confundir el pasado con el presente—. No comprendo por qué decía que estaba horrible. Ella siempre fue tan hermosa, tan perfecta. Marlene era blanca y pura como una perla. Marlene era blanca y pura como una paloma. Marlene era mi paloma... Mi perla... Mi flor... —La flor que deshojé arrancando sus pétalos, uno a uno, con cada golpe, con cada discusión. La flor que acabó marchita y machacada tirada en mi cama. La flor que agonizaba en mi recuerdo y no me dejaba seguir mi camino.

—Estefan, Marlene no era ni una paloma, ni una perla ni una flor —dijo Teresa dejando con suavidad la taza sobre la mesa. Ya no salía vapor alguno del contenido. Ya no emitía calor alguno. Teresa había bebido el líquido, sorbo a sorbo, como beben los médicos la ilusión de las personas cuando tienen que comunicarles que se van a morir. Con la misma parsimonia que tienen aquellos que saben que nunca serán amados, cogió su libreta y apuntó algo—. Estefan, Marlene no era un animal ni una planta, no era un objeto ni era tu posesión. Marlene era una persona. Una persona con vida propia que deseaba realizarse y a la que tú no se lo permitías.

¡Injurias! ¿Cómo se atrevía esa loquera de pacotilla a decir aquello? Todo mi afán a lo largo de nuestra relación había sido ayudar a Marlene a realizarse, a alcanzar sus sueños. Yo había dado mi vida por ella.

—Eso no es así. —Mi voz sonó mucho más grave de lo que yo esperaba—. A lo largo de mi vida todo lo que he hecho ha sido para conseguir que ella fuera feliz. Ganaba poco en la fábrica, pero lo gastaba todo en ella, para que pudiera estar hermosa, para que pudiese comprarse lo que quisiera. Tenía poco tiempo libre, pero

todo el que tenía lo gastaba en ella. Gasté mi vida para hacerla feliz... Y ella...

—¿Y qué sientes al respecto, Estefan?

Me detuve un instante. Mis manos no paraban de moverse nerviosas bajo la mesa. No había querido decir aquello. Aquello no era lo más adecuado para poder salir de allí. Aquello no me permitiría ir a buscar a mi adorada Marlene. Intenté pensar en otra cosa, necesitaba desviar mi mente para poder recuperar la calma y demostrar que me encontraba mejor. Maldije para mis adentros no haber puesto en marcha aquel dichoso péndulo. Quizá si hubiese estado su rítmico sonido podría haberme concentrado en él. Pero no. No había nada, tan solo silencio. Silencio y blanco. Cerré los ojos intentando evitar conectar con mis emociones. Debía controlarlas. Pensé en aquellas deliciosas tartas de manzana. Pensé en la primera vez que las había probado.

—La primera vez que Marlene preparó una tarta de manzana fue un domingo —dije cambiando de tema. Teresa me miró y comenzó a tomar nota rápidamente. Seguí contándole lo que había ocurrido hasta que terminó la sesión.

—La primera vez que Marlene preparó una tarta de manzana fue un domingo —susurro casi sin aire. El viento ciega mis oídos impidiéndome pensar. Sonrío. Puedo sentir el dulce aroma de aquellas tartas y su textura suave y delicada—. La primera vez que Marlene preparó una tarta de manzana llovía torrencialmente y hacía mucho frío. —Saboreo cada palabra de aquel recuerdo. Sonrío hasta que las comisuras de mi boca se rompen por el viento y el frío.

Entré en su casa. Acababa de llegar de jugar al fútbol.

—¿A qué huele? —pregunté.

Marlene se asomó por la puerta de la cocina con una enorme sonrisa.

Entré en casa. Acababa de llegar de comprar el periódico, venía empapado.

—¿Qué es ese aroma? —pregunté.

Marlene me miró seria desde la cocina.

Entré en casa. Nunca debí haberme marchado. Nunca debiste haberte marchado, mi adorada Marlene.

—Mira, mi mamá me ha enseñado a preparar su tarta de manzana —dijo con una enorme sonrisa enseñándome una tarta que aún humeaba.

Entré en su casa. Su madre estaba en el salón.

—Me encanta la tarta de manzana —dije sonriendo—, y si está la mitad de rica que la que hace tu mamá será genial. Seguro que te ha salido muy bien.

Marlene frunció el ceño. El viento acaricia mi piel.

Entré en casa.

—¿Ya no haces tarta de manzana? —pregunté.

Marlene me miró con el ceño fruncido desde la cocina.

—Haré, pero no será para ti —dijo y cerró la puerta de la cocina para que no la viera. Entré en el salón arrastrando los pies—. ¡Quítate los zapatos que me llenas el suelo de mierda y acabo de terminar de limpiar! —gritó desde la cocina—. Como me encuentre una huella la vas a limpiar tú, guarro.

Entré en casa.

Marlene me sonrió con la tarta en las manos y, no sé muy bien por qué, se le cayó. Lloró mucho. Lloró mucho, pero no fue por la tarta. Lloró mucho.

Entré.

Recogí un trozo de tarta del suelo y me la comí.

—Está perfecta —dije.

—¿Aunque se haya caído? Soy una inútil... —sollozó Marlene desde el suelo.

El retumbar de su madre, furiosa porque habíamos ensuciado, se acercaba. Marlene tiritó.

—Mamá, Estefan ha tirado mi tarta —exclamó Marlene, y yo agaché la cabeza soportando la culpa que nunca tuve. Agaché la cabeza para librarla de un castigo que no se merecía.

Entré en casa y ella ya no estaba. Ya no había tarta. Solo había algunos migajones sobre el sofá.

Entré en casa y me encontré solo.

Solo.

Viento.

Capítulo 17

Aquel día fue distinto de los demás. Me hallaba impaciente por ir a visitar a Teresa para poder seguir progresando con mi plan. Frente a mí estaba la bandeja que me ponían con el desayuno. Abrí el frasco transparente en el que venían las pastillas que debía tomar cada mañana. Las miré resignado. Había intentado tirarlas varias veces por el retrete, pero de alguna manera se habían enterado y me las habían vuelto a poner a los pocos minutos. Finalmente había decidido que lo más cómodo y práctico era tomarlas y esforzarme por no olvidar lo que debía hacer. Saqué las pastillas y cogí el vaso con zumo que había junto a las galletas. En quince años que llevaba allí el desayuno había cambiado poco. Recuerdo que alguna vez habían intentado que comiese en un comedor con muchos otros seres a los que no soy capaz de poner rostro. No sé por qué dejaron de llevarme allí. Ahora quizá el mejor camino para conseguir la libertad era conseguir que volvieran a llevarme allí, con todas aquellas figuras sin rostro que caminaban de un lado a otro sin motivo ni sentido. Apoyé las pastillas sobre mi lengua sin ninguna gana y las tragué con ayuda del zumo. Estaba ácido, le faltaba mucha azúcar. Miré las galletas, si es que a ese trozo de cartón manchado con pasas se lo podía llamar galleta. Marlene sí que preparaba buenas galletas. Marlene, mi adorada Marlene. Cuánto te extraño. Mastiqué cada bocado de esa masa seca y tragué con ayuda de aquel ácido naranja. Dejé el vaso vacío de plástico en la bandeja y esta en el pequeño escritorio de plástico blando que tenía. Ese escritorio, como todo lo demás en aquella habitación, estaba pensado para que me fuera completamente imposible hacerme daño con él. Sé que soy culpable de un crimen atroz, pero no estoy tan loco como para pensar en suicidarme.

Sonrío. El golpe arrollador del aire contra mi rostro me obliga a hacerlo.

Aquel día no fue como los demás. Calculo que fue sobre media mañana, cuando me encontraba sentado en mi cama —si es que a un colchón en el suelo se lo puede llamar cama—, que se abrió la puerta de mi habitación y vino a buscarme uno de los celadores. Fruncí el ceño. No era ni la hora ni el día en el que debía ver a Teresa.

—¿Cómo se encuentra hoy, Estefan? —preguntó el hombre. Preguntó como quien me conoce desde hace años, y quizá así fuera, pero a mí no me lo parecía.

—Bien —respondí—. Un poco aburrido. —Era mentira. No pasaba un instante en el que no estuviese ocupado pensando y repasando mi plan para huir de allí.

—No se preocupe, Estefan. Hoy saldrá un poco. —Me dio un vuelco el corazón. ¿Salir? ¿Dónde? ¿Por qué? Sonreí triunfal.

—Bien, entonces será mejor que me ponga los zapatos —dije cogiendo unos zapatos de goma blanca que nunca he sabido muy bien cómo se llamaban. Creo recordar que eran algo como *suesos*, *suisos*, *suicos* o algo similar. Eran unos zapatos con un diseño horrible, llenos de agujeritos y que dejaban el talón al aire, pero en mi blanca prisión todos los llevaban. Además, eran muy cómodos. Me los puse y me levanté—. ¿Dónde vamos? —pregunté impaciente.

El celador me sonrió.

—Sígueme, Estefan. —Le hice caso. Le hice caso sin dudarlo. Lo seguí por los pasillos atestados de puertas, pasamos por un salón donde había un montón de sombras blancas leyendo, jugando con juguetes de niño, cantando y bailando. Allí era donde debía conseguir que me diesen permiso para estar. Seguimos de largo y finalmente llegamos al pequeño jardín interior. Era un pequeño jardín que tan solo tenía hierba y un árbol. Un árbol solitario que cada día tenía menos hojas. Un árbol que agonizaba por la falta de espacio y aire en el que expandirse.

Miré el jardín. Había una persona sentada contra el árbol. Se puso rápidamente en pie cuando nos vio entrar. Era una mujer. Una mujer no muy alta, rellenita y con curvas borradas por los años. Llevaba el pelo teñido de pelirrojo. Me acerqué a saludarla. Sus ojos me

miraban con un sentimiento que no logré identificar. Un sentimiento mezcla de pena, rencor y perdón. Rencor y perdón. Sentí que aquella mujer me juzgaba y tenía derecho a hacerlo. Sentí que mis piernas se aflojaban y todo se volvió negro. Caí. Caí durante horas. Caigo. Caí durante horas en un espacio oscuro y turbulento.

La primera vez que me encontré con Marlene en el colegio sentí cómo se me revolvía el estómago. Sentía una mano que hurgaba en el interior de mi cuerpo desordenando todos los órganos. Marlene estaba hermosa. Marlene era hermosa. Tenía un pequeño rasguño en la mejilla. Llevaba los cabellos recogidos en dos trenzas o dos coletas, no me fijé. Solo pude fijarme en sus ojos. Esos grandes ojos que me miraban con intensidad, con crueldad, recordándome lo que años adelante le haría.

—Hola —me había saludado. Yo sentí como se encendía mi piel, hasta mis orejas, y salí corriendo.

Ese mismo día, en el recreo, la empujé y la hice caer en un charco. Ese mismo día la hice llorar. Ese mismo día le grité que era fea. Ese mismo día la deseé de una manera tal que nunca antes había sentido. Ese mismo día la quise amar, y lo hice sin que ella lo supiera.

La empujé con fuerza. Mis dedos chocaron con su cuerpo y ella perdió el equilibrio. Su rostro se contrajo al notar que caía. Todo fue muy lento: los cabellos al viento, la faldita levantándose y dejando ver unas braguitas blancas, su voz saliendo de su pequeña boca, y el agua salpicando cuando su cuerpo cayó dentro. El barro marcó la huella de mi deseo para siempre. Marlene comenzó a llorar sin consuelo. Marlene comenzó a llorar y el pecho se me encogió de una manera que ni siquiera había hecho cuando oía a mi padre golpear a mi madre. Mi corazón quería romperse, quería huir de mí y dejar mi cuerpo, muerto, junto a ella.

La primera vez que me encontré con Marlene en el colegio sentí que debía demostrarle que había peligros en el mundo y que yo era el único que podría protegerla. Lloraba desconsolada en aquel charco, con su falda rosa y su camisita blanca manchadas con barro eterno, con su rostro empapado y su cabello por completo marrón de tierra. La profesora se había acercado corriendo a ayudarla y

había bramado una y otra vez «¿Quién ha sido? ¿Quién ha sido?». Marlene, con el labio tembloroso me había señalado sin dudarlo. Los azotes con la vara verde no habían dolido en absoluto. Haber visto a Marlene en aquel charco, empapada, llorando había sido suficiente. Había sido castigo suficiente. Había sido recompensa suficiente. Marlene... Mi hermosa Marlene... Incluso llena de barro era hermosa. Incluso llorando era hermosa.

La primera vez que me encontré con Marlene en el colegio sentí que no debía permitir que nadie más se acercase a ella. Sentí que debía aferrarla con fuerza y huir junto a ella. Pero ¿adónde? ¿Dónde iríamos los dos, solos, con esa edad? No, debía tener paciencia y hacer que se viniese conmigo. Haría que ella quisiera venir conmigo, haría que ella me quisiese, haría que nadie más estuviera con ella. Cuando la profesora terminó de azotarme me obligó a pedir disculpas a Marlene. «Ve y dile que sientes haberla empujado», ordenó. Yo asentí apretando los dientes. Nunca me mostraría débil frente a ella, nunca demostraría mi miedo. Mi miedo... Tenía miedo a ser rechazado. Tenía miedo a que ella no me quisiese.

Me acerqué a Marlene. El aire estaba cargado de un aroma a tierra mojada que nunca olvidaré. Ella aún se encontraba sucia, aunque ya estaba un poco menos mojada. Las manchas de barro le caían por el rostro. Me miró con aquellos ojos grandes, inquisidores. Aún le temblaban los labios. Aún le temblaba el cuerpo.

—Marlene —dije con la voz que tienen los niños cuando van a decir algo que no quieren decir. Dije con la voz que tienen los niños cuando los obligan a confesar una travesura. Dije mirándola a los ojos—. Eres fea. —Abrió la boca asombrada, no esperaba que le dijese aquello—. Eres muy fea. Estás más linda llena de barro porque así no se te ve la cara de... de... de tonta que tienes —añadí, le saqué la lengua y me fui corriendo. Detrás de mí escuché sus gritos. Lloraba. Yo también lloraba. Corrí. Corrí hasta llegar a mi casa y me escondí dentro de un seto. Dentro se escuchaban los gritos de mi padre. Dentro resonaban los gritos de mi madre. Dentro sonaban los gritos de mi vida.

La primera vez que vi a Marlene en el colegio, volví a casa con el corazón en la boca, por lo que había hecho, y una gran satisfacción. «Así nunca me olvidará», pensé en ese momento, «además, si hago que esté fea nadie más querrá jugar con ella y solo podrá estar conmigo». Esperé a que se hiciera la hora de volver a casa y entré sacudiéndome las hojas que el seto había dejado pegadas en mi ropa.

Entré directamente a mi habitación. En la cocina mi madre lloraba. «Eres una inútil», le gritaba mi padre, «no sirves para nada. Si al menos fueras guapa y te arreglaras como hacen algunas mujeres, servirías de algo». Me encogí en mi cama y lloré. Lloré sin saber por qué. Lloré durante varias horas hasta que me quedé dormido.

Todo estaba negro a mi alrededor y poco a poco fue volviendo al color de mi infierno. Cuando abrí los ojos estaba nuevamente en mi blanca celda, acostado en mi blanca cama, tapado por mi blanca manta. Temí que todo hubiera sido un sueño. Quizá nunca había estado en aquel árbol.

Sonrío. Pronto todo volverá a ser negro.

Odio el blanco.

Capítulo 18

Odio el blanco.

Lo odio con toda mi alma. Quince años encerrado en aquel infierno blanco hicieron que lo aborreciera tanto como me aborrezco a mí mismo por haber acabado con mi adorada Marlene. Mi adorada Marlene. Después de aquel incidente volví a hacerme compañía todos los días. Dejé de nuevo de estar solo. Mi adorada Marlene, como te echo de menos. Por las mañanas yo me sentaba en la cama junto a mí y me observaba dormir. Observaba como mi pecho se movía al ritmo de mis lamentos, respirando. Quería dejar de hacerlo, pero no podía. Quería acabar con ese aire que me impedía morir. Incluso un día puse mis manos alrededor de mi cuello mientras dormía e intenté asfixiarme, pero no lo logré. No lo conseguí. Pero ahora sí. Ahora sí. Marlene, mi adorada Marlene. A la semana siguiente de haber tenido mi extraño desvanecimiento fui nuevamente a la consulta de Teresa, ahora esperaba conseguir que me dejase comenzar a pasearme con libertad por el edificio. Le demostraría a aquella mujer que estaba mejor, que volvía a estar cuerdo y que pronto podría marcharme de allí. Caminé decidido por los pasillos de aquella cueva de muros blancos y me detuve frente a la puerta de su despacho. Di dos golpes suaves, como siempre hacía, y entré. La habitación estaba como siempre. Un suave aroma a incienso la coloreaba, las estanterías estaban igual de ordenadas que siempre, aquella dichosa máquina de movimiento continuo se encontraba detenida, sobre la mesa había una jarra con agua y varios vasos desechables. Todo estaba como siempre, pero no estaba Teresa. No estaba Teresa, en su lugar, sentado en su sillón blanco, había un hombre que me observaba con una amplia sonrisa. Un hombre joven, no llegaría a la treintena, que llevaba una bata blanca y tenía entre sus manos la libreta de Teresa.

—Buenos días..., Estefan —me saludó el hombre, dudando al decir mi nombre.

No me moví de al lado de la puerta. ¿Quién era ese individuo? ¿Dónde estaba Teresa?

—¿Quién es usted? ¿Dónde está Teresa? —pregunté serio. No me hacía ninguna gracia aquella situación. ¿Quién era ese individuo? ¿Por qué estaba allí, en el lugar de Teresa?

—Por favor, Estefan, siéntese —dijo señalando el sillón que yo solía ocupar.

Quise decirle que no me movería de ahí hasta que no hubiese respondido a mis preguntas, quise decirle que con quién yo tenía que hablar era Teresa, no con él, pero no lo hice.

—Quizá Teresa haya muerto —me susurré al oído—. Quizá este hombre sea tu nuevo salvoconducto a la libertad: parece joven e inexperto.

Me tragué mis palabras y me acerqué al sillón. Sin poder evitar que se notase mi desconfianza, me senté. Clavé mi mirada en él y esperé a que me diera una respuesta a mi pregunta.

—Mi nombre es Mario y soy su nuevo médico —contestó sin dejar de sonreír.

—¿Y Teresa? —pregunté sin suavizar el tono.

—Me temo que ella no lo atenderá más, Estefan.

—¿Se ha muerto? —me pregunté con intriga.

—¿Se ha muerto? —pregunté. El hombre pareció sorprendido por esa pregunta. Negó rápidamente con la cabeza.

—No, no. No se preocupe, está todo bien. Teresa no ha muerto, simplemente ya no lo atenderá más.

Fruncí el ceño. Aquel hombre aseguraba que Teresa no había muerto, sin embargo, aquello no terminaba de resultarme lógico. Teresa aún no tenía edad para jubilarse... O quizá sí... Realmente nunca supe bien qué edad tenía, con las mujeres nunca se sabe. Tanto maquillaje, tanta pintura..., son como un retrato pintado sobre una vieja naturaleza muerta.

—No te importa lo que le haya ocurrido —me susurré al oído—. Ahora tienes que centrarte en este hombre. Mario ha dicho que se llama. Céntrate en él y aprovecha, parece inexperto.

—Ah... —fue lo único que respondí a Mario. Me puse en pie y me dirigí a la vieja estantería. Sujeté la esfera inicial de aquella máquina que tanto me fascinaba—. Espero que no le moleste, el sonido de las bolas me relaja —dije y, sin esperar a su respuesta, solté la esfera dando así inicio al sonido cronométrico del péndulo. Con cada choque mi alma se estremecía como si ella misma estuviese entre las esferas. Con cada choque yo entero me encogía y volvía a crecer, una y cien veces. Una y cien veces. Aquel sonido llevaba acompañándome quince años, el mismo tiempo que el blanco de las paredes. Sonreí. La liviandad de mis pasos al volver al sillón hizo que me sintiese en otro mundo. Me esforcé por cruzar el ritmo de mi caminar con el sonido de choque del acero. Quería que se me oyera. Quería existir. No quería perecer en esa turbulencia atroz que pujaba por tirarme a lo más profundo de mi desesperación. Aquel sonido siempre me ayudaba a recordar. Me ayudaba a estar nuevamente con mi adorada Marlene. Mi adorada Marlene... Fui yo quien te obligó a marcharte, yo soy el único culpable de mi desdicha. Me senté en el sillón y crucé las piernas.

—Teresa solía preparar infusiones —comenté. Mario pareció no esperarse aquello.

—Eh..., ¿quiere una infusión? —preguntó apurado.

Sonreí. Había tartamudeado, todo sería mucho más fácil de lo que me esperaba.

—No, no se preocupe —respondí.

Mario pareció recomponerse en su lugar.

—Bueno, Estefan, me gustaría poder conversar con usted y conocerle un poco.

Sonreí apenado. No se había preocupado siquiera en leer mi historial. Aunque claro, eso era complejo: Teresa tenía varias carpetas llenas de las notas que había tomado en nuestras sesiones. Tal vez que no me conociese era algo que jugaba a mi favor, o tal vez no.

—Bien, le contaré. Cuando era pequeño conocí a la mujer más maravillosa que podría nadie conocer jamás. Marlene era sensual, lista, jovial, hermosa... era simplemente perfecta. Marlene era la mujer perfecta. La conocí y me enamoré de ella. Me encantaba verla

jugar, me encantaba oírla cantar, me encantaba ayudarla. Crecimos. Y cuando crecimos le pedí que se casara conmigo y lo hicimos. Nos casamos. Estuvimos casados trece años. Trece años... —Sentía como, poco a poco, se iba formando un nudo en mi garganta. Un nudo que apretaba con fuerza la soga impidiéndome respirar—. Trece años... —repetí—. Trece años... —Clavé la mirada en los ojos de Mario. A pesar de todo, no me sentía capaz de continuar.

Mario esperó unos instantes y finalmente rompió el silencio. Su voz sonó como uno de aquellos impactos secos que creaba aquella máquina de movimiento continuo.

—Trece años. ¿Y por qué acabó todo?

Tragué saliva.

—La maté.

Silencio.

—La maté —susurro casi sin aire.

Viento.

—La mató —repitió Mario sin inflexión alguna—. Pero ¿está seguro de que la mató?

Miré asombrado a Mario. La pregunta me descolocó por completo. ¿Que si estaba seguro de haberla matado? Claro... ¿Cómo no iba a estarlo si lo hice yo mismo con mis propias manos? Mi Marlene... Mi adorada Marlene... Con su cuello tan blanco y frágil, con sus manos trémulas y cristalinas, con su voz penetrante como una daga. Mi adorada Marlene. Cerré los ojos. Intenté recordar el momento en el que acabé con su vida.

—La maté con mis propias manos... —Intenté recordar su agonía, sus gemidos—. Maté a aquello que más amaba. —Podía oír el lapicero de Mario rasgando la superficie del papel igual que las uñas de Marlene rasguñaba mi espalda cuando le hacía el amor. Abrí los ojos—. La maté. Acabé con lo único que me traía felicidad en este mundo.

Mario me observó. Negó levemente con la cabeza.

—Estefan, usted dice que mató aquello que más amaba. Aquello. Aquello es un objeto, y los objetos no se pueden matar. Marlene no es un objeto; quizá lo que usted siente que mató no sea Marlene,

sino lo que ella le hacía sentir. —Mario dejó fija su mirada en mí. Fruncí el ceño.

—No, no. Cuando digo que maté a Marlene lo digo de manera literal. La estrangulé en nuestra cama.

—Y después de estrangularla, ¿qué sucedió?

Miré a Mario. ¿Que qué había sucedido? No comprendía aquella pregunta. Volví a cerrar los ojos e intentar recordar. Intenté recordar a Marlene yacente en mi cama, pero allí ya no había nada. La cama estaba vacía.

—Recuerdo que llamaron a la puerta —respondí. Intenté nuevamente retroceder en el tiempo, pero lo único que había en mi memoria era la puerta sonando—. Llamaron a la puerta. Cuando abrí vi que eran dos policías: un hombre y una mujer. Preguntaron por Marlene, pero les dije que todo estaba bien.

—¿Estaba todo bien, Estefan?

Silencio.

Un golpe del péndulo.

Otro golpe del péndulo.

Y otro más.

Silencio.

—No. No lo estaba. —De pronto sentí que nunca lo había estado—. Nunca lo había estado. —Mario arqueó una ceja—. Marlene estaba muerta en mi cama, ¿cómo iba a estar todo bien? —pregunté. La angustia se abrió paso en mi pecho—. Había matado a mi mujer, ¿cómo iba a estar todo bien?

—¿Qué ocurrió entonces? —preguntó Mario.

—No le cuentes la verdad —me susurré angustiado—. Si se la cuentas, nunca podrás salir de aquí.

Quise hacerme caso, pero no sabía a qué verdad me refería. No sabía realmente qué debía decir. Al fondo me pareció oír el canto de un jilguero, pero allí no había ningún pájaro.

—No me creyeron. Entraron en casa. La mujer subió las escaleras mientras el hombre se quedaba conmigo. La escuché gritar algo...

Silencio.

—¿Qué gritó? —preguntó Mario interesado.

Silencio.

—Estefan, ¿qué gritó?

—No lo recuerdo... Está todo muy borroso. —Comencé a llorar—. Gritó algo... Algo... —Mario me alcanzó un pañuelo de papel. Limpié con él mis lágrimas. Mis lágrimas se secaron como se seca el agua en un desierto—. Gritó algo, no recuerdo qué, y el hombre se abalanzó sobre mí. No recuerdo si me resistí, no recuerdo siquiera si dije algo. Me tumbó en el suelo y me esposó. —Cerré los ojos. A mí volvieron las imágenes confusas de lo ocurrido. Los pasos del policía, los gritos, la radio de fondo..., todo mezclado como quien prepara un cóctel fatal. Luego silencio. Pasos, muchos pasos. Me pusieron en pie y me llevaron fuera. Allí había una ambulancia. Una ambulancia. ¿Para qué?, si ya estaba muerta. ¿Para qué?, si ya no había nada que hacer. Me metieron en un coche de policía y desde allí, sentado en el asiento de atrás y con las manos esposadas, observé lo que ocurría. Vi cómo entraban corriendo varios enfermeros. Vi cómo, rato después, sacaban a Marlene en una camilla. Marlene, mi adorada Marlene. Muerta—. Después me llevaron al coche de policía. Llegó una ambulancia, o puede que dos... No lo recuerdo muy bien, está todo muy borroso. Recuerdo el sonido abotargado de los gritos. Salieron los enfermeros llevando a Marlene en una camilla. Marlene... Mi adorada Marlene.

—¿En una camilla? —preguntó Mario.

—Sí.

—¿Sabe lo que eso significa?

Miré a Mario. No comprendía lo que quería decirme. Negué con la cabeza. El aire se estaba volviendo pastoso, desagradable.

—¿Estaba cubierta por una sábana? —volvió a preguntar Mario. Hice memoria.

—No... —susurré—. No lo estaba.

—Entonces no estaba muerta —declaró Mario.

Silencio.

—¿Perdone? —pregunté sin creer lo que acababa de oír.

Mario me dedicó una sonrisa, una de esas sonrisas que ponen los veterinarios cuando le van a poner la inyección letal a un chucho malherido. Una de esas sonrisas que ponen los cirujanos para

comunicarte que la operación ha ido mal y que tu padre ha muerto en el quirófano.

—Los cadáveres los envuelven con una sábana o los meten en una bolsa. Si solo iba en una camilla, sin estar cubierta, es que estaba viva.

Me puse de pie furioso. ¿Cómo osaba aquel hombre a decir aquello? Mi hermosa Marlene, amapola lívida que deshojó el tiempo. Yo la había visto. Yo la había matado.

—Mi Marlene nunca ha sido ni será un cadáver. Que estuviera muerta no le da derecho a llamarla cadáver. Solo las viejas y los mendigos se convierten en cadáveres. Mi Marlene murió, murió en mis manos, murió en mi lecho. Yo la maté. Yo vi como moría. Yo oí su último lamento. Estaba muerta. Estaba muerta, ¿me oye? —le grité con toda mi fuerza. Gasté tanta fuerza en aquel grito que mi cuerpo se derrumbó por completo como uno de esos gatitos que parecen de peluche y que cuando los sujetas se quedan colgando como muñecas de trapo. Caí al suelo y sentí como me hundía en las baldosas. Sentí como la mano de Marlene aferraba tobillo y tiraba de mí adentrándome en lo más profundo del suelo—. Estaba muerta... —susurré ahogado—. Estaba muerta... ¿Me oye? —Ya casi no me quedaban fuerzas. Mi dulce jilguero había volado para siempre. Me sentí desfallecer.

—Muerta —susurro con una sonrisa.

Viento.

Capítulo 19

No me gustaba Mario. Ese hombre no me gustaba en lo más mínimo. No sabía hacer su trabajo. Se supone que los psicólogos están ahí para hacernos sentir mejor, no para hacer que se desmorone nuestro mundo a trozos. Llevaba ya dos meses viéndolo, una vez a la semana igual que había hecho con Teresa, y no me gustaba como trabajaba. Le encantaba meter el dedo en la llaga, disfrutaba con mi dolor, disfrutaba pisoteando el ave que había caído del nido. Me senté sin ninguna gana en el sillón, frente a él. El maldito péndulo no paraba de hacer ruido penetrando con potencia mi cabeza. Maldito péndulo. Maldito Newton. Maldito Mario. Sobre todo, maldito Mario. Fruncí el ceño.

—¿Cómo se encuentra hoy, Estefan? —saludó como siempre aquel odioso hombre. Hombre. Me daba hasta rabia llamarlo así. No era más que un mamarracho recién licenciado con aires de grandeza. Los títulos, que Teresa había ido acumulando en la pared año tras año, habían desaparecido y sido sustituidos por dos únicos títulos con el nombre de Mario. Mario Ferrada. Maldito Mario. Aquel día realmente no tenía ganas de nada. Me dolía mucho la cabeza y me sentía un poco engripado. La somnolencia que a veces me causaban las pastillas no ayudaba a que mejorase.

—Bien —dije. Noté la voz ronca, tenía la garganta inflamada. Esperaba no tener que hablar mucho—. Creo que estoy un poco engripado.

Mario asintió con la cabeza.

—No se preocupe, Estefan, esta tarde lo verá el médico.

Asentí, imitándolo.

—Bueno, hoy vamos a seguir ahondando —dijo con una sonrisa. Odiaba esa palabra. Ahondar. Ahondar no era nada bueno. La única manera buena de ahondar siempre ha sido y será en el cuerpo de

una mujer—. Bien, me gustaría hoy hablar un poco de su relación con Marlene.

Fruñí el ceño. Seguro que no quería que hablase de lo bien que nos había ido siempre. Mario siempre sacaba cosas malas de lo bueno, parecía incapaz de concebir que yo pudiese haber sido feliz junto con Marlene. Que si no me sentía valorado, que si ella no apreciaba lo que yo hacía por ella, que si yo no la dejaba realizarse como persona... Decía una cantidad de estupideces que solo podían salir de la boca de un imbécil como él. Escucharlo era como oír el zumbido de cientos de moscas volando en torno a un cadáver. Oírlo era como tener un enjambre de langostas arrasando tu jardín.

—Siempre fuimos muy felices —respondí intentando cortar el tema, no tenía ganas de hablar, y menos aún con el dolor que sentía en la garganta.

Mario revisó sus notas.

—Hábleme de su boda —ordenó.

No tenía ganas de contarle nada. Nada.

—Mire, Mario, no sé a qué punto quiere llegar, pero no me gusta su modo de actuar. No tengo ganas de contarle nada y menos aún mi boda, que fue un momento tan hermoso. No tengo ganas de que contamine mis recuerdos con sus comentarios hirientes. Marlene nunca quiso hacerme daño, Marlene era perfecta, ella nunca hizo nada mal. Fui yo quien tuvo toda la culpa de lo ocurrido, fui yo quien no la supo cuidar, fui yo quien acabó con su vida. No entiendo por qué usted se empeña en dañarme, pero no estoy dispuesto a seguir escuchando tonterías. —Todo eso se lo dije con calma, sin sulfurarme. Estaba harto de aquella situación, deseaba que acabase y, para ello, debía guardar las formas. Mario simplemente me sonrió. No parecía que nada de lo que le acababa de decir le importase. Sentí que yo mismo no le importaba. Aquel hombre estaba allí solo porque necesitaba trabajo para poder vivir, no porque le importase nada de lo que en aquella oficina ocurría. Estaba harto de todo aquello.

—Imbécil, que no le importe nada es mejor para ti —me dije—. Así será más fácil salir de aquí. Retráctate y síguele la corriente. Si quiere saber de tu boda con Marlene, háblale de mi boda con

Marlene y asiente cuando te diga que Marlene no te quería y dio el sí porque su padre la obligaba.

Me dio un vuelco el corazón.

—¡Su padre no la obligó a casarse conmigo! —exclamé molesto.

—¿Perdón? —preguntó Mario.

—Sí, sí lo hizo. Recuerda que en su familia la llamaban endulzada por haberse dado un beso contigo. Recuerda que las vecinas incluso se indignaron de verla vestida de blanco, a pesar de que no hubiésemos hecho nada.

—Nada... —repetí—. Nada. No habíamos hecho nada aún, a pesar de que yo tanto lo había deseado.

Mario escribía en su libreta. Cerré los ojos. Marlene estaba tan hermosa que me resultaba casi indescriptible.

—Marlene estaba tan hermosa en nuestra boda que se me asemejaba a una estatua de hielo que había cobrado vida —comencé a contar—. Llevaba un vestido sencillo pero que resaltaba su figura tanto que me quedé sin habla cuando la vi entrar por la puerta de la iglesia. El sonido parecía haberse detenido y el tiempo me pareció que transcurría mucho más lento, tanto que casi podía tocarlo. Marlene me miró —me miró con esos ojos tristes que solo ella tenía: ojos llenos de felicidad y desilusión, llenos de agradecimiento y reproche— y se acercó lentamente. Yo tenía tantos nervios que tartamudeé en todas las preguntas que me hizo el cura. Marlene, en cambio, contestó todo con esa voz dulce y serena que siempre tuvo —que siempre tuvo hasta que se casó conmigo y la perdió.

—Fue un momento importante para usted su boda.

—¡Claro que lo fue! Fue el momento más importante de mi vida y no tengo ninguna gana de que usted lo enturbie.

Mario me miró intentando aparentar sinceridad.

—No se preocupe, no se lo enturbiaré en lo más mínimo. —Sus ojos temblaban suavemente, tenía un tic en el ojo derecho. Fruncí el ceño—. Pero siga contándome sobre su boda.

—¿Está usted casado? —pregunté. No sé por qué lo hice, no me importaba en absoluto, pero necesitaba desviar la atención de mi

vida. Necesitaba que aquel hombre dejase de meter sus dedos en mis entrañas. Mario negó con la cabeza.

—No, no lo estoy. Pero eso aquí no importa, lo importante es usted y su relación con el mundo.

Bufé cansado. Muy cansado. Tenía ganas de acabar ya con todo esto. Me senté junto a mí y observé mi agotamiento.

—Mario, estoy harto de todo esto —dije—. Quiero acabar ya con todo esto. Quiero acabar y poder descansar...

—¿Está cansado? Si quiere continuamos esta sesión la próxima vez que nos veamos.

Me incorporé un poco. Clavé la mirada en él y negué con la cabeza.

—No se trata de eso, Mario. Me siento solo. Estoy harto de estar solo. Estoy cansado de estar solo, necesito compañía. Necesito poder hablar con alguien que no sean los celadores, que no sea la muchacha de la comida, que no sea usted. Necesito hablar con gente y enterarme de lo que ocurre a mi alrededor.

Mario pareció sorprendido.

—¿Sabe usted por qué se encuentra solo y no está con los demás internos? —preguntó. Intenté hacer memoria. No recordaba qué había sucedido.

—Estrangulaste a una abuela que no paraba de llorar —me susurré al oído.

—No, no lo recuerdo —contesté—. No recuerdo con claridad nada que sea anterior a un año atrás. Bueno, eso y mi vida con Marlene. Tengo catorce años de vacío, tengo catorce años de soledad.

Mario revisó la libreta. Se puso en pie y se dirigió al mueble de cajones que había tras él. Lo abrió y comenzó a buscar. Sacó una carpeta rebotante de papeles, la abrió y comenzó a buscar.

—Lleva solo dos años solo, Estefan. Antes usted estaba con los demás internos, pero hubo un incidente que nos obligó a separarlo de ellos.

—Te lo he dicho ya, mataste a una vieja llorona. Una vieja llorona. Las mujeres solo saben llorar y lamentarse. Y esa mujer está mejor así, muerta. Ya no puede llorar —me susurré disfrutando mi propio dolor—. Eres una mala persona y mereces estar aquí.

—Yo no soy mala persona —respondí. Deseaba gritarme que me callara, deseaba con todas mis fuerzas ahogarme y acabar conmigo, pero no podía demostrarlo. Mario no debía saberlo nunca —. Yo solo quiero volver a estar con el mundo, quiero volver a vivir... —supliqué.

Mario me miró. El sonido del silencio era aturrullador. No podía decir nada.

—Bien, hablaré con su médico, Estefan, a ver qué podemos hacer. Parece haber tenido una mejoría notoria desde que le cambiamos la medicación y puede que ya sea hora de que vuelva a estar con los demás internos.

Me sentí agradecido. Me sentí como un ave a la que le prometen que si no hace ruido la pasarán a una jaula más grande. A una jaula que luego llenarán con cientos de aves hasta que el espacio que tenga no sea el suficiente ni siquiera para estirar las alas. Un ave a la que luego las demás aves picotearán y desplumarán. Un ave a la que más tarde su dueño estrujará hasta eviscerarla.

—Gracias, Mario. —Fue lo único que dije.

Viento. La jaula cae en paralelo al edificio y pronto se estrellará contra el suelo liberando a las aves que aprisiona. Me miro alejarme y sonrío. Quizá sea hora de que yo me siga. Daré un paso al vacío y cerraré los ojos.

Abro los brazos.

Viento.

Capítulo 20

Viento.

Me sentía como un niño pequeño al que sus padres acaban de abandonar en la guardería. No recordaba aquel salón, pero Mario había insistido que yo había estado cientos de veces allí, miles de veces, a lo largo de trece años. Por lo menos sesenta personas, todas vestidas de blanco y con zapatos de goma como los míos, caminaban de un lado a otro, se sentaban, se levantaban, jugaban, charlaban o simplemente descansaban en algún sillón. Había una mesa llena de rotuladores de colores y un grupo de hombres de diferentes edades pintaba directamente sobre ella. Cuando se cansaban de dibujar, pasaban un trapo blanco y la mesa volvía a estar limpia e impoluta. Olía a una mezcla de melaza y orines que hacía molesto respirar. Odiaba aquel lugar, pero al menos tenía una puerta corrediza que daba a un patio. A un patio de verdad, no como aquel cubículo con el único árbol. Un patio con arena, tierra y hierba, un patio rodeado por paredes, pero que era suficientemente ancho y profundo como para que desapareciera aquella sensación de claustrofobia. Un patio en el que había algunos bancos y, si hubiera querido, incluso habría podido jugar con un balón. Pero yo no tenía ganas de juegos, no tenía ganas de paseos ni de charlas. De lo único que tenía ganas era de encontrar el momento adecuado para marcharme de allí. Me acerqué a aquel patio y observé el exterior. Algunas mujeres estaban charlando sentadas bajo un tupido árbol. Parecían felices. Lo que a mí me parecía un infierno blanco, para ellas quizá era un refugio o incluso un paraíso. Respiré el aire fresco. Sonreí con tristeza. Ya nunca más volvería a respirar junto a mi amada Marlene. No tenía ganas de charlar con nadie, pero necesitaba integrarme, necesitaba que viesen que me encontraba mucho mejor, que ya no era un peligro para nadie.

—Estefan, acércate a ese hombre —señalé indicándome un hombre que estaba sentado, solo, frente a una mesa y observaba unas enormes piezas de dominó con tristeza.

No quería jugar, pero parecía la mejor opción. Me hice caso y me dirigí a aquella mesa. Aparté la silla y me senté frente a él. Tenía la mirada perdida como supongo que yo la he tenido durante años, no se percató de mi presencia.

—Buenos días —saludé con mi tono más amable. El hombre no levantó siquiera la vista de las fichas, siguió observándolas y moviendo los ojos como si contara—. Buenos días —volví a decir. Silencio. Me quedé esperando una respuesta que nunca llegó. El hombre seguía contando aquello que solo él percibía. Lo miré fijamente: no parecía estar ni triste ni alegre. Tenía la expresión de los niños cuando miran televisión; aquella expresión que denota que el alma ha abandonado hace tiempo el cuerpo y lo ha dejado a la deriva. Me quedé allí varios minutos, esperando alguna reacción, algo que diese sentido a todo aquello, pero nada ocurrió. En aquel lugar, el tiempo no parecía avanzar. Miré nuevamente a mi alrededor. Nada tenía sentido, todo seguía igual. El tiempo estaba parado por completo. Miré al patio. Desde el fondo venía caminando una silueta. Una silueta que no vestía como las demás. Una silueta que llevaba una falda roja hasta la rodilla que ondeaba con el viento. Una silueta de mujer, mujer hermosa. Mujer de cabellos de fuego. Hermosa.

—Hermosa... —susurré sin querer. Se acercaba cada vez más. Llevaba en la mano un pequeño bolso que sujetaba con los dedos tensos por completo. Su mano parecía la de un niño pequeño que atrapa por primera vez un saltamontes y lo aprieta con fuerza para que no escape, solo consiguiendo espachurrarlo con un sonido parecido al crujir de una galleta. Estaba seguro de haberla visto repetidas veces, pero no conseguía recordar dónde ni cuándo. El movimiento pendular de sus caderas me distraía por completo. Tenía el ceño fruncido y clavó los ojos en mí de una manera tan intensa que sentí cómo arrancaba el alma de mi cuerpo y la pisoteaba con aquellos tacones. Sentí cómo bailaba sobre mí clavando una y otra vez la daga del reproche, del odio, de la

desidia... Tenía un aire elegante que hacía que me recordase a alguien, pero no conseguía saber a quién. Ahora ya lo sé. ¡Ahora ya lo sé! ¡Ahora lo sé y es demasiado tarde! Sentí como se encogía mi corazón y todo se volvía nuevamente negro, poco a poco. Mis piernas flaquearon y me sujeté como pude de lo que tuve más a mano. Perdía la fuerza en todas mis extremidades. Entre las sombras borrascosas que se formaban a mi alrededor, se acercaron corriendo dos celadores. Me sujetaron con fuerza para evitar que me derrumbase.

—Estefan —me llamó la voz de Marlene—. Estefan.

Clavé mis ojos en ella. Yacía sobre mi cama, sollozando, con la boca abierta e intentando respirar infructuosamente. Se revolvía entre mis manos. Se revolvía como se revuelve un pez que se ahoga en la cesta de un pescador.

—Es... tefan —intentaba decir. Clavó sus uñas en mis manos, pero yo sentía tanta angustia, tanto dolor que no sentía mi piel. Sus uñas quemaron en mi carne, haciendo que yo apretase con aún más fuerza—. Estefan... —suplicó. Mis ojos ardían secados por los litros de mar que había llorado. Mi garganta se encontraba anudada con mi propia saliva. Mi lengua solo sabía escupir, no podía hablar. Todos los músculos de mi cuerpo se encontraban tensos. Tensos. Tan tensos que sentía que el corazón se me iba a romper en el pecho. Sentía que mi corazón en cualquier momento se pararía. Sentía que mi corazón se pararía en el mismo momento en el que el de mi amada Marlene dejase de latir, pero no ocurrió así. Apreté. Apreté deseando ahogar todos aquellos reproches. Apreté deseando ahogar todas aquellas quejas y culpas. Apreté deseando ahogar todos aquellos años de amargura y, cuando sentí que ya no podía más, solté el frágil cuello de mi amada.

Me senté junto a Marlene. La miré. Su cuerpo frágil, hermoso, yacía en mi cama, completamente quieto. Tan solo las marcas amoratadas de mis manos en su cuello turbaban su beldad. Tan solo sus labios amoratados hacían que fuese consciente de que ya no vivía. La observé y sentí como toda mi angustia subía por mi garganta, quemando. Subía. Subía. Caigo. Subía. Y tanto subió, que comencé a vomitar. Me doblé de dolor, las arcadas eran

insoportables. Mi ropa se bañó con mis entrañas y, en ese momento, llamaron a la puerta.

Casi como una hormiga que sigue el camino químico que su destino ha marcado, bajé las escaleras, tropezándome con mi propia alma. Volvieron a llamar a la puerta, con insistencia. La abrí. Mis manos temblaban, mi ropa estaba embadurnada en vómito, mi rostro se encontraba rojo y lleno de lágrimas y mis brazos estaban llenos de arañazos.

—¿Podemos pasar a ver? —preguntó la mujer policía. Mujer policía... Mujer... Como mi adorada Marlene. Mi adorada Marlene que yacería eternamente en mi memoria.

—No —tartamudeé. Perdía fuerzas por momentos. Nadie interrumpiría la eternidad mi mujer. Nadie—. Mi mujer está durmiendo y no permitiré que nadie la despierte —sollocé.

—Apártese y déjenos pasar —ordenó el policía.

—Lo que tengan que hablar con ella lo pueden hablar conmigo —susurré casi sin voz. El vómito había quemado mi garganta y lo único que me salía era un ronco lamento.

Comencé a temblar. ¿Cómo habían sabido tan rápido lo que había ocurrido? ¿Quién los había llamado? Miré a mi alrededor. Me pareció ver una pequeña sombra que se movía, tiritando en la cocina. Me pareció verme, acurrucado abrazándome las piernas, bajo la mesa de la cocina, como cuando me ocultaba de mi padre mientras él destrozaba la piel de mi madre con una fusta, como cuando me ocultaba de mí.

—Aparte, señor, necesitamos hablar con ella.

«A menos que tengan una orden no entrarán aquí», quise decir, pero un gemido quejumbroso que venía del dormitorio me interrumpió. Un gemido lastimero y agónico. Un gemido... Un gemido que entró por uno de mis ojos y salió por mi boca. Un gemido que aún hoy oigo.

—¡Aún hoy lo oigo! —exclamo asombrado.

Viento.

Intento aferrarme a lo que sea; a algo. Al aire.

—¡Aún hoy lo oigo! —grito desesperado—. ¡Era Marlene! ¡Era Marlene! Marlene...

Lucho contra la nada buscando algo a lo que aferrarme, pero ya no hay vuelta atrás. Quedan pocos segundos. Pocos segundos...

Mi adorada Marlene... Siempre te amé. Mi adorada Marlene...

Viento.

Cierro los ojos.

Viento.

Me encojo, intentando protegerme de mi destino.

Viento.

—Marlene...

Siento como todos mis huesos se aplastan con fuerza contra el suelo. No duele. No hay dolor. Mi cuerpo sigue cayendo a través del negro asfalto de la calle, quizá en camino directo al infierno. Pero esta vez el infierno será rojo, no blanco. Quiero hablar, pero mi mandíbula se encuentra pegada y despedazada contra el suelo. Veo figuras rojas que se acercan corriendo lentamente. Siento mi corazón latir en mis oídos. Lo único que oigo son mis propios latidos, irregulares, arrítmicos. Sonrío. Mi boca ya no podrá sonreír nunca más, pero yo sonrío. Sonrío. Marlene sigue viva. Nunca maté a mi amada. Nunca... No noto el cuerpo. Es una sensación extraña, como si estuviese flotando en un vaso con agua tibia. Como si estuviera flotando en el interior de mi madre, como si volviera al útero de mi madre. Marlene. Mi adorada Marlene.

—Te amo... —digo, a mi lado, observando mi cuerpo aplastado y esparcido por el suelo.

Capítulo 21

Me siento en la acera para ver cómo la gente se acerca a mi cuerpo inerte. Imagino sus gritos, sus palabras, su sorpresa. Sonrío. Ahora estoy mejor. Ahora ya no hay nada que perder, ahora ya no queda nada.

Marlene se acerca a mí. Me sonrío. La miro. Marlene me tiende la mano. La miro. Ella me mira.

—Lo siento... —susurro—. Yo no quería matarte... —Me mira en silencio, con aquella mirada que solo ella tiene. Me mira con los mismos ojos que mira un niño pequeño a la naranja que su madre está desgajando para él—. Lo siento... —sollozo. Ella tan solo niega con la cabeza. Está hermosa, tan hermosa como siempre, tan hermosa como la última vez que la vi, lívida en aquella camilla, mientras se la llevaban, mirándome fijamente con aquel odio que nunca pude olvidar—. Lo siento... —imploro, pero ella no parece conmoverse en lo más mínimo, tan solo tiende su mano hacia mí, esperando que yo la coja.

Observo sus dedos pálidos y angelicales, observo su piel radiante y traslúcida.

—Marlene, yo nunca te quise hacer ningún daño, pero nunca pude ser como mi padre. Yo quería ser como él. Yo no quería maltratarte, pero lo hice. Yo quería... Yo... Tú eras como mi madre, tan hermosa y pura... Tú eras... tan perfecta... —siento como el líquido comienza a salir por mis ojos. No son lágrimas. No están saladas—. Marlene... Yo te quería... A mi manera, pero te quería. —Marlene solo me observa sin mediar palabra alguna, quieta, como una verja que me impide el paso al paraíso, sigue con su mano tendida hacia mí. Dudo un instante. Dudo. Tengo miedo. Tengo miedo de lo que ocurrirá cuando la toque. Tengo miedo de que todo sea en vano. Tengo miedo de que todo haya sido una mentira—. Tengo miedo... —susurro.

Marlene entrecierra los ojos y habla por primera vez. Su voz es grave, gutural, y llega con el eco de la sangre escapando a borbotones de mi cuerpo.

—Siempre tuviste miedo, siempre has sido un cobarde. Por eso estás aquí. —Las palabras surgen de su boca igual que la bilis surge de la mía, sin embargo, no aparta su mano en ningún momento.

Mi madre tiende su mano hacia mí. Me sonrío, con aquella sonrisa triste que tenía desde el día en el que se casó. Me sonrío con esa sonrisa triste que tenía desde el día en el que mi padre la obligó a recibirlo por primera vez. Mi abuela me había contado lo ocurrido cuando yo era muy pequeño: «Tu madre era una endulzada. Se le ofreció a tu padre y, claro, el pobrecito se vio obligado y no pudo evitarlo. Si tu madre no hubiese abierto las piernas, tu padre no la habría tomado y ella no se habría quedado embarazada, y si no se hubiera quedado embarazada tu padre se habría podido casar con una mejor mujer. Las muchachas de hoy en día son todas unas suavonas. ¿Y sabes qué?, ese podría haber sido tu hermano si tu madre no hubiera ido y se lo hubiera quitado, que la muy ladina dice que se cayó recogiendo limones, pero, ¡ay!, todas sabemos que se lo quitó porque no lo quería. Tú tuviste suerte de nacer, porque tu padre la obligó a quedarse en casa, que si no se volvía a tirar del limonero». Entonces no lo había entendido, pero ahora sí lo comprendo. Ahora comprendo la sonrisa de mi madre, la sonrisa de aquella niña que se vio obligada a casarse con un hombre quince años mayor, aquella sonrisa que me dedicaba cuando me contaba cuentos, cuando me cantaba canciones. Ahora comprendo aquella sonrisa que solo tenía mi madre cuando me miraba a mí.

—Madre... —susurro. Siento como mis pulmones se encharcan de líquido, siento cómo me ahogo—. Mamá... —susurro.

Estiro mi mano temblorosa y acaricio la suya. Marlene me mira con el ceño fruncido. Miro a Marlene. Ella comprende y coloca su mano junto a las nuestras. Su mano. Tan fina y serena toca mi piel. Las agujas se comienzan a clavar en mi carne, cada vez más hondo. Comienzan a clavarse por la punta de mis dedos y avanzan a gran velocidad por mi brazo obligándome a gritar.

Grito.

Grito de dolor, pero lo único que sale de mi boca es un borbotón de sangre y vísceras. Intento toser, pero el dolor es demasiado. Quiero oscuridad. Quiero vacío. Quiero que todo esto se acabe.

Marlene me observa, agónico en el suelo de aquella calle sin nombre, al pie de un alto rascacielos en construcción. Me observa y se ríe. Se ríe. Se ríe con aquella risa que tanto me gustaba. Marlene salta a la comba con un grupo de amigas. Quiero unirme a ellas, pero no me atrevo. Quiero acercarme y acariciar sus cabellos, quiero acercarme y tocar su piel. Y ella, ella tan solo salta. Salta. Salta. Uno. Dos. Tres. Yo no soy casada ni lo quiero ser. Su voz se mezcla con mis recuerdos y mis pensamientos.

Luces.

Luces de colores entre la cortina roja que nubla mi vista. Alguien se acerca corriendo a mi cadáver. Alguien desea intentar salvarme. Sé que alguien vomitará. Sé que alguien intentará rasgar mis vestiduras y ponerme recto para atarme el cuello con ese armazón de metal que usan los médicos. Y sé que lo que deberían atar a mi cuello es la soga que dejé colgando en el armario de mi casa cuando Marlene me rechazó por primera vez. Quince veces tuve que pedirselo hasta que aceptó y, aun así, lo hizo porque sus padres la obligaron. Moverán mi cuerpo como si de un saco de saltamontes se tratase y lo intentarán colocar en una camilla. Al levantarlo se oirá como se acaban de descolocar los huesos que aún seguían en su sitio. Alguien negará con la cabeza. La gente mirará curiosa lo que ocurre. La gente mirará morbosa lo que ocurre. La gente mirará cómo muero, cómo agonizo. La gente mirará cómo uno de los enfermeros se resbala con mi sangre y se cae haciéndose un arañón en la rodilla. Maldecirá al no saber si puede contagiarse algo grave al entrar en contacto con mi sangre. Y desde el cielo un grupo de palomas mirará la escena, buscando algo para comer. El grupo de palomas sobrevolará la ambulancia buscando algún resto de comida para robar. Se posarán en el alféizar de una ventana y ulularán igual que lo hacen las lechuzas, pero a la luz de las farolas. A la luz del atardecer. A la luz del medio día. Ulularán susurrando mi nombre. Susurrarán mi nombre y el de

mi amada Marlene. Al final emprenderán el vuelo buscando mejor alimento, soltando algunas plumas que caerán lentas. Lentas. No como yo. Lentas, y se mancharán con mi sangre al hundirse en el charco que he dejado en la acera. La gente poco a poco se irá marchando. La gente poco a poco irá comentando que no lo comprenden, que cómo puedo haber llegado a este punto. Se marcharán y dejarán mi silueta estampada en el asfalto. Una silueta que por la mañana habrán de limpiar con mangueras a presión los hombres de la limpieza. Nunca me ha gustado ese trabajo, nunca me habría gustado ser barrendero.

Me despidieron de la fábrica en la que me dedicaba a contar tornillos. Me despidieron porque compraron una máquina que hacía mi trabajo mucho más rápido, más barato y con menos errores que yo, aunque yo casi nunca me equivocaba. Me despidieron y no pude darle a mi amada Marlene todo lo que ella necesitaba. Aunque nunca pude dárselo. Tal vez si hubiese sido barrendero nunca me habrían despedido; yo trabajaba bien, yo trabajaba con ganas. Quizá si hubiera sido barrendero ahora me encontraría limpiando la sangre de algún loco suicida que se hubiese tirado desde lo más alto de un rascacielos en construcción. Y después de que la despiadada agua borre los últimos rastros de mi ser, hablarán de lo ocurrido durante unos días, puede que unas semanas, y entonces...

—Y entonces...

Entonces todo el mundo me olvidará. Todo el mundo me olvidará y el mundo seguirá girando sin mi recuerdo, como lo ha hecho siempre, como nunca ha dejado de hacer. Temo que algún día algún estudiante de Periodismo, o algún maníaco interesado en las historias macabras lea mi esquila —si es que alguien se acuerda siquiera de dedicármela— o la noticia de mi suicidio y se pregunte qué me llevó a saltar de aquel edificio. Quizá alguien algún día quiera saber qué ocurrió, pero entonces solo quedarán estas palabras.

Epílogo

Ninguna campana dobló. Ninguna campana repicó. Ni siquiera el incesante sonido de aquella máquina de movimiento continuo, que tanto tiempo lo había acompañado, se hizo presente. No hubo para él sala velatorio ni oración ni misa, pero sus hijos sí pagaron un féretro y un nicho. Marlene sabía que él siempre había temido ser incinerado. Marlene sabía que él no habría querido morir en el olvido y, por eso, decidió que no lo olvidarían. El nicho que le asignaron era el último de una larga calle de cemento. El último y más inaccesible. El último y más remoto, pero eso no importaba ya. Marlene, Jorge y María acompañaron al féretro en silencio. Los funcionarios lo llevaban en una carretilla preparada para ello. El eco de los tacones de Marlene retumbaba entre las tumbas y más de un muerto deseó asomarse a mirar qué ocurría, por qué alguien caminaba con tanta fuerza, pero ninguno lo hizo. Ninguno pudo hacerlo. Estefan deseó estar allí para poder observar su propia muerte, su propio funeral, pero ni siquiera su sombra se dignó a aparecer.

La carretilla se detuvo frente al nicho y comenzó a elevarse alzando con ella el féretro de madera sin tratar; todo esto con un zumbido mecánico insistente. Luego los brazos fuertes de los operarios empujaron la caja al interior de la celdilla de cemento. Una avispa zumbaba buscando refugio entre las flores de plástico reseco y descolorido. Cerraron el nicho sin ningún cuidado. No hubo una flor para él ni una corona que lo acompañase con la leyenda «Tus hijos no te olvidan» o «Tus amigos te recordarán por siempre». Ninguna flor, ni siquiera de plástico lo acompañaría.

Los operadores se alejaron en silencio, sin siquiera dar el pésame a las tres personas que allí se quedaron. Sin siquiera decir unas palabras de aliento a la viuda.

Silencio.

—Ojalá lloviera —dijo Jorge—. Hace mucho que no lo hace.
Silencio.

—A papá no le gustaba la lluvia —susurró María.

—No lo llames así —cortó Jorge.

—Es vuestro padre y se merece un respeto —ordenó Marlene.
Silencio.

Los tres se miraron. Los años no habían pasado en vano en ninguno de ellos. El paso del tiempo se notaba en Marlene. Su piel se había ajado con las penas pasadas y con las historias vividas. Las lágrimas le habían dejado el rostro lleno de surcos que la hacían parecer mucho mayor de lo que era. Jorge se había convertido en un hombre huraño, un hombre al que no le gustaba la gente, que desconfiaba de todos; mas era por miedo. Temía que lo traicionasen, temía que le hiciesen daño. Tras esa máscara de arcilla roja se ocultaba un niño asustado que se acurrucaba bajo la mesa mientras sus padres discutían; un niño que se acurrucaba bajo la mesa de la cocina, sujetándose las rodillas con una mano mientras en la otra sostenía el teléfono. María se había convertido en lo que su madre nunca había sido. Era una mujer libre, de amplia sonrisa y ojos soñadores. Trabajaba y estudiaba y pensaba algún día encontrar alguien con quien formar una familia. Soñaba aún con castillos y con princesas y dragones, pero era ella quien los construiría.

—Era un buen hombre... —susurró Marlene.

—No mientas, mamá —dijo molesto Jorge.

Marlene clavó sus ojos en su hijo. Lo miró como hacía tiempo que miraba a todo el mundo.

—Tu padre era un buen hombre. No sabía amar, ni hacer feliz a una pareja, ni trabajar, ni gestionar un hogar. Pero era un buen hombre.

—Mamá, ¿tú alguna vez lo amaste? —preguntó María.

Unos pasos cansados rompieron el silencio. Los tres miraron.

—Mi más sentido pésame —susurró, casi sin voz, Teresa.

Jorge frunció el ceño.

—No debieron cambiarle la medicación —protestó ante la llegada de la mujer.

—No debieron cambiarle la medicación —corroboró Teresa y agachó la cabeza.

—Mamá, contesta a lo que te he preguntado, por favor... —suplicó María.

Anotaciones de Teresa

«El sonido de las olas llenaba la habitación. Venían e iban. Iban y venían. Una y otra vez. El sonido de las olas inundaba la estancia. Fuera el sol comenzaba a brillar. Fuera el sol anunciaba el primer día de nuestra nueva vida. Fuera el sol anunciaba que ya no éramos niños, que ya se había acabado el tiempo de soñar, el tiempo de jugar. Sonreí. Marlene estaba hermosa, como siempre. ¿Te he contado alguna vez, Teresa, sobre nuestra boda de miel? Marlene estaba espléndida, el sol le bañaba la piel y reía sin parar. Nunca la había visto tan feliz. (Silencio. Se abstrae en sus pensamientos. Pequeño tic nervioso en el ojo derecho). (Pregunto cómo se veía Marlene). Hermosa. Era como un ángel. (Pregunto qué hacían). A ella le encantaba sentarse en la arena a mirar las olas. Se sentaba en la arena y jugueteaba con los granos de arena. Me encantaba verla intentar atraparlos. Era como una niña pequeña: tan hermosa, tan vulnerable... (Silencio). Otras veces se enterraba los pies con la arena. (Silencio. Se muerde el labio hasta hacerlo sangrar, no se da cuenta).

»Teresa, nunca pude volver a llevarla a la playa. Ella soñaba con viajar, pero yo nunca pude llevarla a ningún lugar. Me habría gustado mucho tener dinero y poder viajar con ella. Ir a París... (Silencio). París... (Se pone en pie. Se dirige a la estantería. Mira el péndulo). París era su sueño. (Me mira. Acciona el péndulo). ¿Tú has viajado alguna vez a París? (Intento reconducir la conversación preguntándole a dónde le gustaría viajar a él).

»A mí me gustaría visitar Madrid. O Sevilla. Sí, Sevilla. Me gustaría ir a la plaza de toros y ver una corrida. Pero una corrida de verdad, no como las que se hacían en mi pueblo. A Marlene nunca le gustaron los toros, ella no quería ni que los mencionara. Siempre le gustaron mucho los animales. Cuando yo era pequeño tenía un jilguero y a Marlene le encantaba oírlo cantar. Marlene adoraba los

animales, por eso fuimos a esa playa de luna de miel. Fuimos porque me habían dicho que había delfines, pero no vimos ni uno. Ni un solo delfín, Teresa. Ni siquiera uno pequeñito. Marlene se puso triste cuando nos volvimos a casa sin haber visto ninguno de esos animales. A ella le gustaban tanto... (Silencio. Se vuelve a sentar).

»Cuando volvimos a casa, al poco se quedó embarazada. (Sonríe triste). Se quedó embarazada y cuando dio a luz a Jorge no volvió a sonreír. (Angustia). Nunca más sonrió, Teresa. Mi amada Marlene nunca más volvió a sonreír. Aquel niño le robó la sonrisa igual que hice yo con... (Silencio. Lo invito a continuar). No, nada. Ella estaba tan hermosa en la playa. Se sentaba con los pies donde las olas la pudieran alcanzar. El viento soplabá muy fuerte y traía remolinos de arena que se mezclaban con su pelo, pero no le importaba. Cuando la miraba se me figuraba que era una sirena. Una hermosa sirena, un ángel... era perfecta... (Hago distinción entre perfección y humanidad). Ya, sé que era humana, pero eso no quita que fuera perfecta. Por eso todos me la codiciaban. Porque era tan bella que todos los hombres la miraban. Todos los hombres... (Silencio). Y bueno, algunas mujeres también. Pero ella siempre me fue fiel. Ella nunca estuvo con ningún otro. Yo siempre le creí cuando ella me dijo que yo era el único y que ella nunca me había puesto los cuernos. La gente es muy mal pensada. (Pregunto para ahondar).

»Sí, las vecinas decían que estaba con el fontanero. Pero eso era envidia de su perfección. No era su culpa que las cañerías fueran viejas y se estropeasen seguido. Mi adorada Marlene nunca habría hecho nada que manchase su honra. En cambio, esas viejas celosas no paraban de inventar historias. (Ira). Por suerte están muertas. De viejas, todas ellas. De viejas y de amargadas. (Sonríe). Mi Marlene era pura y hermosa. Nunca ninguna playa vio una mujer tan perfecta como ella. El sonido de las olas llenaba la habitación. (Sonríe. Vuelta a inicio. Fin de sesión)».

Agradecimientos

Gracias a Matt Elliot por componer *Drinking Songs*, la que ha sido la banda sonora de la creación de Marlene.

Gracias a Patricia por su amistad.

Gracias a Chema por ser actualmente mi bastón anímico.

Muchas gracias a Pepe Iglesias por su lectura sincera, por sus consejos y por entregarme la frase perfecta para el momento idóneo. Además quiero agradecerle que me ayudase de manera desinteresada en todo cuanto le pedí y que sacase tiempo de su ajustadísima agenda para poder dedicarme más del que merezco.

Muchas gracias a Eugenia, por ayudarme a salir del hoyo.

Muchas gracias a Fernando Macías Grosso, a quien admiro profundamente, por dedicarme un pedacito de su tiempo y talento y regalarme un prólogo tan especial.

Muchísimas gracias a Laura, por captar la idea de esta obra y crear una cubierta tan maravillosa.

Y gracias a ti, lector, por comentar lo que te ha parecido este libro a conocidos y amigos (y si lo pones en las redes sociales, muchísimo mejor). Tus comentarios me ayudan a escribir cada día mejor y a poder traer muchas más historias como esta al mundo. Gracias.

Alex Vollmer

Ahora que estas palabras ya son pasado,
debo decirte que te amo.

Índice

Prólogo	9
Capítulo 1	11
Capítulo 2	17
Capítulo 3	23
Capítulo 4	29
Capítulo 5	35
Capítulo 6	41
Capítulo 7	47
Capítulo 8	55
Capítulo 9	63
Capítulo 10	71
Capítulo 11	77
Capítulo 12	85
Capítulo 13	95
Capítulo 14	101
Capítulo 15	109
Capítulo 16	115
Capítulo 17	123
Capítulo 18	129
Capítulo 19	137
Capítulo 20	143
Capítulo 21	149
Epílogo	155
Anotaciones de Teresa	159
Agradecimientos	163